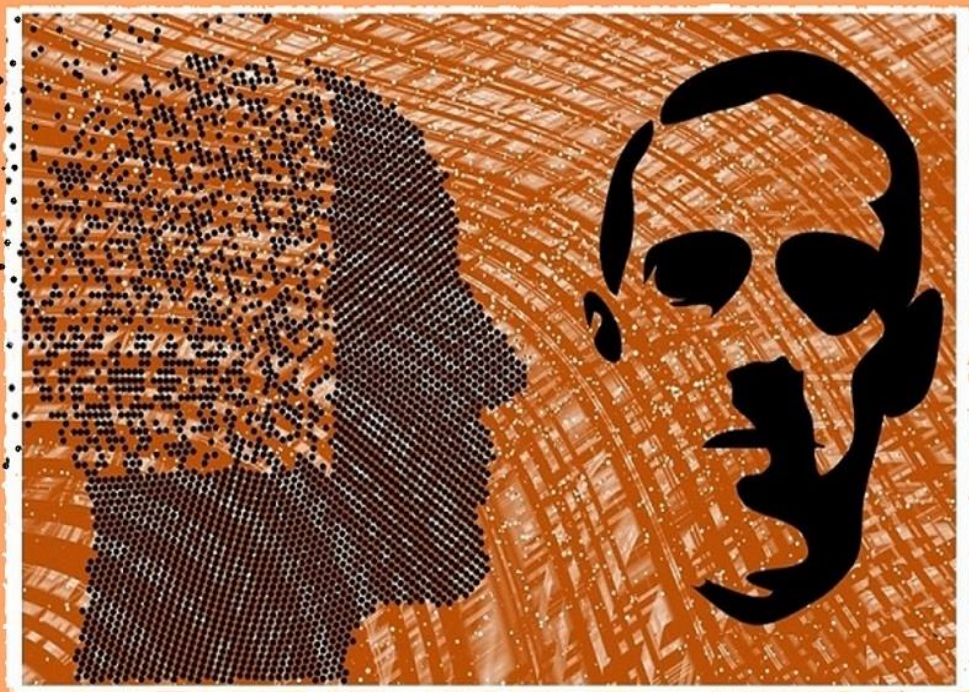


Pablo Ángel Gil Morales

Un cierto aire a LOVECRAFT



EDICIÓN DIGITALIZADA

Edición en formato PDF. Se permite la libre difusión de esta obra tal como está editada, respetando el Copyright indicado.

Ilustración y maquetación elaboradas por el autor

© Del texto: Pablo Ángel Gil Morales

Registro de la propiedad intelectual: 9 de octubre de 2024

Un cierto aire a Lovecraft

Pablo Ángel Gil Morales

Índice

Prólogo,	5
Una llamada,	8
El primer día,	11
El segundo día,	21
El tiempo entre congresos,	24
Nueva cita,	28
Llegada a la zona,	30
Me dirijo al congreso,	36
Prosigue la mañana,	41
Mundos utópicos,	45
Otra vez la Saga de los Aznar,	49
Un almuerzo en Moria,	53
Las antiguas series de ciencia ficción,	59
Confesión entre copas,	64
Una vuelta por Zócalo,	68
Entro en el bar de Zócalo,	71
Llega y se va el que faltaba,	77
Cenando,	81
Otra vez hacia Moria,	87
Viajes a otros mundos,	89
Lovecraft indaga,	93
El regreso,	96
Más de un año en blanco,	98
En El Colmo de la calle Olmo,	99
Un curso de reciclaje para el profesorado,	105
Conversación con Lidia,	112
Segundo día con el neurólogo,	115
Una carta,	120
Otra vez en Madrid,	123
Una explicación lisérgica,	132
Una relectura inspiradora,	136
Crisis,	139
El paréntesis,	145
Volver,	149
El invitado,	151
La pesadilla,	154
Un sueño como final o como <i>continuará</i> ,	160
Epílogo,	168
Otra vez el índice,	170

Prólogo

¿Ha llegado un momento en su vida en la que ya no hay rostro humano que lo sorprenda? ¿En el que piensa que le suena mucho el de cada persona con la que se cruza por la calle, sea esta hombre, mujer, anciano, adulto, joven o niño? ¿En el que todas las personas que ve se parecen a alguien del pasado? ¿Le ocurre a usted, lector, algo semejante?

A mí sí me ocurre. Tengo la sensación de conocer a todo el mundo, pues ya pocos rostros me parecen nuevos. A mi edad actual —sesenta y varios—, y aunque esto me lleva ocurriendo desde hace más de una década, tengo la sensación de no hay cara que no haya visto antes. A pesar de que me cuesta rememorar los rostros de muchos de cuantos alumnos pasaron por mi aula —lo que no debiera inquietarme mucho, por aquello de que la memoria tiene un límite de almacenaje—, tiendo a encontrar en todos los desconocidos con los que me cruzo parecidos más que razonables y sospechosos con personas que llegué a conocer en el pasado. Esto me resulta algo raro, incluso, hasta un poco inquietante. Es como si a la común naturaleza y parecido orgánico interno de los miembros de nuestra especie se le sumaran los parecidos de las numerosas, pero no infinitas, posibilidades del rostro humano.

Y, para más inri, también hace tiempo que se instaló en mí la costumbre —el defecto, sin duda— de asociar con demasiada frecuencia la imagen de muchas personas con la de algún personaje, real o imaginario, de los que llegué a saber, bien directamente o bien a través de mis lecturas, tebeos, películas y telediaros. Esta inclinación se evidencia en el presente relato, en el que abundan las atribuciones icónicas aplicadas a algunas de las personas que lo protagonizan. No resulta esto un elemento esencial para la narración o la presentación de los hechos, sino sólo un recurso cómodo —y algo pueril— con el que abordar la descripción de determinadas figuras. Lo que, personalmente, sí me resulta trascendente es que, por fin, me haya decidido a escribir —para que quede constancia en algún lugar— sobre los extraños hechos de los que fui testigo de

forma casual y, hasta cierto punto, también de forma involuntaria e inocente. Todo ello sucedió o se desencadenó cuando me tropecé con una persona que, inevitablemente, me arrastró a la imprudente comparación y, con ello, me vi envuelto en innecesarias y desconcertantes situaciones con compañías poco placenteras.

Sólo ahora, cuando ya no me causa excesivo daño reconocer mis antiguos temores, han aflorado estos de forma, creo que definitiva, para instalarse centralmente en mi conciencia. Me he decidido a hacer públicos los hechos que presento a continuación, porque me parece el momento adecuado. Llevo demasiado tiempo evitando recordar el desagradable e insólito asunto central que los originó, así como intentando apartar de mi conciencia su inevitable influencia en mi proceder. Me ha perseguido e inquietado durante muchos años y se ha presentado en mis sueños de mil formas, interrumpiendo mi descanso nocturno y provocándome una angustia que sólo he podido combatir parcialmente con la ayuda de los tranquilizantes que mi amiga doctora me recetó.

Aunque todavía no he encontrado una explicación satisfactoria, puedo decir que desde que acepté entender que este universo y que esta vida que llevamos carecen de mucho sentido — tanto desde el punto de vista físico como, lo que es aún peor, desde el punto de vista ético—, he encontrado una aproximación a la paz en la aceptación de lo insondable y de la asunción de que deben existir fuerzas ajenas a lo humano que se ríen de todos nosotros — probablemente, desde nuestro propio interior— con la más absoluta indiferencia ante nuestras más nobles aspiraciones. Tampoco muestran el más mínimo aprecio hacia nuestro aspecto exterior, hacia nuestros rostros que nos parecen útiles para identificarnos y para distinguirnos unos de otros. Por eso ya no reparo en ellos tanto. Al fin y al cabo, son los mismos de siempre y ya los conozco a todos. No sé si conozco también el interior de todos. Empiezo a sospechar.

El estado por el que atraviesa ahora mi vida me impulsa a relatar los sucesos que viví cuando, de forma poco calculada, me aproximé a explorar cosas que el hombre común quizá no debiera tocar para mantener algo de ingenua y protectora cordura hasta el

final de sus días. Ya apenas me importa; y no tanto porque acepto resignado mi destino y el de mis seres queridos —a los que durante todo este tiempo mantuve alejados e ignorantes del origen de mi sufrimiento—, sino porque siento haber alcanzado una visión equilibrada y relajada ante mis sospechas de vidas interiores más originales y definitivas. Mientras me encamino hacia tal fin, empleo el tiempo en mantenerme ocupado en cosas agradables.

Una llamada

Noviembre de 2004

Mi cuñado Raúl me llamó por teléfono desde su domicilio en Sevilla y, como era habitual en él, fue al grano.

—Este fin de semana hay un congreso de ciencia ficción en Cádiz. Me he apuntado y, si quieres, te puedo apuntar también a ti.

Apenas tuve tiempo para recapacitar o para oponer resistencia, cosa esta última que era poco probable dada mi simpatía por la propuesta.

—Hecho —le contesté.

Me explicó brevemente el programa del congreso y nos emplazamos para el viernes por la tarde. Ese fin de semana ya habíamos previsto vernos en Ciciliana, mi lugar de residencia, con él y con Sole, la hermana de mi mujer. Si bien lo presento como *cuñado*, en realidad, Raúl es *concuñado*, que es un término poco usado en mi entorno, aunque resulte más preciso. En rigor, mi cuñada es Sole, y Raúl es su marido.

Así que ajustaríamos el sábado y la mañana del domingo, los días del anunciado congreso, para que nuestra presencia en el mismo fuera compatible con las actividades que estaban previstas desarrollar entre los cuatro. Era fácil, ya que las mujeres tenían muchas cosas que contarse —siempre parecen tener muchas cosas que contarse— y no les importaría tener tiempo exclusivo para ellas mismas. No es que no les hubiera divertido un poco asistir a lo nuestro, pero asumíamos que no lo harían y que no les importaba nuestra elección. Ya, por su parte, Raúl así me lo había adelantado.

—Podemos quedar el sábado para almorzar en Cádiz; nosotros, de congreso, y ellas que paseen o hagan lo que quieran; por la noche nos recogen y cenamos juntos. El domingo vamos sólo nosotros a Cádiz y estamos de vuelta a mediodía.

Al parecer el plan de Raúl —ahora, también mío—, ya había sido aceptado por Sole, y no le iba a representar tampoco ningún problema a su hermana Julia, mi esposa. Cuando al rato se lo pude comentar a esta, así me lo confirmó.

En los días siguientes consulté por Internet el programa del congreso y pude ver que estaba organizado por una asociación de aficionados a la ciencia ficción, al misterio, al terror y a la fantasía. Asistirían diversos escritores y se montarían coloquios, conferencias, talleres de escritura, una feria de materiales y libros y, por último, una rueda de prensa cuya figura central sería, nada menos que el cineasta Guillermo del Toro.

Con este prometedor cartel, imposible no presentarse allí y me felicité por no haberle puesto la menor pega a la oferta de Raúl. No es que lo hiciera muchas veces, la verdad, porque Raúl es uno de esos cuñados de los que poca gente tiene la oportunidad de gozar y, desde luego, no le viene nada al pelo encajarlo entre esas enojosas y tópicas descripciones o visiones acerca de la inconveniencia o el coñazo que pueden suponer los encuentros con la familia; afortunadamente para mí, ni Raúl ni el resto de mis cuñados entran en ese nefasto saco. Tengo la suerte de disponer de una familia — política y no política— muy dispuesta tanto para la juerga como para otras más creativas diversiones, ya sean viajes de verano, excursiones de fin de semana por la montaña, fiestas temáticas, catas diversas o jornadas de *blues* en Cazorla. Además, a algunas de estas cosas se apuntan también mis hermanos o amigos de toda la vida, con los que comparto aficiones similares.

¿En este momento tocaba la ciencia ficción? Adelante. Ya Raúl y yo habíamos hablado alguna vez sobre estas lecturas y, aunque yo no estaba demasiado al tanto y me había alejado bastante del género, sí que recordaba lo mucho que disfruté de él de joven. Ahora, ya cuarentón y profesor de instituto, si bien gozaba, por ejemplo, con la visión de algunas películas de ciencia ficción, apenas leía ni sobre este ni sobre algunos de los otros dos géneros —el terror y la fantasía— que, muy acertadamente para mi gusto, contemplaba la asociación organizadora de este congreso.

O sea, que sin ser de ningún modo un friki a estas alturas de mi vida, sí que podría haber sido tildado de algo así algunos años atrás, cuando el término —derivado de *freak*— estaba aún por inventarse o descubrirse para adquirir el sentido que llegaría a tener.

Raúl sí estaba algo más en la onda de la ciencia ficción y, por este motivo, su llamada no solo no era sorprendente, sino que cuadraba perfectamente con su perfil y con el entusiasmo con el que abordaba muchas de las tareas que nutrían su tiempo de ocio. Lo mismo podía proponerte lecturas que reuniones para tocar música —domina la guitarra y la armónica—, asistir a conciertos, excursiones de senderismo en la sierra de Huelva o viajes a lejanas tierras en busca de la aurora boreal.

Si bien esto del congreso era la primera vez que se le ocurría, me imaginé que, por la buena sintonía social que mantenía con muchas otras personas, alguna de ellas le habría facilitado información sobre la existencia de este tipo de encuentros y, con su fértil imaginación y su inquietud, el paso siguiente estaba cantado: apuntarse. Llamarme para acompañarle había sido lo siguiente. Y si, por algún motivo, yo hubiera rechazado su oferta, esto no hubiera supuesto para él la más mínima contrariedad. Era lo suficientemente autónomo como para presentarse en el congreso sin compañía y disfrutar de él, lo mismo que para enfrentarse solo a una maratón o al Camino de Santiago —cosas que tuvo la oportunidad de demostrarnos a todos en los años siguientes—.

A las maratones no le seguí porque requería demasiado estrés para mi periostitis tibial, algo que me acompaña desde joven cuando troté demasiado por terrenos duros; al Camino de Santiago, tampoco, pero no tanto por las monótonas y largas marchas —me gusta el senderismo— como por las aburridas cenas y noches que, necesariamente, forman parte de este régimen peregrino; a este congreso no sólo no me negué, sino que accedí encantado porque nunca había estado en nada parecido y se me antojaba lo suficientemente curioso y divertido como para no aprovechar la oportunidad de explorar ese mundillo.

El primer día

Sábado, 6 de noviembre de 2004

El sábado por la mañana, sobre las diez, Raúl y yo nos presentamos en el renovado edificio de la antigua fábrica de tabacos de Cádiz, ya convertido desde unos años antes en el Palacio de Congresos de la ciudad. Era allí donde se celebraban las jornadas de ciencia ficción.

En su gran patio central cubierto había un animado ambiente y, aunque la afluencia humana no fuera masiva, sí que era lo suficientemente significativa y, sobre todo, muy llamativa por lo inusual de los atuendos de bastantes de los asistentes. No solo mucho personal llevaba chalecos, sudaderas o camisetas con motivos relacionados con la ciencia ficción, sino que incluso había algunos disfrazados o uniformados para la ocasión como personajes de *Star Wars*.

Para nuestro alivio y nuestra falta de atrevimiento, la mayoría iba como nosotros, sin que destacara nada en su vestimenta que pudiera servir como declaración de intenciones para inclinarse, aunque solo fuera temporalmente, por algún rincón concreto de la fantasía o de la ciencia ficción. No sé si unos años antes me hubiera atrevido a aparecer en un sitio como aquel con un disfraz de *Star Trek*, universo que iba más con mis gustos. Ya, a mi edad, consideraba que era un poco tarde para mí, pero me agradó el clima imperante y nos sumergimos en él, dejándonos arrastrar y deambulando alrededor de los diversos mostradores y puestos que nos ofrecían figuras, maquetas, camisetas, libros, películas, broches, tazas, tarjetas y otros objetos relacionados con el mundillo de la fantasía.

Nos hicimos con un folleto del programa de actividades y comprobamos que debíamos elegir asistir a unos talleres en detrimento de otros, pues se celebraban en distintos espacios, pero a la misma hora. Decidimos empezar por una charla-coloquio a cargo de un escritor que no conocíamos, pero que nos llamó la atención desde el principio por el título que presidía su intervención: *Las novelas de a duro*.

En una de las salas y alrededor de una gran mesa nos congregamos una veintena de personas para escuchar al ponente. Este resultó ser un reputado escritor local —desconocido para nosotros— que, como tantos otros en el género, había publicado en el pasado con diferentes pseudónimos, utilizando siempre apellidos o nombres ingleses, más o menos cercanos a los que figuraban en su carné de identidad, que resultaban mucho más castizos, poco relucientes, escasamente atractivos y nada sugerentes en castellano. Este truco —lo recordé enseguida cuando lo mencionó— ya había sido utilizado en el pasado por otros artistas de la pluma fantástica y, al parecer, era una clásica maniobra patria en este florido gremio que nos brindaba ahora la oportunidad de abrírnos un poco sus puertas para presentarse ante nosotros.

Concretamente, se trataba de Ángel Torres Quesada, que se había iniciado, desarrollado y triunfado en este mundo conocido como el de *las novelas de a duro*; una denominación genérica, despectiva y humilde para hacer alusión tanto al poco precio como a la exigua relevancia literaria de las publicaciones que ahora venía a poner sobre la mesa, para ser reivindicadas sin complejos y con ajustado orgullo como el producto principal de sus andanzas como escritor. En ocasiones se refirió a estos libros como *de bolsillo*, aunque en mi mente yo los catalogué y recordé, más bien, como *de bolsillito*, debido a su pequeño tamaño y grosor.

Volviendo a la charla, Torres Quesada era tan natural y tan escasamente presumido que nos resultó ser un tipo encantador y cercano, como pudimos convenir Raúl y yo durante su intervención. Sin ínfulas de divo y con entusiasmo juvenil, a pesar de tratarse de una persona de alrededor de sesenta años, nos distrajo y nos ilustró con sus conocimientos, sus recuerdos y las últimas ideas que había desarrollado en sus recientes relatos. Estábamos desembarcando en un terreno que no conocíamos demasiado y sólo más allá de estas jornadas pudimos recopilar información sobre el currículum literario de Torres Quesada y los premios con los que había sido galardonado.

Desde que inició su intervención tuve que vencer mi debilidad o tentación para no perder el hilo de la misma porque, sin quererlo, mi imaginación y mi memoria se desviaban de forma casi entusiasta hacia las novelas de a duro que yo había llegado a leer y adquirir en mi juventud, a algunas de las cuales el escritor había aludido; y un olvidado nombre se abrió paso en mi conciencia al ser mencionado por Torres Quesada: el del autor George H. White.

Este George H. White era el pseudónimo utilizado por un desaparecido escritor valenciano, Pascual Enguïdanos. Yo había leído hacía muchos años algunos de sus relatos; es más, incluso conservaba todavía algunas de aquellas novelitas, que resultaban ser parte de una obra mayor, la llamada *Saga de los Aznar*. Por cierto, la dependiente que me las vendía en una modesta papelería de mi barriada —casi un kiosco grande—, se refería a ellas como *novelitas siderales*. Siderales, de a duro, de bolsillo, de bolsillito..., a mí me daba igual a estas alturas como llamarlas. A pesar de ello, decidí que a mi regreso buscaría alguna y comprobaría su tamaño.

De este modo, casi de súbito, actualicé las pasadas aventuras de aquellos personajes. En realidad, yo no las había olvidado completamente, ya que el apellido Aznar, que nunca había relacionado, por desconocimiento, ni con el almirante Aznar —último presidente del gobierno antes de la segunda República— ni, mucho menos, con el ahora ya conocido José María Aznar, lo había utilizado yo mismo como pseudónimo durante mi época de estudiante para colaborar en la revista universitaria. Efectivamente, al final de los años setenta yo firmaba en *La Voz del Drago*, la revista de los estudiantes de la Facultad de Medicina, como *Rut Aznar*, en un intento de camuflaje que pasaba no sólo por el cambio de nombre sino por el cambio de sexo, al objeto de eliminar todo rastro sobre mí y no poder ser reconocido ni por mis más cercanos allegados. Lo hacía por timidez, no porque el contenido de lo que escribía fuera especialmente perseguible, como no fuera por otro motivo que el de su falta de calidad, que no por ilegal o subversivo. Y había elegido el apellido Aznar en honor de aquel *Miguel Ángel Aznar*, protagonista, con su familia y descendientes, de aquella serie

de relatos siderales. Nunca pude imaginar por entonces que este apellido se haría tan cotidiano y presente años después de mano de la política.

Así, asaltado por estos recuerdos, atendía con curiosidad y gran excitación al discurso de Torres Quesada; un discurso que alcanzó uno de sus momentos más gloriosos cuando nos explicó como otro escritor —Ángel Olivera— había elaborado un relato basándose en la existencia real de una escalera ubicada en el patio de una vivienda de esas que en Cádiz se conocen como *casa de vecinos*. Dicha escalera, al parecer, tenía dos entradas independientes: una que llevaba a los pisos superiores impares y otra que lo hacía a los pisos pares, de forma que discurrían en una doble espiral paralela y sin contacto visual entre ambas. Lo único que se escuchaban eran las voces y los pasos. A partir de aquí Olivera había montado un relato de terror. Para mayor información, Torres Quesada nos facilitó a los presentes la ubicación de dicha escalera, que resultó estar situada en una conocida calle del centro histórico de la ciudad. Mi cuñado y yo nos miramos y creo que pensamos lo mismo en ese instante: nos asomábamos al lugar.

Después de este interesante inicio y tras un breve descanso que aprovechamos para curiosear más detenidamente por los mostradores y puestos del patio central, decidimos que el siguiente paso sería asistir a una charla titulada *Ciencia Ficción y Tebeos*.

Estuvo a cargo de Manuel Barrero, experto en estos temas. Apoyó su ponencia proyectando imágenes elaboradas con el programa *Power point* y reconocí algunas de ellas, pues utilizó, entre otras, fuentes procedentes de una enciclopedia del cómic que yo había adquirido años antes. Más agradables coincidencias. No faltaron las referencias a los clásicos como *Buck Rogers*, *Flash Gordon*, *Diego Valor*, *El Eternauta*, *Blake y Mortimer*, *Jeff Hawke* o *Dan Dare*, ni a las revistas más conocidas sobre el género, que yo conocía bastante bien pues coleccioné muchas de ellas. El ambiente continuaba siéndonos muy simpático y terminamos la mañana bastante animados por este reencuentro con las antiguas aficiones, que

parecían resurgir con juvenil entusiasmo desde algunos rincones cerebrales poco transitados por nosotros en los últimos años.

La tercera charla a la que nos apuntamos fue —imposible rechazarla a estas alturas— la que impartió Pedro García Bilbao sobre *Las naves de los Aznar*. No es que resultara entretenida, esto sería quedarse corto. Nos resultó muy divertida, jocosa y casi explosiva porque, a las muy juiciosas aportaciones del ponente le siguieron otras —entre sesudas y delirantes, pero siempre simpáticas— de algunos de los asistentes sobre la posibilidad científica de ciertas naves interestaciales, de ciertas armas o de las máquinas teletransportadoras como las de la serie de *Star Trek* o como la máquina Karendon que había propuesto George H. White en sus novelas. Ni que decir tiene que ganaba esta última, la máquina Karendon, a la del transportador de *Star Trek*. Por cierto, muchos congresistas, creo que apostaba, pronunciaban *Karendón* —con acento en la última sílaba—, logrando un efecto muy humorístico con este tan tosco empleo de la palabra.

Esta primera mañana nos había proporcionado gran gozo y estábamos de muy buen humor. Tras un almuerzo ligero en uno de los bares situados en las cercanías de la plaza de San Juan de Dios, nos dirigimos a la dirección facilitada por Torres Quesada con el ánimo de conocer la extraña escalera mencionada, si es que era posible. En poco más de veinte minutos de paseo llegamos al lugar y, prudentemente, entramos en el patio aprovechando que la gran *casapuerta* que conducía al mismo estaba abierta e invitaba al paso. No había ningún vecino a la vista.

Nada más llegar al patio vimos a nuestra izquierda la dichosa escalera. Nos acercamos y pudimos comprobar la existencia de las dos entradas. Dudamos entre subir o no por alguna de ellas y, cuando nos dispusimos a introducirnos en aquella especie de doble cadena de ADN, me vino una ráfaga de frío que recorrió mi espalda y me impulsó a retroceder sobre mis pies cuando apenas había subido tres escalones. A Raúl creo que le había ocurrido algo parecido, al menos eso pensé porque sus movimientos fueron exactamente los mismos que los míos y también retrocedió con

rapidez. Nerviosamente y riéndonos casi a carcajadas salimos a toda prisa de la escalera, del patio y del edificio hasta llegar a la calle, donde entre risas reconocimos el súbito ataque de canguelo que nos había provocado a los dos la puta escalera. ¡Vaya par de aventureros! Creo que de haber estado acompañados por nuestras consortes no nos hubiéramos comportado tan indignamente, pues, conociendo el carácter de las hermanas, las dos nos habrían arrastrado hasta arriba en su afán explorador, mucho más valiente y decidido que el nuestro.

Contentos de no haber tenido testigos de nuestra poco gallarda actitud, aunque muertos de risa porque seríamos tildados de gallinas por cuantos escucharan con posterioridad nuestra anécdota, emprendimos el regreso hacia el Palacio de Congresos para continuar nuestra peculiar y amena jornada. Al llegar al mismo, divisamos a Torres Quesada y nos acercamos para saludarle y fotografiarnos con él. No se nos ocurrió informarle de nuestra frustrada incursión, cosa que tal vez le hubiera dado pie a un relato de tono jocoso. Nunca se sabe.

Esa tarde nos apuntamos a un taller de escritura a cargo de Elia Barceló, una escritora de la que no habíamos leído nada aún y que nos deleitó con su discurso e ideas. Hablaba en tono muy relajado, despacio; con sabiduría didáctica, diría yo. Todos escuchaban y Raúl, incluso, cogía notas.

En un momento dado, al ver Raúl que yo miraba sus notas, me comentó que yo también debía hacerlo por si me daba por escribir algún relato de ciencia ficción. Ante mi sonrisa, que quería expresar poca probabilidad sobre esa posibilidad, me tropecé con la mirada de un individuo que estaba frente a nosotros, otro asistente al taller. El tipo había escuchado la sugerencia de Raúl y, a modo de contestación, nos dirigió unas palabras.

—Nunca se sabe —mencionó muy despacio, como casi deletreando tan corta frase.

Reparé más detenidamente en él. Vestido de negro, era muy delgado y de aspecto algo cadavérico. Estaba al otro lado de una gran mesa, alrededor de la cual nos habíamos ubicado todos los

presentes, una quincena de congresistas. Al principio creí que lo conocía de algo, pues su rostro me resultó familiar. Poco después, reparé en que, más bien, su aspecto me recordaba a alguien, pero no logré dar con ese alguien. Un poco sí que parecía un vampiro de cine, de tal forma que llegué a considerar si estaba caracterizado o disfrazado como tal. Una inspección más atenta sobre su persona me convenció de que no era para tanto y que el tipo tampoco parecía pretender parecerse excesivamente a *Drácula*, aunque un apodo de esta índole le hubiera cuadrado bien.

Cuando, más tarde, se lo comenté a Raúl, este me dijo que el tipo le había recordado a Lovecraft. Sí. Joder. Eso era. El tipo se parecía a Howard Phillips Lovecraft y era ese parecido el que yo no había sabido registrar antes. La elección de Raúl era coincidente con la mía y le mencioné, conteniendo la risa, que si nos lo hubiéramos encontrado a mediodía en la escalera nuestro susto hubiera sido extremo.

Tras el taller de Elia Barceló volvimos al patio central, donde nos esperaba una gran sorpresa. Guillermo del Toro se dejaba ver entre el público y curioseaba entre los expositores, permitiendo muy amablemente fotografiarse y concederles autógrafos a cuantos se le acercaban. Nuestra timidez y nuestra falta de desparpajo nos impidió immortalizarnos a su lado, a pesar de que nos saludó cuando nos cruzamos y casi tropezamos con él.

Otras personas a las que nos acercamos —y conversamos un poco con ellas— fueron Carlos Saiz Cidoncha y Pedro García Bilbao, que, tras un expositor con gran oferta de los libros de la editorial Silente —entre muchos otros, la reedición de *La Saga de Los Aznar*—, nos ilustraron un poco sobre el sentido del congreso y la presencia de ellos mismos allí. Saiz Cidoncha era un conocido y respetado escritor de ciencia ficción; a García Bilbao, un reputado investigador y divulgador, ya lo habíamos conocido y escuchado por la mañana en su entusiasta y erudita charla. Dos pesos pesados que no tuvieron el menor reparo en comentar con nosotros la marcha del congreso y otros detalles de la organización del mismo. Seguíamos encantados.

El último acto al que asistimos esa tarde fue una ponencia en el salón principal a cargo de Rafael Marín, otro experto y crítico de este mundillo, que versó sobre el tema *Flash Gordon cumple 70 años*. Otra gozada. Marín tildó muy agudamente a *Flash Gordon* como *primer metrosexual del cómic*. Se refería, claro, al elegantísimo *Flash Gordon* del dibujante Alex Raymond, al que yo había accedido a través de la colección *Héroes del Cómic* de la editorial Buru Lan. Este *Flash Gordon* no sólo fue el primero, sino que llegó a convertirse en un gran clásico del cómic.

Recordé en aquellos momentos a un amigo del que hacía tiempo que no tenía noticias. Miguel, que ese era su nombre, vivía en Almería y me propuse darle un telefonazo para saludarlo en los próximos días. Miguel me había venido a la mente porque, en cierta ocasión que hablábamos de tebeos, me comentó que a él le chiflaba el *Flash Gordon* de Dan Barry, otra versión del personaje en otra, también, magnífica obra. Dan Barry caracterizaba a muchos de sus personajes con el rostro de conocidos actores de la gran pantalla, lo que resultaba muy de mi agrado porque, en cierta forma, dotaba a los personajes de más humanidad.

Al término de la ponencia de Rafael Marín se abrió un turno de palabra para los asistentes. A estas alturas yo ya me sentía bastante integrado en el congreso y se me ocurrió intervenir. Me dio por preguntarle su opinión sobre la reciente adaptación del cómic *Teniente Blueberry* al cine. La hice mencionando el giro que había supuesto convertir un comic del Oeste en una película casi de fantasía y algo esotérica.

Su opinión no fue positiva, y despotricó tanto del director Jan Kounen como del propio dibujante Jean Giraud —sobre todo de este último—. Mencionó que el dibujante se había dejado llevar por su lado *Moebius*, que es el que adopta Giraud cuando se centra en la ciencia ficción dibujada, y que faltó o traicionó bastante al espíritu original con el que el guionista Jean Michel Charlier había desarrollado para el cómic *Blueberry*.

Esta conclusión es moneda corriente entre los aficionados al gran cómic, y yo la comparto. A pesar de ello, encuentro que la

película fue demasiado mal recibida. Actualmente, y a pesar de los cambios mencionados, me sigue gustando verla y entiendo que Vincent Cassel logró una buena actuación. Hasta el momento presente no se ha vuelto a intentar llevar a la pantalla y se han frustrado proyectos como el de una serie para televisión de la que hay cierta información y algunas escenas en Internet. Tenía buena pinta y *Blueberry* iba a ser Martin Kove.

En esos momentos, mientras Marín me contestaba, pude ver que el tipo parecido a Lovecraft, situado unas filas por delante, se volvía para enfocar por unos instantes su mirada en mí. No voy a decir que tuviera sus ojos inyectados en sangre; no. Ya habíamos quedado en que vampiro no era, pero muy inquietante sí, con su rostro blanquecino e inexpresivo. Pensé que a este Lovecraft redivivo le interesaba también el cambio efectuado en *Blueberry*, que lo acercaba al mundo del conjuro, de lo secreto y lo esotérico. Al dejar de mirarme, se volvió hacia adelante y se inclinó un poco, como si escribiera o tomara notas. Raritos éramos más de uno de los presentes, pero este tipo se llevaba la palma.

Terminamos la jornada y nos reunimos con las mujeres, que habían llegado al Palacio de Congresos y curioseaban por los expositores. Nuestros continuos comentarios y nuestro visible entusiasmo las sorprendió agradablemente.

—Os habéis divertido mucho, ¿no?

—Sí. Y todavía no os hemos contado lo de la escalera.

Tras cenar en Cádiz entre risas y ocurrencias, volvimos a nuestra casa de Ciciliana. En media hora estábamos allí. Un poco antes de acostarnos recordé una cosa. Me dirigí a una estantería del salón. Busqué —y encontré enseguida— la decena de novelitas de George H. White que aún conservaba. Eran pequeñas y delgadas, editadas en 1974 con cubiertas en tono amarillo muy vivo y —un detalle de mi afán por perpetuar la existencia y la conservación de los libros que admiraba—, forradas y protegidas con un plástico adhesivo transparente. Cogí una regla y medí una de las novelas, precisamente la titulada *Venimos a destruir el mundo*. Catorce

centímetros de alto, diez de ancho y uno de grosor. Novelas de bolsillito.

El segundo día

Domingo, 7 de noviembre de 2004

Nos presentamos en Cádiz sobre las diez o un poco más, cuando ya había bastantes personas ocupando el salón principal, donde se iba a llevar a cabo una conferencia que versaba algo así como *Sobre el origen del mal*, a cargo de Javier Negrete, otro de los escritores invitados. Fue muy irónico e hizo referencia a los atentados de las torres gemelas, a Bin Laden y a la invasión de Irak.

En el descanso pudimos comprobar que el ambiente era aún más animado que el día anterior, tanto por la mayor asistencia de público y curiosos como por la presencia de periodistas y fotógrafos de varios medios de comunicación. Había bastante expectación antes de lo que iba a ser el último acto, una rueda de prensa de los principales organizadores junto a Guillermo del Toro. Nos apresuramos a tomar asiento y nos colocamos casi en el mismo sitio que el día anterior, en un buen lugar para no perder detalle. El tipo con aspecto de Lovecraft estaba en la fila precedente a la nuestra, aunque en la esquina de la derecha, por lo que podíamos ver su cabeza y parte de su rostro.

Guillermo del Toro, simpatiquísimo, nos habló de sus comienzos, de sus gustos por la ciencia ficción y la aventura, y también contó diversas anécdotas sobre las dificultades que se presentaron en algunas de sus producciones cinematográficas. También comentó sus inmediatos proyectos y causó mucho interés su anuncio sobre el abordaje de una película en la que adaptaría, mira por dónde, *En las montañas de la locura*, uno de los mejores relatos de H. P. Lovecraft. En ese momento le di un codazo y le hice un gesto a Raúl para hacerle mirar hacia nuestro Lovecraft, que permanecía impasible ante el anuncio, mientras se escuchaba un gran murmullo de satisfacción y conatos de aplauso por parte del público.

—No parece que le haya hecho mucha gracia —le susurré a Raúl, mientras volvía a atender a Del Toro.

—Igual Guillermo no sabe que deberá darle dinero a este descendiente —me contestó Raúl riéndose.

Unos segundos después volví a mirar al tipo y me sorprendió verlo con su cabeza vuelta hacia mí y mirándome fijamente, como el día anterior. Me sentí incómodo y desvié mi vista hacia la mesa de organizadores, mientras Del Toro seguía con su discurso. Era imposible que el individuo hubiera escuchado mi comentario, pues se encontraba alejado unos metros de nosotros y yo había hablado en voz baja y dirigiéndome exclusivamente a Raúl. ¡Pues vaya! Ahora, encima, ¿tenía que contar con la posibilidad de que adivinara nuestros pensamientos? Vaya mal rato, joder.

Un par de minutos después volví a mirar hacia Lovecraft y ya no pude encontrarlo. ¿Se habría cambiado de sitio? Miré hacia los alrededores y no lo localicé. Puede que se hubiera ido de la sala. Me vinieron tontas ideas a mi cabeza acerca de lo mal que le habría caído el proyecto de Del Toro sobre su relato o, peor aún, mi comentario o pensamiento sobre su persona.

—Lovecraft ha salido pitando, Raúl. —Mi cuñado apenas prestó atención a mis palabras porque, muy razonablemente, seguía subyugado con las anécdotas que contaba el Guillermo Del Toro. Decidí hacer lo mismo ya que para eso estábamos allí, y no para detectar vampiros o seres misteriosos.

Al término de la charla salimos al patio interior e hicimos las compras que habíamos aplazado hasta ese momento: en mi caso, algunos números de la reedición de *La saga de los Aznar* y un póster del cartel del congreso. Adquirí este último con la idea de contribuir a la decoración del instituto de Formación Profesional donde yo trabajaba, una iniciativa que varios profesores estábamos llevando a cabo con la idea de mejorar su aspecto y dotarlo de mayor jovialidad y atractivo. Figuraban en el póster, sobre un fondo de paisaje con naves y planetas, *Flash Gordon*, *Dale Arden* y *Ming El Cruel*. Me pareció muy colorido y que llamaría la atención entre el alumnado. No es fácil acertar con estas cosas porque la mayoría de los jóvenes solo están pendientes de sí mismos y no se suelen interesar por las propuestas de los adultos. También corría un gran riesgo: se trataba de personajes poco conocidos en la actualidad y, casi con seguridad, con un sabor *camp* que poco éxito les garantizaba entre el público

juvenil. Así y todo, me expondría. ¿Quién sabe cuándo vuelven las modas? Y puede que algunos alumnos tuvieran venas frikis que no siempre resultaran evidentes. Finalmente, ni todos los alumnos son iguales, ni son ellos los que van a vivir la mayoría de su tiempo en el instituto. Hay profesores que pasamos allí nuestras vidas y también nos merecemos nuestros propios guiños. Igual también le llegaba a hacer gracia a algún que otro padre que se personara en el centro. Asunto resuelto.

También decidí inscribirme como socio. Colaboraba así con mi cuota para mantener esta asociación y, de paso, estar informado de las próximas actividades y recibir anualmente un libro que publicaban con una selección de los mejores relatos que les iban llegando.

Tan contentos salimos de allí que ya estábamos deseando que pasara un año para acudir al siguiente congreso, aunque éramos conscientes de que esto nos podía obligar a viajar hacia cualquier otro lugar de la geografía española. Ya veríamos la suerte que nos tocaba y si podríamos volver a presentarnos.

La pequeña sombra de incomodidad que me había producido el tipo parecido a Lovecraft se difuminó totalmente, ya que no volvimos a tropezarnos con él ni a divisarlo entre la multitud presente. Ya estaría de camino hacia su Arkham particular, quizá para ponerse en contacto con sus abogados y poder sacar partido de la iniciativa de Del Toro; así que di por concluida mi corta y extraña odisea con el personaje.

Pertrechados con nuestros libros y el póster, salimos del edificio y dejamos atrás a los frikis y a muchos otros asistentes, que seguían fotografiándose y adquiriendo recuerdos, confirmando así a la organización el éxito alcanzado, sobre todo por haber sido, en la práctica, privilegiada por la primicia del nuevo proyecto de Guillermo del Toro.

El tiempo entre congresos

Entre el 8 noviembre de 2004 y el 28 de octubre de 2005

Lo que siguió fue un año en el que leímos bastante más ciencia ficción de lo habitual y, entre otros, accedimos al inquietante relato *La casa de las dos escaleras*, de Ángel Olivera. Muy interesante y logrado.

Por mi parte, volví a echarle un vistazo a mis fascículos de *Star Trek* (que siguen sin estar encuadrados; a ver cuándo puñetas me decido a hacerlo) y repasé muchos de los relatos de Lovecraft que había leído en mi juventud. Confirmé la persistencia de mi gusto por los mismos y debatí con algún que otro amigo aficionado el orden de preferencia personal entre todos ellos. Siempre me impresionó más el que se tradujo en España como *En la noche de los tiempos*, aunque he de confesar que cada vez que abordo cualquier relato de este autor me invade un gran gozo, a la vez que por mi espinazo se presenta una corriente de frío que me paraliza y que me impide leerlo por las noches, sobre todo si estoy solo en la cama o en el salón de mi casa; bueno, en el salón, en la cocina, en el baño o donde sea.

El año también incluyó el estreno de una nueva versión filmada de *La guerra de los mundos* que, si bien me gustó, no supera a la, para mí más entrañable, de Byron Haskin.

A estas alturas de mi vida he perdido mucho prurito y mi super-yo cultural no campa por mucho terreno sagrado y consagrado por los popes oficiales y académicos. Al leer, oscilo mucho entre lo complejo y *lo de bolsillito*. Me gustan algunos buenos restaurantes —no todos— y me gustan algunos bares cutres —no todos—. Un día toca caviar, otro día toca gazpacho y me satisfacen ambos platos. Me gustan algunas sesudas conferencias tanto como me gustan algunos sencillos y populares chistes.

Redundando en esta línea de gozos —y no únicamente en la alta o selecta cultura—, no solo me dediqué este tiempo a repasar los relatos de Lovecraft y de otros autores, sino que me hice por

aquellos días, precisamente, con un ejemplar de *En las montañas de la locura*.

Pasábamos en Ávila un largo puente a finales de febrero, junto a parte de mi familia y una pareja de amigos, y adquirí el libro —una edición de bolsillo de Alianza Editorial— en una librería cercana a la catedral. En algún momento en el pasado había perdido este relato y ahora lo recuperaba. Cuando, un rato después, en la agradable bodeguita de San Segundo, le comenté a mi amigo Pepe lo feliz que me sentía por mi adquisición y le hacía una breve sinopsis de la obra, su respuesta no pudo ser más divertida y poco friki.

—A mí las únicas montañas que me vuelven loco son las que se parecen a las que tengo ahora mismo enfrente —me dijo mientras conducía su mirada hacia el enorme expositor de tintos que había tras el mostrador—. ¡Esto sí que es una cordillera!

No sólo hizo esta solemne declaración, sino que, poco después, cuando el dueño del local se disponía a salir y nos dejaba al cuidado de sus camareros, Pepe lo abordó para felicitarlo y hacerle la siguiente recomendación, que era casi una plegaria.

—Señor, muchas gracias y no cierre usted nunca —le dijo mientras lo miraba fijamente y extendía su brazo recorriendo un arco que señalaba o abarcaba todo el muestrario de botellas—. ¡Jamás de los jamases, cierre usted!

Por tanto, no todo fue Lovecraft o ciencia ficción ese año, lo que quiero exponer claramente para asegurar al lector que mis pequeñas obsesiones frikis estaban bastante bien controladas y convivían en buena concordia, e incluso humorísticamente, con otras posibilidades de ocio.

También cayó en mis manos en este periodo el *best-seller* que todo dios había leído el año anterior, *El código Da Vinci*. Muchos años habían pasado desde que en la década de los setenta había leído *El retorno de los brujos*, de Pauwels y Bergier, y encontré en el libro de Dan Brown ecos templarios de algunas de las páginas de *El retorno*. Confieso que me resultó divertido y no se me cayeron los anillos —no sé si tengo alguno— por leer esta «basura», como había sido

calificada por la crítica literaria más exigente. Tampoco me importa decir que, cuando Ron Howard la rodó —faltaba un año aún, pues fue en 2006—, también me pareció una buena película. Como muchos otros, desde el principio imaginé a Harrison Ford en el papel principal. No tengo reparos en reconocer que, en mi opinión, Tom Hanks —por quien nadie daba un duro como adecuado para el papel protagonista— lo hizo rematadamente bien, como es habitual en él.

En cuanto a mi trabajo como profesor, seguí con mis clases en el ámbito sanitario de la formación profesional y, también, con mis labores extraescolares de mejora de la imagen del centro. Por supuesto, enmarqué y colgué en uno de los pasillos del centro el póster de *Flash Gordon* adquirido en el congreso, junto a otros cuadros destinados al mismo fin. No sé el impacto que tuvo entre el alumnado. Sólo puedo confirmar que no resultó ni apedreado, ni descolgado, ni objeto de ningún otro acto de vandalismo como pintar o escupir sobre él, que todos estos lindos actos son norma bastante común en los centros educativos que no usan vigilantes cámaras para la seguridad y el decoro. También son comunes cuando existen estas cámaras, las cosas como son.

Al siguiente curso fui nombrado secretario del instituto, cosa que sucedió un par de meses antes del siguiente congreso de ciencia ficción. Debido a la profusión de cuadros y materiales para adornar los pasillos, decidí cambiar la ubicación del póster y lo coloqué en mi nuevo despacho. Me acompañaría, junto a otros productos también algo frikis, todos los años que aún me quedaban por desempeñar este cargo y se convertiría, también, en un símbolo que me recordaría durante mucho tiempo los sucesos que aún están por relatar. Cuando finalmente me jubilé, me lo llevé a mi casa. No tuve reparo alguno. Al fin y al cabo, yo había pagado de mi bolsillo el póster y el marco, así que su presencia en el centro fue tan sólo una especie de cesión temporal por mi parte.

De esta forma, y entre muchas otras actividades lúdicas y laborales, transcurrió un año entero entre cita y cita de este tipo de congresos. Cuando llegó el momento de la nueva cita, no me

esperaba lo que iba a vivir. Es a partir de ahora que empiezo a dar datos no demasiado exactos sobre los detalles geográficos donde se produjeron los hechos que pasaré a narrar. También seré prudente sobre los referidos a algunas de las personas que mencionaré, pues no quiero ni perjudicarlas ni ocasionarles las molestias que, sin duda, les produciría verse identificadas y relacionadas con los insólitos y extraños hechos que sucedieron.

Nueva cita

Principios de octubre de 2005

Informado por la asociación, llamé a mi cuñado para hacerle saber la fecha y el lugar del nuevo congreso. Lamentablemente, Raúl no podía acudir en esta ocasión porque le había surgido trabajo de fin de semana.

Eso me supuso cierta contrariedad. Por un lado, no es que me importara demasiado no acudir acompañado, pero, por otro, tampoco me apetecía ir solo, cosa que ya era casi inevitable porque, previamente a esta situación sobrevenida de Raúl, ni a mi mujer ni a su hermana les entusiasmaba la idea de acompañarnos. El evento les parecía poco interesante para pasar un fin de semana, y habían pensado dejarnos acudir por nuestra cuenta, sin ellas.

Así las cosas, y cuando ya me inclinaba por no ir al congreso, a mi mujer le surgió en esas mismas fechas la posibilidad de asistir a uno de Cultura Clásica, su especialidad profesional, ya que era profesora de latín.

Tras hablarlo, y dadas mis escasas ganas de acompañarla a ella a su congreso, decidimos que, de forma excepcional, por el bien y el gusto de los dos, nos obsequiaríamos con un fin de semana separados y cada uno centrado en lo suyo. Mientras ella iría a Granada a formarse en su culto y selecto campo profesional, yo me dirigiría a un lugar de Extremadura, a unos veinte kilómetros de la frontera con Portugal, a desligarme y distanciarme un par de días de mis ocupaciones docentes, a costa de llenar mi mente con prometedoras informaciones o novedades sobre ciencia ficción y relatos de fantasía.

Julia dejaba nuestro coche a mi disposición. Ella iba a Granada con otras compañeras que también disponían de vehículo propio. Asunto resuelto. En pocos días preparé el viaje y la estancia, cosa esta última que no me salió como quería y que condicionó de forma esencial mi paso por aquellas tierras y las extrañas experiencias que viví en las mismas, lo que viene a ser el elemento

central alrededor del cual gira la historia que escribo y que empezaré a desvelarle al lector en las siguientes páginas.

Llegada a la zona

Viernes, 28 de octubre de 2005

Mi horario de trabajo me había permitido ese viernes emprender el viaje al terminar mi última clase, poco antes de la una de la tarde. Quiero recordar que tomé un bocadillo por todo almuerzo en una parada que hice en el área de descanso denominada El Culebrín — en la zona de Monesterio—. También tomé un café y, tras ello, otra vez a conducir. Las seis y pico de la tarde eran cuando atravesaba en mi Citroën C4 por el puente romano de Alcántara, en la provincia de Cáceres, a poco más de media hora de mi destino en Zócalo, una pequeña población, situada a una escasa decena de kilómetros de otra mayor, Moria, que era la que acogía a las marcianas jornadas.

Esta vez, el congreso se celebraba en las instalaciones de la biblioteca municipal de Moria, pero yo no había conseguido reservar una habitación a tiempo en un hotel de la localidad y me tuve que conformar con un apartamento en la vecina Zócalo.

Zócalo se sitúa, en la dirección que yo llevaba hacia el Norte, algo antes de Moria, por lo que ya había decidido no acercarme al congreso esa tarde, ya que, entre una cosa y otra, llegaría prácticamente poco antes de finalizar esa jornada, a las ocho.

Me conducía por una geografía bastante desconocida para mí, ya que tan solo recordaba, muy vagamente, haberlo hecho de pequeño con mis padres y hermanos en el regreso de un portentoso y casi aventurero viaje que hicimos hasta Galicia para ver a unos tíos maternos. En aquella ocasión el atardecer también nos cogió por esta zona y recuerdo que mis hermanos y yo celebramos mucho haber visto un luminoso objeto en el cielo, que rápida y entusiastamente identificamos como un ovni, claro.

El paisaje era a veces algo frondoso y, más habitualmente, abierto y panorámico, con soleados campos en tonos ocres y con algunas fincas a ambos lados de la carretera. Me agradaba mucho la relativa soledad y la tranquilidad que me proponía, tan solo interrumpida por la presencia de alguna maquinaria agrícola y un

escaso tráfico rodado. Echaba de menos a Julia y creo que este entorno le habría gustado.

Poco antes de las siete de la tarde, aún con suficiente luz diurna, llegué a Zócalo y me fue muy fácil encontrar el alojamiento que ya había reservado unos días antes por teléfono. Se trataba de un hotel-restaurante, situado en la travesía del pueblo; pueblo que, ya intuí, crecía mucho más hacia mi izquierda —hacia el Oeste y, por tanto, hacia la frontera portuguesa— que hacia mi derecha, donde apenas había un par de calles, algunos almacenes y lo que me pareció que era un pabellón de deportes.

Me registré enseguida y subí a mi apartamento en el primer piso, encima del salón del restaurante. Dejé mi maleta sin deshacer y decidí asomarme a un cercanísimo pueblo portugués, en busca de un castillo que había visto en los folletos informativos de la zona.

Tras media hora de conducción por una carretera local bastante estrecha llegué al pueblo, casi una aldea, y aparqué el coche para recorrerlo a pie.

Muy pequeña la villa y, al parecer, muy escasamente poblada. Andorreé despistado por algunas de sus bonitas callejuelas y saludé a un par de vecinas que me miraron con curiosidad. Mis «buenas tardes» obtuvieron unas cálidas «boa tarde» que me volvieron un poco al mundo que pisaba. En menos de diez minutos ya estaba de vuelta junto al coche y fue entonces cuando vi un cartel que anunciaba un mirador al castillo. No había explorado esa parte de esas casi afueras del pueblo y dirigí mis pasos hacia allí. Tras un par de esquinas en las que cambié la dirección, volví a perder el rumbo y tuve la suerte de que un anciano cruzara ante mí. Le pregunté por el mirador.

Mientras me contestaba, no pude evitar mirar hacia lo que portaba: una copa metálica con cisco, sostenida por unas cadenas, que llevaba a alguna de las viviendas. El gris y el rojo de la mezcla, y el olor que desprendía —no sé si a naranja o a lavanda— me hipnotizaban y me sentí transportado por un momento a mi infancia en Lugar del Puente, la ciudad en la que yo me había criado, vecina

a Ciciliana. Le di las gracias por sus indicaciones, dejé atrás esta vieja estampa y, tras recorrer unos cien metros, llegué al mirador.

Ya había caído el sol y la luz era mortecina. Del castillo apenas quedaban algunos restos y tampoco estaban en el propio pueblo, sino algo alejados. Lo que vi del castillo no me llamó especialmente la atención, aunque sí el resto del paisaje y la placidez de este atardecer ya cercano a la noche. Era el típico lugar donde unos años antes, cuando fui algo fumador, hubiera echado con gusto un cigarrillo. No se escuchaba más que el rumor de algún pequeño arroyuelo y el piar de algunos invisibles pájaros. También revoloteaba de forma quebrada algún murciélago que, tal vez, tendría su posada en las ruinas.

Llamé por teléfono a mi mujer para saludarla y para intentar compartir a distancia esta belleza. No pude comunicar y aplacé la llamada para mi vuelta al apartamento. Caí en la cuenta de que empezaba a hacer frío y emprendí un lento regreso hacia el coche para disfrutar unos minutos más de este pequeño paraíso detenido en el tiempo. Cuando me puse al volante, me invadió cierta tristeza por no haber compartido estos momentos con otros seres queridos —mi mujer, familiares y amigos— que podrían haber gozado tanto o más que yo mismo con esta pequeña incursión. También fui consciente de las pocas personas con las que me había tropezado en la aldea. Encendí el motor y emprendí el regreso.

El trayecto no era especialmente complicado, algunas curvas y badenes al principio y, al final, una gran recta que llevaba al cruce con Zócalo. Apenas me crucé con ningún otro vehículo, ni siquiera con uno de los mil y un tipo de tractores que se dan por estas zonas rurales.

Poco antes de llegar a la recta mencionada vislumbré por el espejo retrovisor las luces de un coche que se acercaba. No pude reconocer el modelo porque ya había poca visibilidad y solo distinguía la luz de sus faros. Cada vez estaba más cerca y, sin duda, me adelantaría al alcanzar la recta.

Efectivamente, en cuanto llegamos a la recta inició la maniobra de adelantamiento y yo reduje algo la velocidad, a la vez

que apuraba mi posición hacia la derecha de la carretera para facilitarle el paso. Fue entonces cuando sucedió algo muy extraño.

Esperando ver a mi izquierda el vehículo que me adelantaba, lo que ocurrió fue que este vehículo desapareció. No sólo no me adelantó, sino que se esfumó. Nada a mi izquierda y nada tampoco en el espejo retrovisor. Era como si hubiera apagado las luces o se hubiera detenido de golpe. Me extrañó y me alarmó tanto el suceso que no me tranquilicé hasta que no caí en la cuenta de que el coche se habría metido en una carretera perpendicular, en un desvío a mi izquierda. Como no conocía el terreno, este me había jugado una mala pasada y lo que yo creía que era una maniobra de adelantamiento no era más que un aviso de giro a la izquierda; eso sí, el conductor, no sé si portugués, había apurado demasiado su distancia con respecto a mi propio coche. La verdad es que no sé a qué venían tantas prisas, pero esto es bastante común entre muchos conductores —no necesariamente portugueses— que sólo parecen estar a gusto cuando te tienen a tiro casi para darte por el culo. Guardar las distancias no es lo suyo.

Me dejé llevar por mi mal genio y en mi irritación pasé a enfadarme a solas, recordando otra equivocada tendencia vial que hacía furor en las carreteras desde hacía ya bastantes años. Me enervaba el caso de los pocos viandantes que respetan, hoy en día, la clásica y segura norma de ir por la izquierda cuando transitan por una carretera. Este contratiempo me había supuesto más de una vez mucho enojo y recordé que en una ocasión yo mismo había sido reprendido por un paleta deportista que practicaba la carrera por su arcén derecho y que me reprochó que yo me desplazara por el que era mi izquierdo. No lo mandé a tomar por saco por aquello de que nunca se sabe si la reacción del otro puede tornarse nociva para tu propia salud. Aun así, le contesté que estaba equivocado. Por la cara que puso mientras se volvía y no paraba en su correr, creo que el tipo creyó haberse topado con un loco o un tarado. No sé si es efecto de la LOGSE y del resto de leyes educativas enemigas del rigor en la educación; sospecho que, en parte, sí. Recordé que hace muchos años había anuncios instructivos en la televisión que

repetían la consigna *Recuerde que por carretera el peatón circula por la izquierda*. Era más fácil que se pusiera de moda otra vez *Flash Gordon* que un ministerio de cualquiera de los gobiernos actuales retomara un anuncio o un mensaje que guardara semejanza con otro emitido en los tiempos de la maldita dictadura. Es el eterno y estúpido dilema de rechazar la utilización de la lógica, cuando decides no mencionar lo que es conveniente y seguro, sólo porque alguien rechazable y repulsivo lo hizo también.

En unos minutos, más calmado de mis propias neuras, que habían sido actualizadas por el extraño incidente, llegué a Zócalo, aparqué junto al hotel y subí al apartamento. Me di una buena ducha, pude hablar con mi mujer y bajé a cenar sobre las diez. Lo hice frugalmente, en una pequeña mesa y con poca compañía en el salón, ya que ésta se limitaba a una joven pareja y a un parroquiano con pinta de Juan Echanove que permanecía en la barra, entablando lo que tildé como una superficial conversación con las camareras mientras consumía una bebida.

Atribuí la presencia de la pareja a que estarían pasando el fin de semana por la zona, cosa para la que no tenía demasiado fundamento, pero que me pareció razonable por el buen tono de su continua charla y sus risas. Él podría tener treinta años; ella alguno menos, pero para mí siempre es más difícil calcular correctamente la edad de las mujeres. En todo caso, se les veía felices y relajados de encontrarse allí.

Este juego de interpretar situaciones prosaicas y atribuir ocupaciones a los desconocidos lo llevo haciendo muchos años. Como en la mayoría de las ocasiones no puedo llegar a comprobar nada sobre estos extraños y es imposible llevar estadística alguna sobre mis aciertos y fallos, no tengo ni idea de qué nivel alcanza mi sagacidad. Sólo me divierte hacerlo para combatir el tedio o la soledad, cosa que en ese momento era evidente, y compaginaba esta distracción con la escasa atención que prestaba a la televisión.

Enseguida aparté de mi mente estas deliberaciones sobre los asistentes y pasé a considerar más seriamente el programa que emitían en ese momento, un reportaje sobre la recogida de setas. A

los pocos minutos, la pareja también dejó de hablar y pasamos todos a contemplar en silencio el programa con la única interferencia o acompañamiento del sonido de los cubiertos, vasos y platos que manipulábamos. Hubo incluso algunos momentos de gran silencio, casi de expectación, que me recordaron plácidamente a los del reciente atardecer en la aldea portuguesa. Creo que todos disfrutábamos, pensé mientras echaba un vistazo de reojo a mi alrededor. A mi mujer le hubiera gustado estar allí. Ya se lo contaría.

Me dirijo al congreso

Sábado, 29 de octubre de 2005

Me levanté temprano, antes de las ocho, para poder ducharme, arreglarme y desayunar con tiempo. Quería estar sobre las diez en Moria, a la hora de las primeras actividades previstas en el congreso. Sobre todo, no quería perderme un coloquio centrado en un escritor ruso que había destacado y obtenido cierta fama en el género de relatos sobre elfos, ofreciendo una especie de actualización sobre el mundo de Tolkien, pero digamos que con una manifiesta y desagradable crueldad de tono realista o naturalista, lo que lo alejaba bastante de la lírica de *El Señor de los Anillos*.

Cuando bajé al comedor para desayunar, pasé por el vestíbulo y me crucé con la pareja de la noche anterior. Nos saludamos y vi que ya estaban dispuestos para salir. Una pareja madrugadora. Por su aspecto —por sus mochilas—, pensé que harían alguna ruta de senderismo por la zona.

Un zumo de naranja, un par de descafeinados y tostadas con aceite. Suficiente para aguantar hasta que a media mañana picara algo o repitiera descafeinado. Hace años que me pasé al descafeinado y entiendo que me he acostumbrado al sabor. También creo que el descafeinado actual está mucho más conseguido que el, mucho menos sabroso, de mi juventud. Eso sí, lo tomo sin leche. Me sigue dando asco, una cosa que arrastro casi desde mi niñez para desesperación de mis padres, empeñados en atiborrarme de ella. La única que admití fue la leche condensada. Ahora, ni esa. No sé si estas costumbres concuerdan mucho con el gusto del mundo friki. Sospecho que no. Encima, y por si fuera poco, tampoco me gusta el chocolate, así que es seguro que en los aspectos culinarios debo puntuar muy bajo en la escala friki.

La verdad es que no sé muy bien si puntúo demasiado en otros aspectos mucho más relevantes del *frikismo*, puesto que mi aversión a los *anime*, a los videojuegos y a los juegos de rol, junto a mis discretos conocimientos sobre informática y el poco gusto por vestir estrafalariamente, apenas me dejan espacio para destacar en

ese singular mundillo. Tan sólo mis antiguos intereses por la ciencia ficción, el cine y el cómic —que debía actualizar mucho si quería sacar nota ahora—, podrían acreditarme como algo cercano a lo friki; y todo ello, teniendo en cuenta que ni el manga ni los superhéroes eran mi fuerte. El resultado es un saldo friki bastante enclenque, diría yo. Cualquiera podría percibirme como un extravagante, por lo extravagante de mi poco extravagante aspecto y condición en ese extravagante mundo. Algo así como esos extraños roqueros sin chupa y sin el debido desaliño en la ropa, a los que les quedan mejor —y por eso las llevan— una corbata y una chaqueta.

Ya en el coche, a las nueve y media puse rumbo a Moria. La carretera estaba poco transitada y esperaba realizar los quince kilómetros que me separaban de ella en poco tiempo y a velocidad moderada. El paraje era, de momento, muy similar al recorrido ayer por la tarde y sólo llegaría a cambiar a la entrada de la ciudad.

Un coche de color claro —crema— apareció en mi retrovisor y se acercaba a mí. No lo perdí de vista y recordé el falso adelantamiento de la noche anterior. En unos segundos me alcanzó y pude reconocer por el espejo el tipo de vehículo, aunque soy poco entendido en marcas y en casi todo lo que tiene que ver con la conducción y el mundo del motor. Era nada menos que un glorioso y anticuado Citroën Dos Caballos. Tendría una matrícula bastante antigua, pensé. Ahora lo comprobaría.

Inició el adelantamiento y me dispuse a su seguimiento y reconocimiento. Lo perdí de vista un instante —el famoso ángulo muerto del lateral de los coches— y esperé.

No volví a verlo.

Primero me extrañé y, de súbito, sentí como un vuelco en el corazón y me asusté.

El coche había desaparecido. ¿Cómo era posible? ¿Dónde estaba? ¿Otra vez igual que anoche? ¿Otra carretera a mi izquierda? No. No había carretera ni carril. Lo hubiera visto.

¿Qué estaba ocurriendo? Me notaba muy nervioso y decidí parar a la derecha, en la entrada de una finca al borde de la carretera. Bajé de mi coche respirando ansioso y taquicárdico.

No se veía ni se escuchaba nada. Ningún vehículo. Ni por detrás ni tampoco por delante. Ningún ruido de motor. No había dejado ninguna carretera a mi izquierda, ni había pasado por ningún cruce señalizado o no. Estaba seguro de ello.

Mientras me tranquilizaba y mientras buscaba una explicación razonable —que la habría, aunque yo no diera con ella en esos momentos—, pasó una motocicleta en dirección contraria. Al minuto pasaron dos coches en sentidos diferentes y casi se cruzan a mi altura. Luego, otro más.

Me iba calmando poco a poco y decidí que la única explicación razonable era la de la existencia de una carretera o un camino que yo no había visto. ¿Qué hacía? ¿Lo buscaba o me iba hacia Moria?

De buscarlo ahora, nada, desde luego. No tenía tiempo si no quería perderme la ponencia. Me iba para Moria. Monté en mi coche y lo puse en marcha. Conduje más despacio de lo habitual en mí, pero, así y todo, en diez minutos vi el cartel que anunciaba la población. Ya había recobrado un poco la calma y me sentía algo mejor, aunque seguía estando inquieto y preocupado por las coincidencias y características de los dos episodios.

Estacioné el coche en una avenida junto a una zona verde. Me aseguré de que no hubiera ninguna señal de prohibición para ello y me dirigí hacia la biblioteca municipal, situada bastante céntricamente. Tras cinco minutos andando me presenté allí. Me sirvieron para relajarme y para intentar alejar de mi mente lo sucedido.

A la entrada de las instalaciones, muy amplias y con profusión de cartelería —casi toda ella relacionada con el congreso—, me dirigí a la recepción. Di mi nombre y me facilitaron una identificación. Pasé a un patio interior en el que había personas paseando alrededor de los expositores, aunque creo que el público era algo menos numeroso que en el congreso de Cádiz. En esta

ocasión el programa contemplaba que se pudiera asistir a todas las actividades y no las había paralelas o que se pisaran en el tiempo. Compré una botella de agua en una máquina, le di un buen trago y entré en el salón donde el escritor ruso intervendría.

Era un amplio salón de actos, con escenario propio separado por un telón que permanecía abierto, dejando ver una larga mesa con varias sillas para los ponentes. Calculé que habría doscientas y pico de butacas para el público. Me dispuse a colocarme en la séptima u octava fila y hacia ella me dirigí.

Mi primera sorpresa fue encontrarme sentado junto a la pareja que se albergaba en el hotel de Zócalo. Así pues, no iban de excursión. Iban de congreso. Una joven pareja friki, aunque con un aspecto algo más deportivo que de usuario de biblioteca. Más tarde pude comprobar que en sus pequeñas mochilas llevaban libros, blogs y folletos, y no bocadillos o botellas, como yo había supuesto.

Los saludé y nos vimos casi obligados a entablar algo de charla de cortesía, como para celebrar la casualidad y, de paso, también justificar nuestra presencia allí.

—Yo soy Rafa —se adelantó él.

—Y yo Marga —siguió ella. Tenían acento madrileño, evalué rápidamente.

—Me llamo Ángel. ¿De dónde venís? Yo, de Cádiz.

—¿Cádiz? ¡Qué delicia! —dijo ella—. Me encanta. Veraneamos mucho por allí. En Conil.

—De Madrid. Somos de Madrid. —Rafa confirmó mi suposición.

—¿Sois habituales? Quiero decir... ¿Estuvisteis en el congreso pasado o es la primera vez?

—No, no. Nos estamos estrenando. Hace tiempo que yo quería venir a estos encuentros, pero es la primera vez para los dos. A ella no le gustan tanto estas cosas, pero también se ha apuntado.

—Ayer fue genial. ¿Viniste? No te vimos por aquí o no coincidimos —habló Marga.

—No pude. Llegué tarde. ¿Fue interesante?

—Verás —intervino Rafa—, tras la presentación hubo un coloquio sobre los viajes en el tiempo. Había varios escritores y se mencionaron películas y relatos.

—Pero se llegó a la conclusión de que son viajes imposibles. Al menos, eso entendí yo —aclaró Marga.

No sé si ella decía eso porque pensara que el viaje en el tiempo es también un viaje en el espacio, ya que este está en expansión o en movimiento continuo y, con esta premisa, retroceder a un tiempo pasado te colocaría en espacios distintos al que ocupas ahora. Lo mismo sucedería al revés, es decir, en el momento de volver desde el pasado o proyectarse hacia el futuro. Crees que aparecerás en el mismo lugar, pero años o siglos antes o después, cuando lo más probable es que aparezcas en algún otro punto del vacío sideral. El tiempo y el espacio.

—Bueno... —Rafa no apoyaba del todo la conclusión a la que Marga parecía haber llegado—. Nunca se sabe.

Nunca se sabe, me repetí interiormente mientras un recuerdo se hacía presente en mi mente. Y, al momento, y como si hubiera sido convocado por un conjuro, lo vi. El tipo con cara de Lovecraft estaba en la sala. Y no sólo eso. Me estaba mirando. Ocupaba un asiento dos filas por delante de nosotros y me observaba fijamente, con ese rostro impasible e impenetrable que le caracterizaba y que nos había dado, a Raúl y a mí, motivos para el apodo.

Hice un ademán o gesto como para saludarlo, pero en ese momento se volvió porque uno de los organizadores acababa de dar los buenos días y se disponía a presentar al escritor ruso, así que no sé si llegó a captar mi intención. Se hizo el silencio en la sala y nos dispusimos a escuchar. Lo que eran sorpresas parece que no me iban a faltar este fin de semana y sentí en esos momentos que, aunque echaba de menos a mi mujer, a quien de verdad echaba de menos era a Raúl. Su compañía me hubiera venido bien para confrontar de manera cómplice estas confusiones y extrañas situaciones.

Prosigue la mañana

Sábado, 29 de octubre de 2005

En la mesa reconocí, colocado junto a otros dos hombres y una mujer, a Ricardo Rivera —escritor y uno de los miembros más relevantes de la asociación que montaba estos congresos—. Se acomodaban en sus puestos, probaban los micrófonos y saludaban al que sería el quinto componente de la mesa, el ruso, que se prestaba a tomar asiento junto a ellos en ese momento.

Tomó la palabra Ricardo e hiló muy bien su discurso de presentación, haciendo una semblanza muy elogiosa del escritor. Este permanecía callado y, al parecer, no se manejaba en castellano, como pude comprobar por lo que uno de los sentados a su lado le iba susurrando. El ruso se parecía tanto a Rasputín que imaginé que, en algún momento de esta introducción, sería presentado como descendiente suyo. No fue así.

La dinámica que se estableció fue la de abrir un turno de palabra para los asistentes y los propios organizadores con el objeto de preguntarle al ruso sobre su obra o sobre las cuestiones que fueran surgiendo. El primero que preguntó fue uno de los organizadores, desde la mesa, y el ruso pasó a contestar en inglés mientras la mujer de la mesa, que era la intérprete oficial, iba traduciendo al castellano —en voz alta y muy clara— sus respuestas.

Si bien surgieron preguntas sobre elfos, trols, orcos, duendes, ogros y hasta *bigfoots*, muy pronto el coloquio derivó hacia la actualidad de la ciencia ficción y la fantasía, sin faltar continuas referencias a autores clásicos de estos géneros.

La idiosincrasia de este tipo de congresos permitía —ya lo sabía desde el anterior— tratar en un mismo saco los géneros —o subgéneros, como más guste— de fantasía, terror y ciencia ficción, así que el horizonte era bastante amplio y el inicial recato de muchos asistentes pronto dio paso a una entusiasta participación en la que no faltaron preguntas divertidas y muy frikis, entre ellas las referidas al mito del yeti u hombre de las nieves.

El ruso, a través de la intérprete, aportaba respuestas ingeniosas y demostraba conocer muy bien el paño. Por mi parte, me debatía entre lo que se cocía en el ambiente y lo que me había ocurrido en la carretera. Mi mente iba del yeti a las desapariciones, y fue entonces cuando surgió el tema de los relatos sobre ovnis y abducciones. Interrumpí mi propio debate interior para intentar prestar más atención. Alguien proponía no sé si un relato o una experiencia sufrida.

—... los ocupantes del vehículo eran cuatro y todos cuentan lo mismo —intervení uno de los asistentes desde su asiento—. No se explican cómo aparecieron allí, a más de doscientos kilómetros de donde estaban hasta hacía menos de cinco minutos.

—La típica abducción. Hay muchos relatos parecidos. Y con respecto a eso, hay que señalar que es una experiencia para la que en Estados Unidos existe incluso un grupo de psiquiatras o terapeutas especializados en tratarlas —contesto desde la mesa uno de los expertos.

Algo de eso había leído yo en *El mundo y sus demonios* de Carl Sagan, pero no me quedaba claro si este experto seguía la línea de Sagan —que criticaba y ridiculizaba estas creencias y estas prácticas— o, por el contrario, era un convencido. El congreso no era de ufólogos; era de ciencia ficción; por lo que entiendo que el experto también sería crítico con este tipo de fabulación. No lo sé. Cuando se está tan rodeado de frikis no se sabe por dónde van a salir. Nunca se sabe, me repetí. Y volví a mirar hacia Lovecraft. Seguía rígido y, por tanto, fiel a su apodo. Rápidamente, aparté mi mirada de él para que no tuviera ocasión de devolvérmela.

Finalizó el coloquio y salimos del salón. Los madrileños sacaron de una de sus mochilas un libro escrito por el ruso y me dijeron que se acercarían a él para que se lo firmara. Me aparté de ellos y me dirigí hacia el exterior, donde la gente iba tomando posesión de alguna mesa en la cafetería de al lado o en el bar de enfrente. Me decidí por la cafetería. Me senté en la terraza y le pedí al camarero un descafeinado doble de máquina. En unos minutos,

que aproveché para hacerme con el lugar y fijarme en los que iban apareciendo procedentes de la biblioteca, me sirvieron el café.

Desde luego, no era mi mañana. El café era con leche. El camarero no se habría enterado bien y rechacé la taza.

Pedro García Bilbao pasó con otros dos acompañantes y se sentaron en la mesa de al lado. Uno de ellos era Cidoncha. Al parecer estos dos eran buenos amigos o, como mínimo, buenos conocidos. No paraban de hablar y saludar a muchos otros, algunos de los cuales se acercaban para dirigirse a Cidoncha de forma muy elogiosa y celebrando esta circunstancia, según pude apreciar.

Muy pronto se llenó la cafetería y dejó de haber mesas libres. Llegó mi café. Esta vez estaba bien. Lo saboreé y me gustó. Decidí apurarlo en poco tiempo para dejarle la mesa a otros clientes, pues había personas que parecían esperar en las cercanías, y en esos rápidos sorbos estaba cuando pasó un Citroën Dos Caballos por la calzada y no pude evitar levantarme velozmente para observarlo mejor.

No alcancé a ver quién era el conductor porque, aunque no corría demasiado, se alejó y lo perdí de vista. El color de la carrocería coincidía, pero no tenía por qué ser el mismo vehículo del incidente, si bien la casualidad era algo forzada pues se trataba de un modelo ya muy poco habitual.

Cuando dejé de observar el coche y mientras me disponía a sentarme, busqué con la mirada al camarero para pagar. Noté que algunas personas se habían percatado de mi movimiento y se acercaban a ocupar mi mesa, interpretando que me había levantado para marcharme. También García Bilbao había reparado en mí y, tal vez, había sido testigo de mis extraños movimientos. Aproveché para saludarlo levemente y creo que entonces me reconoció como asistente en el congreso del año anterior. Correspondió a mi saludo y, tras pagarle al camarero, me aparté de allí para volver al interior de la biblioteca.

Los madrileños curioseaban por la exposición y me volvieron a saludar. Me adelanté en la conversación.

—¿Os firmó el ruso?

—Sí —contestaron al unísono—. Ha estado muy simpático —añadió ella.

—Ahora viene la que, con seguridad, será una de las mejores conferencias. De hecho, es por lo que he venido principalmente. —Rafa se refería a la que impartiría en unos minutos el escritor Javier Padre, y cuyo título era *Mundos utópicos*.

—Puede ser muy interesante, sin duda —contribuí por mi parte.

—Javier Padre ha sido profesor mío en la Universidad. Lo conozco y te aseguro que tiene una parla genial.

—¿Profesor de qué?

—De Sociología.

Con esas palabras dimos por suficiente nuestro breve diálogo y nos separamos, porque necesitaban ir al baño. Me di una vuelta por los expositores y me detuve a contemplar unos libros del autor George H. Martin, de quien me habían hablado hacía unos meses en Sevilla tanto mi cuñado como el muy amable y entendido Agustín, el dueño y gerente de un lugar muy entrañable para mí: Edición Limitada.

Era este el nombre del peculiar establecimiento donde adquiría los pocos comics que aún coleccionaba. Como en mi juventud me hice adicto a la línea clara, mi presencia en Edición Limitada era cosa algo rara, poco vistosa y poco común, no sólo por mi edad, sino porque las especialidades más consultadas y seguidas por la joven clientela eran, centralmente, los mangas, los superhéroes, los juegos de rol y el coleccionismo de figuras. Así que, también en Edición Limitada puntuaba yo poco en esto del *frikismo*, al lado de otros más avezados y pintorescos visitantes, que se desenvolvían por allí con mucha más fluidez y naturalidad.

Tras curiosear brevemente por algún que otro mostrador, volví al salón y me acomodé casi en el mismo sitio. Aún había pocas personas y faltaban cinco minutos para la conferencia. Lovecraft no estaba visible. Igual estaba ocupado conduciendo un Dos Caballos, llegué a pensar, si bien no tenía motivos para esta asociación entre el tipo y mis recientes experiencias.

Mundos utópicos

Sábado, 29 de octubre de 2005

Junto al conferenciante, se sentaron Ricardo Rivera —para volver a ejercer su papel de presentador— y otro organizador más.

Rafa tenía razón. Javier Padre tenía un discurso muy fluido y poseía esa rara facultad de engatusar al público, yo creo que sin importar el tema que tratara. Rápido, preciso y ocurrente, dio un repaso sobre los distintos mundos imaginados como sociedades utópicas por parte de muchísimos escritores y filósofos, con comentarios en tono jocoso y, a veces, hasta algo sardónico. Como suele decirse, casi no dejó títere sin cabeza. Casi. En mi opinión había olvidado o descartado algo muy significativo para mí.

Entre Platón, Tomás Moro, Charles Fourier, Aldous Huxley, Ray Bradbury, George Orwell, H. G. Wells, Johnatan Swift y un montón de autores más de distintas épocas y géneros, Javier Padre no había considerado a Skinner y su *Walden Dos*, que tanta impresión me había causado unos años atrás. En el fondo no era nada extraño no mencionar a Skinner, pues bien poco tenía que ver con la ciencia ficción. Decidí que, si había turno de preguntas al final de su intervención, le plantearía este asunto.

Burrhus Frederic Skinner es el psicólogo conductista por excelencia y, por ese motivo, resulta tan admirado y respetado por la psicología científica, como tan execrado y vilipendiado por otras escuelas psicológicas más dinámicas o, peor aún, más *humanistas*. Encima, en los años sesenta, Chomsky —que es una referencia ética y política para gran parte de la cultura occidental— le llevó la contraria e intentó rebatir sus planteamientos. Chomsky consiguió por ello bastante éxito mediático y gran popularidad en Harvard —y decir Harvard es casi decir el universo entero—, pero muy poco alcance científico, por lo que más adelante tuvo que pulir y matizar mucho sus propuestas de innatismo para el origen del lenguaje. Skinner pasó de él y no hizo el menor caso a sus teorías sobre la generación del lenguaje. Aparte de sus experimentos de laboratorio y de sus teorías sobre el condicionamiento, que tanta repercusión e

influencia han tenido en el desarrollo de la Terapia de Conducta, Skinner también escribió una novela, *Walden Dos*. En ella formula las bases para llevar a cabo un proyecto muy peculiar de ingeniería social que terminaría por sorprender a muchos de sus detractores de la órbita socialista.

Mi entusiasmo, quizás adquirido por el que transmitía Javier Padre, me llevó a preguntarle, cuando ya se había iniciado el debate y había contestado a media docena de preguntas.

—No sé si conoce la obra o al autor, pero si es así, ¿considera que *Walden Dos* del psicólogo Skinner es una obra de ciencia ficción?

Javier Padre no me contestó, mientras que sí lo hizo muy apresuradamente Ricardo Rivera, que también participaba en el debate, y al que pareció agradarle mi propuesta.

—Para mí, desde luego que lo es. Y de las mejores. Es otro mundo bastante utópico, de momento.

Mientras esto me contestaba, el otro organizador y Javier Padre hablaban, al parecer, sobre mi pregunta. Puede que alguno de ellos no conociera la obra, aunque Javier Padre, como sociólogo que era, era raro que no hubiera oído hablar de ella. Ricardo seguía con su intervención.

—No es que Skinner pueda ser tildado de fantasioso, la verdad. Pero aquí, casi se lo permitió.

Le di las gracias por su contestación, a pesar de que, personalmente, no sé si me agradaba del todo, y dejé que otros siguieran proponiendo temas o dudas. Aproveché para echar un vistazo a la sala, para ver si Lovecraft estaba presente. No lo localicé. En ningún relato de Lovecraft hay nada parecido a *Walden Dos*, desde luego, así que haberme acordado ahora del tipo con aire a Lovecraft no debía deberse a eso, sino, más bien, a la inquietud que aún sentía por lo ocurrido por la mañana en la carretera.

Al terminar este debate y disponerme a salir, vi que Rafa y Marga me hacían gestos para que me acercara. Lo hice venciendo algo mi nerviosismo, que amenazaba con hacerse presente. Mi preocupación por lo sucedido en la carretera volvía a mi cabeza. No

sé si me vendría bien un poco de compañía, pero me incliné a aceptar su invitación. Los madrileños estaban con Javier Padre. Cuando llegué junto a ellos Rafa me presentó.

—Ángel te presento a Javier, que ha sido mi profesor. Le ha interesado mucho tu aportación psicológica.

—Pues encantado de saludarle. Ha sido una conferencia magnífica —dije, intentando concentrarme.

—Muchas gracias. Me han dicho que vienes de Cádiz. Un lugar encantador. Yo veraneo a veces por allí.

Veraneaba por allí, me repetí. Me noté algo aturdido, como si se me fuera un poco la cabeza a otros sitios. Veranear por allí. Me imaginé que lo haría en Conil o en Barbate, como muchos otros madrileños. Son lugares atestados de turistas en verano. Son mundos casi utópicos.

—Voy mucho a Zahara de los Atunes —especificó mientras yo asentía, creo que como un pasmarote.

Bueno, casi acierto, pensé. Zahara está unos kilómetros más al sur, así que no hay mucha diferencia. También es un lugar que se atesta en verano. Mundos utópicos de verano.

Nada de todo esto tenía la menor importancia, así que intenté refrenar mi estúpida corriente de pensamiento porque, ya en términos conductistas, esta deriva podía llevarme a cometer alguna acción estúpida. Me vinieron a la cabeza de sopetón la frase «la neurosis es una conducta estúpida en una persona, por lo demás, no estúpida» y el recuerdo del mecanismo de la triple respuesta utilizado en modificación de conducta para controlar las acciones. Debía cambiar mis pensamientos, después mis emociones y, por último, esperar que esto influyera positivamente en mi comportamiento. Respiré profundamente, eso también ayuda.

—... y así después hablamos más tranquilos —decía Marga.

Me estaba recuperando un poco, volvía a la realidad presente y, al parecer, estábamos quedando para ir a tomar algo juntos al final de la mañana. Así y todo, ahora quería algo de soledad y tranquilidad.

—Me perdonáis, pero debo ir al baño —me disculpé algo torpemente y me dirigí hacia los servicios.

Cuando llegué a ellos, fui a un lavabo y me enjuagué la cara. Me miré al espejo mientras me secaba con una toallita de papel. Mi aspecto era el mismo aspecto atontolinado de cualquier otro día, así que no estaba tan mal, al menos físicamente. A continuación, entré en un excusado, cerré la tapa del retrete y me disponía a sentarme para descansar un poco o reflexionar, cuando caí en la cuenta de que seguía comportándome estúpidamente. Salí de los servicios y del edificio, para buscar un asiento en una de las terrazas de los bares o para pasearme y tranquilizarme al fresco.

Otra vez la Saga de los Aznar

Sábado, 29 de octubre de 2005

Estuve andando unos minutos por los alrededores. La mañana era agradable, soleada, pero con la suficiente dosis de frescura como para resultar alentadora para el paseo. Esa parte de la ciudad se mostraba ciertamente concurrida y los cercanos comercios acogían a una clientela que presumí habitual, según pude vislumbrar desde fuera de ellos.

Me detuve un poco en el escaparate de una papelería y me distraje contemplando los libros que exponía. Reparé en que no había ninguno que tuviera alguna relación con los temas del congreso. No parecía que el gremio de libreros del lugar —al menos, este librero concreto— se hubiera movilizadado lo más mínimo para intentar ofrecer algo diferente aquellos días. No les merecería la pena, entiendo. Vi una guía de la comarca y me llamó la atención su portada, con una magnífica foto paisajística que me cuadraba mucho con lo que hasta el momento había podido apreciar desde mi coche. Decidí entrar en la papelería para curiosear la publicación.

No bien la hojeé por encima unos instantes, cuando me decidí a comprarla, pues incluso contemplaba buen territorio de la zona portuguesa colindante y contenía un mapa desplegable que me sedujo. Soy mucho de mapas, sobre todo de ese tipo de mapas topográficos que incluyen rutas y senderos, afición que mantengo desde que, en mi juventud, los adquiría en la librería La Marina de Cádiz, los magníficos mapas del Servicio Geográfico del Ejército. Me sirvieron para conocer y explorar la sierra de mi provincia, un rincón al que recurro una y otra vez en mi tiempo de ocio.

Me dirigí a la encargada de la librería, que permanecía tras el mostrador. Mientras me envolvía el libro me fijé bien en ella y me recordó mucho a otra persona. Me vino a la mente enseguida. Decidí que su parecido con el personaje de la tendera de la serie *Dr. en Alaska* era más que notable. Me atendió muy amablemente y quedé complacido por las palabras de agradecimiento que emitió ante el forastero que yo era, como hacía su personaje en la tienda de Cicely.

No pude recordar entonces el nombre de la actriz —Peg Phillips—, pero sí el de su personaje: *Ruth-Anne*. Cuando me disponía a salir, surgió de entre las sombras tras el mostrador y procedente de una estancia interior del local, otra persona, también mujer. En rápido vistazo, pude advertir que debía ser, cuanto menos, la hermana de la anterior. Debían ser gemelas, por lo que tuve la oportunidad de encontrarme ante dos tenderas *Ruth-Anne*. Por las sonrisas que me dirigieron, puede que, a su vez, estuvieran compartiendo conmigo la singularidad de la situación que, no sólo comprendía el parecido entre ellas, sino el de las ambas con Peg Phillips. Pensé que, años atrás, estas hermanas podrían haber sido el blanco de las bromas de sus clientes por su semejanza con el personaje de la serie, aunque entonces fueran algo más jóvenes que Peg Phillips.

Tras la compra, un poco más tranquilo y despejado, me sentí mejorar, volví a la biblioteca y entré en el salón. Había comenzado ya la última actividad de esa mañana, una ponencia sobre *La Saga de los Aznar*, a cargo de una escritora gallega cuyo nombre me resultaba familiar. Más adelante comprobaría que había leído algún relato suyo en la revista que la asociación me mandaba por correo, por eso me sonó su nombre entonces. Tomé asiento en la última fila y me dispuse a escucharla.

Estaba claro que George H. White era un autor reverenciado en estos congresos y que su premio, obtenido en 1978 a la mejor serie de ciencia ficción —concedido en la Eurocon celebrada en Bruselas por la Asociación Europea de Ciencia Ficción—, seguía siendo motivo de admiración y, también, de orgullo para muchos aficionados españoles.

Los personajes, el autoplaneta que los transportaba, la máquina Karendon, los hombres grises de Venus y los múltiples y variados mundos en los que se desarrollaban estas aventuras espaciales fueron objeto de análisis y de comparación con respecto a otras sagas y óperas espaciales. Como había repasado algunas de estas aventuras durante el año anterior, me divertí bastante con la exposición de la gallega y anoté algún que otro detalle relacionado con algún capítulo aún por leer. Sonreí en estos momentos al

recordar que, pasadas las últimas navidades, había bromeado por teléfono con Manolo —un antiguo y querido amigo—, a propósito de lo que le habían regalado los Reyes Magos.

—¿No te han traído la Karendón? —le había preguntado, así, transformando la palabra en aguda, como había visto pronunciarla tantas veces en el congreso de Cádiz.

—Me ha llegado la caja, pero estaba vacía —me contestó tras dudar un par de segundos.

Manolo siempre había sido rapidísimo de reflejos en conversaciones como esa y lo recordé ahora con nostalgia en esta sala, a mucha distancia de nuestra amistad, que había pasado a ser casi anecdótica al no tratarnos ya de forma cotidiana. Bien. A pesar de esta pequeña sombra de tristeza, me había reído con el recuerdo de la broma y caí en la cuenta de que era la primera vez que lo hacía con franqueza esa mañana. A ver si a partir de aquí, y con la doble visión de *Ruth-Anne*, mejoraba mi día.

Entre los asistentes a esta ponencia, no podían faltar, estaban García Bilbao y Cidoncha, situados en la primera fila, como vislumbré en el momento de las preguntas. Yo no hice ninguna, poco hubiera podido aportar. Y me limité a disfrutar de los temas que iban saliendo en el coloquio y de las matizaciones, ingeniosísimas, de cuantos intervinieron.

Cuando se comentó la adaptación al cómic —al tebeo, se decía en su momento— de la saga, hubo opiniones diversas sobre su calidad general y sobre el acierto de los guionistas y los dibujantes que se habían encargado de interpretar las aventuras. Yo no había tenido acceso a estos tebeos cuando aparecieron y sólo unos años más tarde pude leer alguno. No me causaron gran impacto y, aun reconociendo su corrección y el estilo de dibujo tipo *línea clara* de Matías Alonso —que también se encargó, a veces, de *El Guerrero del Antifaz*—, opino que están a años luz de la obra original, a pesar de que en sus guiones también intervino el propio Pascual Enguídanos.

Alguien preguntó sobre la posibilidad de llevar a la pantalla —de cine o de televisión— las historias de la saga y, entonces, las elucubraciones sobre esta futurible situación se dispararon, pero

coincidiendo todos los que intervinieron en el alto coste que supondría emprender una serie como esta, tan rica de distintas geografías y personajes imaginados y de complejo diseño. Los autoplanetas Rayo y Valera se llevaban la palma en cuanto a la dificultad por resultar bien logrados, y también hubieran ganado las votaciones —si estas se hubieran producido— sobre las apetencias del público como favoritos para ser representados o diseñados en la pantalla.

La mañana estaba llegando a su fin y volví a coincidir con Rafa y Marga en el exterior. Aunque inicialmente me había planteado volver a Zócalo para almorzar, recordé que estos dos me habían propuesto tomar algo antes. Fue Marga la que habló.

—Vamos a comer aquí en Moria. ¿Te apuntas?

Aunque soy un tipo medianamente sociable, sobre todo cuando la compañía es conocida y querida, reconozco que no es demasiado habitual que acepte invitaciones de extraños ni que, mucho menos, tome iniciativas de este tipo y proponga a recién conocidos que me acompañen.

Acostumbrado a tener que convivir y aguantar a jóvenes, y a no poder eludir algunos encuentros sociales extralectivos, hice un esfuerzo en ese momento y cedí ante el ofrecimiento de Rafa y Marga. Me dejé llevar y me dispuse a pasar un rato con estos otros jóvenes bastante desconocidos para mí. Me costó un poco porque ya hacía tiempo que, por ejemplo, no eran de mi gusto las inevitables cenas de fin de curso con alumnos de formación profesional —muchos de ellos bastante talluditos, con treinta años o más—, y me había ido distanciando de este tipo de reuniones. No obstante, ahora las circunstancias eran otras, y mis dudas y confusiones me hacían ser poco asertivo en estos momentos.

Por un lado, no me apetecía demasiado estar solo y, por otro, estimé que la reunión no sería demasiado larga y podría soportarla. Además, vaya por delante, había sido un gesto muy amable por su parte, que era como una continuación de la jovialidad con la que se conducían conmigo.

Un almuerzo en Moria

Sábado, 29 de octubre de 2005

A unos cien metros, en la misma avenida donde estaba situada la biblioteca, había un mesón que le habían recomendado a la pareja unos conocidos suyos de la capital.

—Este es el sitio, Bodegón La Gallega —celebró Marga nada más entrar—. Recomendado por mis clientes —me dijo con lo que me pareció un tono que apuntaba a cierto orgullo profesional.

—Tiene buena pinta —le contesté, intentando así cumplir protocolariamente con ella, mientras ocupábamos una de las mesas con el visto bueno de uno de los camareros—.

Me pareció el momento adecuado para indagar acerca de sus ocupaciones y conocernos más. Inicié las preguntas.

—¿A qué os dedicáis? ¿Lleváis algún negocio? Lo digo porque has hablado de clientes. Antes que nada, y por empezar yo, ya os adelanto que soy profe.

—¿Profesor? Entonces nos harás un examen —bromeó Rafa y nos reímos los tres. Marga se identificó laboralmente antes que él.

—Tengo un bar de copas en Madrid, en la calle Olmo. Se llama El Colmo —declaró mientras seguíamos con las risas, por la originalidad del nombre del local—. Un conocido, antiguo cliente mío, al enterarse de que veníamos este fin de semana a Moria, me dijo que no se nos olvidara visitar este mesón. Tiene fama de muy buena chacina.

—Sí; cliente tuyo y también antiguo admirador, que eso no lo has dicho —bromeó Rafa, mientras le hacía un humorístico mohín al que ella correspondió con otro—. Yo tengo un negocio de vehículos de ocasión —prosiguió—. Aunque estudié Sociología y Ciencias Políticas, y por eso conozco a Javier Padre, monté este negocio. —Se detuvo un instante y retomó la cuestión—. ¿De qué das clases tú, Ángel?

—De Tecnología sanitaria. —Por la cara que pusieron deduje que no sabían de lo que hablaba, cosa bastante habitual si no

se conoce esta rama sanitaria—. Es una asignatura de una especialidad de formación profesional dedicada a formar auxiliares de clínica y técnicos de laboratorio.

—¡Ah!, Formación profesional sanitaria. —Marga pareció dudar—. ¿Entonces eres...? —Marga, prudentemente, dejó en suspenso su frase y esperó mi respuesta.

—Sí, soy médico.

Esta declaración siempre sorprende un poco al personal, pues la mayoría no tiene ni familiares ni amigos médicos. Como encima ya les había dicho que me dedicaba a la enseñanza, era muy probable —me conocía el paño— que la sorpresa diera paso a la curiosidad. Así fue.

—O sea, que eres médico y... también eres profesor. ¿En un instituto, has dicho? —Rafa tomaba las riendas del interrogatorio ahora.

—Sobre todo, profesor. He ejercido poco la medicina, tan sólo unos años.

También sabía que esta conversación podía alargarse mucho más para explicar mi elección por la enseñanza y no por la fascinante práctica de la medicina, así que decidí dar un rápido giro para no hablar tanto de mí.

—En formación profesional hay mucho sanitario dando clases. Es muy común. En mi centro somos varios. Oye, perdona, ¿qué tipo de vehículos vendes? A lo mejor me interesa alguno.

No era un giro de tema muy prudente por mi parte, porque, la verdad, los coches me importan muy poco. Ni entiendo sobre ellos ni me atraen. Más allá de su utilidad para desplazarme nunca me detengo a hablar sobre ellos y me aburre mucho conversar sobre la cilindrada, que si diésel o gasolina, los caballos de potencia y el tiempo de aceleración entre cero y cien. Ahora lo estaba utilizando para cambiar de conversación, aunque este tema se agotaría en pocos segundos por mi parte. De pronto recordé algo.

—¿Vendes coches antiguos?

—De vez en cuando.

—¿Tienes a la venta, por ejemplo, algún Citroën Dos Caballos?

Yo sabía por qué había elegido el ejemplo que le había puesto, pero cierto malestar que me afloró, me decidió a encaminar mis palabras hacia algunos recuerdos juveniles sobre este tipo de coche. Estaba a punto de citar a Eduardo Úrculo —el que sentenció, citado por Sánchez Dragó en su *Historia Mágica*, que “un Dos Caballos es el único coche en el que puede sentarse un hombre sin perder su dignidad”—, cuando Marga volvió a hablar.

—Precisamente le vendiste uno a Javier, creo recordar.

—Sí. —Rafa me miró y siguió hablando mientras hacía un gesto de agrado por la coincidencia acontecida—. Le vendí uno a Javier Padre hace un par de años. Esta mañana le pregunté si lo usa mucho y me ha dicho que ha venido desde Madrid con él. ¿Te interesa ese coche, Ángel?

En rigor, me interesaba un comino, como cualquier otro coche, pero la coincidencia del modelo sí que me alertó; tuve que ceder y esforzarme, y hacerme el vagamente interesado, mientras intentaba no ponerme demasiado nervioso al pensar en la posible relación de Javier Padre con mi incidente en la carretera.

—Son unos coches muy simpáticos —respondí mientras intentaba concentrarme en Úrculo y Sánchez Dragó. Ya digo que me ayudó un poco a ello otro recuerdo de mis años mozos que también permanece ligado a este modelo de coche.

El único Dos Caballos en el que creo haberme subido fue en el de mi antiguo compañero de estudios José Luis —hoy dentista—. Cuando de estudiantes íbamos y volvíamos a la facultad de Cádiz, me tocaba sentarme en medio del asiento trasero, donde una dura barra se hacía presente al apoyar mis nalgas en ella. Casi siempre me tocaba a mí sentarme en este puesto por ser el más canijo y enclenque —y, también, el más despistado y tímido del grupo—, que todos estos argumentos manejaban y utilizaban mis cucos compañeros para no colocarse allí. Así que, si mi dignidad estuvo a salvo durante un tiempo, fue a costa de unas incómodas travesías de ida y vuelta entre Lugar del Puente y Cádiz en este poco

acogedor asiento trasero, sutil potro de tortura que traía de serie el Dos Caballos.

Procuré concentrarme en la carta del mesón y me presté a cederles la iniciativa en cuanto a las peticiones. En este aspecto, para los jóvenes que eran, mostraron tener el suficiente buen gusto culinario como para no haberme arrepentido del rato que pasábamos. Quiero decir que no hubo demanda de hamburguesas, patatas fritas, ketchup, mayonesa ni otras juveniles viandas, también presentes en la amplia carta que nos ofrecieron.

Bebíamos cerveza y decidimos compartir unas raciones de embutidos y quesos. A la vista de la generosidad de los platos que fueron llegando, acordamos que sería suficiente para almorzar, y así evitar que una comida demasiado pesada nos produjera la típica modorra que nos dificultara gozar de lo que aún quedaba de jornada. Marga celebraba mucho cada bocado que daba y deduje que su experiencia en el bar de copas que dirigía no sería la única fuente que habría tenido para convertirse en algo experta ante la mesa.

Al terminar, nos acercamos hacia la biblioteca con el propósito de tomar un café en sus cercanías. Javier Padre estaba sentado junto a otro individuo en una de las terrazas y saludó a la pareja animadamente.

—¡Hola! ¿Os tomáis algo? —Su oferta, por lo que pude ver en su mirada, también me incluía a mí.

Aceptamos y nos presentó a su acompañante mientras tomábamos asiento.

—Mi amigo Fernando —nos dijo—. Otro científico loco por la ciencia ficción.

Reímos todos y, tras el intercambio de nuestros nombres, Fernando se dirigió a mí. Era un tipo de mi edad, bajito y con un pequeño bigote. Por supuesto, me recordó a alguien. No pude concluir a quién se parecía porque desvió mi atención con una pregunta que me hizo, a modo de introducción en la conversación.

—Hiciste esta mañana la pregunta sobre Skinner —dijo mientras miraba a Javier Padre— ¿Te interesa la Psicología, Ángel?

—Un poco, sí —le contesté, evaluando si su pregunta tenía que ver con auténtico interés conmigo o si era simplemente una cortesía.

—Ángel es médico —le aclaró jovialmente Marga—. Médico y profesor.

Otra vez el lío de los lugares de trabajo. Me dispuse a tener que aclarar mi dedicación laboral, pero no tuve que hacerlo.

—¡Hombre! Yo soy neurólogo —saltó Fernando—. Somos colegas. Tengo compañeros que también se dedican a la enseñanza.

Su voz era algo engolada, por lo que, en mi maniática e inveterada costumbre, encontré enseguida el parecido que buscaba. De esta forma, me faltó tiempo para catalogarlo como un muy apropiado *Profesor Tornasol*, el personaje de los comics de *Tintín*, cosa que consideré muy adecuada, a pesar de que los tebeos no emiten voces y de no estar muy seguro del doblaje que, cuando *Tintín* fue una serie de dibujos animados, le otorgaron al despistado científico.

Al manifestar el neurólogo Fernando que conocía a médicos dedicados a la enseñanza, me relajé. Así evitaba explicaciones y podía hacerle a Javier Padre la pregunta que me rondaba por la cabeza desde hacía un buen rato.

—Me han dicho que has venido en un Dos Caballos desde Madrid.

Javier Padre se extrañó un poco por mi comentario y, antes de que su sorpresa fuera a más o se produjera un momento incómodo, me vi obligado a justificarme mientras miraba a Rafa para apoyarme.

—Me encanta ese coche y Rafa me dijo que te consiguió uno. Me he planteado muchas veces comprarlo.

Javier Padre pareció comprender y me respondió en un tono que se alejaba de su inicial perplejidad.

—Bueno, es un capricho que me he dado. Creo que, como tantos otros, me quedé anclado en los setenta.

Hubo sonrisas por parte de todos, pero no cejé en mi empeño y seguí preguntando. Necesitaba más datos.

—Esta mañana temprano, viniendo desde Zócalo, me adelantó un Dos Caballos a toda velocidad. ¿Fuiste tú?

A pesar de que le había hecho la pregunta sonriente e intentando un tono jocoso, Javier Padre volvió a la suspicacia, cosa inevitable ante una pregunta tan impertinente por mi parte. Tal vez pensaba que le estaba reprochando su velocidad de conducción o su imprudencia en la carretera y en cualquier momento me podría contestar de forma contundente y poco amable. Creo que yo estaba tensando mucho la cuerda y el resto de los presentes empezaba a inquietarse con mi rara actitud. Sin embargo, tuve suerte y Javier Padre me contestó muy tranquilamente.

—No era yo, Ángel. He llegado media hora antes de la charla y no he tomado esa carretera.

Efectivamente, si venía directamente desde Madrid, no tenía por qué haber pasado por Zócalo. Tras su templada respuesta, también me tranquilicé un poco y dejé mi tono algo descortés, lo que produjo gran alivio general a todos.

—Fue un mal rato —dije para justificarme.

—¡Mirad! —exclamó Marga, de repente, mientras señalaba hacia la calzada.

Todos miramos hacia donde apuntaba con su dedo y vimos como pasaba ante nuestras narices un Dos Caballos.

Era del mismo color claro cremoso que el de los que yo había visto hasta ahora. Si bien no iba demasiado rápido, se alejó sin darme tiempo, tampoco ahora, para echarle un vistazo al conductor. Mientras los demás reían por la casualidad, yo llegué a la conclusión de que, además de una convención de ciencia ficción, aquello era también una feria de Dos Caballos.

Las antiguas series de ciencia ficción

Sábado, 29 de octubre de 2005

La siguiente charla comenzó a las cuatro y media de la tarde. Su título, muy prometedor para mi gusto, era *La ciencia ficción en la televisión de nuestra infancia*.

Siguiendo en compañía de Rafa y Marga, añadiéndose a ésta la de Fernando, nos sentamos los cuatro en una céntrica fila del local. Javier debía ocuparse de asuntos organizativos en la convención y no se nos unió.

Al poco tiempo, con la excusa de quitarme la chaqueta, me levanté del asiento y eché un vistazo hacia atrás para ver si localizaba a Lovecraft. Ya había visto que por delante nuestra no se hallaba. Tras mi impostada y teatral maniobra de exploración, durante la que aproveché para saludar levemente a García Bilbao y a Cidoncha, tampoco lo vi entre la veintena de personas que podía haber a nuestras espaldas. Estaría aparcando el Dos Caballos, me dije.

Fernando, que miraba muy interesado el programa, levantó su vista de este y, justo cuando parecía que iniciaba una pregunta dirigida hacia mí, saludó con la cabeza a una persona situada unas filas adelante. Mecánicamente volví mi mirada hacia ella y contuve mi respiración un momento. Era Lovecraft. Este le devolvía el saludo discretamente y, tras mirarme de reojo por un momento, volvió su cabeza hacia adelante.

Yo podría haber jurado que unos segundos antes no ocupaba aquel lugar. ¿Cómo se me había podido pasar? Estaba seguro de que lo habría visto. Es más, creo que el lugar que ocupaba ahora, estaba vacío un minuto antes. ¿Cómo había llegado hasta allí? No había otro acceso a la sala que el de la puerta trasera. Tal vez sí que se podría acceder desde detrás del escenario, pero no creo que Lovecraft hubiera entrado por ese privilegiado rincón. Puede que cuando miré hacia adelante se estuviera atando los cordones de los zapatos y, estando así algo agachado, no lo hubiera localizado. O puede que el maldito tipo hubiera salido de algún maldito espejo —pariente del de mi retrovisor— situado tras los bastidores. El caso

es que, entre tanto misterio, tensión y mosqueo por mi parte, otra vez me cruzaba con el tipo. Intenté concentrarme en la pregunta que me había hecho Fernando.

—¿Cómo has dicho? —Ni me había enterado del tema.

—¿Que cuál es tu serie favorita?

Mientras volvía a la realidad, pensé un poco la respuesta. No era fácil elegir una serie entre tantas que me habían cautivado en la infancia.

—*Los guardianes del espacio*.

Fernando rio y celebró mi respuesta.

—Muy buena. No se me hubiera ocurrido.

—No la conozco —intervino Rafa, que se sumaba a la conversación.

—No te extrañes —le respondió Fernando—. Es muy antigua y los personajes eran marionetas. —Fernando descartaba que Rafa o Marga tuvieran el más mínimo conocimiento sobre las series de Sylvia y Gerry Anderson—. La ponencia tendrá que ser amplia. Vamos a ver hasta qué punto. Aquí hay gente de varias generaciones y, por tanto, hay distintas infancias.

Aproveché para indagar sobre su conocido.

—¿A quién has saludado antes? —le pregunté mientras señalaba hacia Lovecraft—. Me suena mucho su cara.

—Sí —me contestó, concentrándose por un momento—, lo conozco de Madrid, pero no mucho. No me acuerdo de su nombre. Alguien me lo presentó alguna vez. Creo que es médico homeópata, pero no estoy seguro.

¡Vaya! Homeópata. Diluir y diluir. Diluir hasta descafeinar al máximo, como hacían en la cafetería de mi instituto, uno de los lugares con peor café del mundo. Lovecraft era homeópata. Por su sangre nadaban improntas de huellas de sustancias invisibles, atómicas, infinitesimales... Por eso su afilado rostro, su cadavérico rostro, sus parcas contestaciones y sus contenidos saludos. Un alma reducida, básica y con poco gasto energético. ¿Gastaría mucha gasolina el Citroën Dos Caballos? Bueno, tenía que dejar de enlazar

estos pensamientos y me ayudó a ello el hecho de que la charla daba comienzo.

Javier Padre fue el encargado de presentar al nuevo conferenciante. Se trataba de un escritor llamado Enrique Agustín. Javier elogió su currículum desde sus comienzos como periodista en los años setenta para la revista *Disco Expres*, emblemática publicación para los que seguíamos el rock en aquella época. Como antiguo seguidor de lo que denominábamos el *rollo musical*, me pareció un dato muy prometedor para su intervención, aunque no recordaba yo sus crónicas. Quizá se ocupaba más del rollo nacional, al que presté menos atención por entonces —con la salvedad de algún otro artista como, por ejemplo, aquel primerizo Hilario Camacho—. Aparte de por el tema que iba a tratar, Agustín ya contaba con todo mi interés, desde luego.

Y no me decepcionó. Hizo un repaso sobre este tipo de series televisivas desde los años sesenta hasta bien entrados los noventa. Por empezar por algún lado mencionó a *Los invasores* y las clásicas del productor Irwin Allen, *Viaje en el fondo del mar*, *Perdidos en el espacio*, *El túnel del tiempo* y *Tierra de gigantes*. Todas ellas ilustraron mi infancia, si bien un poco menos *El túnel del tiempo* y *Los invasores*, porque, al ser emitidas en horario nocturno, mis padres nos mandaban a la cama a mí y a mi hermano pequeño. Además, ya era un poco asustadizo de niño y mi padre lo sabía, así que seguro que me ahorré entonces alguna que otra pesadilla. Miré hacia Lovecraft y me pregunté si tendría el dedo meñique rígido. Sigamos.

Por supuesto, se detuvo mucho en *La conquista del espacio* (*Star Trek*) y celebró los hallazgos de esta serie, a la que colocó por encima de las producciones cinematográficas que le siguieron. Miré las orejas de mi Lovecraft y pude comprobar que no las tenía de punta, así que descarté un origen vulcaniano para el tipo.

Agustín también trató sobre ficciones más sesudas como *El prisionero*, *Alfred Hitchcock presenta* o *La dimensión desconocida*, al igual que las aportaciones patrias de *Historias para no dormir*.

Ya, al tratar los años setenta y posteriores mencionó a OVNI, *El hombre de los seis millones de dólares*, *El inmortal*, *Espacio 1999*,

Crónicas marcianas (una miniserie de sólo tres capítulos), *El increíble Hulk*, *Galáctica, V* —la de los lagartos—, *Babylon 5*, y, por supuesto, *Max Headrom* y *Expediente X*; también citó, la otra de Chris Carter, *Millenium*. Bromeó un poco sobre algunas series humorísticas como *Los Monster* o *La escoba espacial* y, finalmente, trató como curiosidad sobre una serie que desmontaba los misterios, *Proyecto UFO*.

Aunque fue bastante extenso su contenido, no por ello se libró Enrique Agustín de los cariñosos reproches de algunos asistentes, cuando llegó el turno de preguntas. Cada uno de ellos —al igual que yo esa mañana con Skinner— quería aportar su granito de arena. El primero en intervenir fue Rafa.

—Me ha encantado la conferencia, pero me hubiera gustado que mencionaras también las series de dibujos animados, como *Mazinger Z*.

Fernando y yo nos miramos riéndonos. Evidentemente, había distintas generaciones. La respuesta de Agustín fue en tono complaciente, claro.

—Efectivamente. Decidí no incluirlas porque alargaría mucho el tema. Son muchas y han jugado un importante papel en el desarrollo de la imaginación en la infancia de más de uno. Pido perdón por esta omisión del género animado, pero fue una decisión consciente para no alargar la charla. Propongo a la organización que el año que viene se trate el tema; no estaría mal, la verdad.

—Muchas gracias —siguió Rafa—. Y, para terminar mi intervención, mis compañeros —Rafa señaló hacia Fernando y hacia mí por un momento— me han comentado algo sobre una serie de marionetas.

—Ahora sí que me la estás dando bien —prosiguió Agustín mientras reía con el resto del público—. *El Capitán Escarlata* y los *Thunderbirds*, claro. Y algunas más. Todas las estupendas series inglesas de los Anderson estuvieron también en mi mente, y solo he mencionado muy de pasada a la interesante serie *OVNI*, de estos mismos productores, pero ya sin marionetas. Queda apuntado y vuelvo a pedir clemencia.

Al mencionar Agustín los *Thunderbirds*, me pareció que Lovecraft miraba un poco de soslayo hacia nuestro grupo. Por un momento, en mi evidente neurosis, lo vi ahora muy semejante al malvado *The Hood* de la citada serie. Ya sólo faltaba que se quitara de en medio y nos dejara en un importante apuro, un sabotaje de los suyos, de los que no nos pudiera librar ni el mismísimo *Rescate Internacional*. No. No hubo movimiento de salida por su parte y descarté, momentáneamente al menos, que se tratara de un malvado homeópata oriental obsesionado en desestabilizar nuestra civilización.

El público, animado por las respuestas de Agustín y por la intervención de Rafa, siguió proponiendo series, algunas de las cuales no me sonaban nada. Agustín siguió en su línea y lo concedió todo, evaluando muy positivamente cada nueva aportación.

En algún momento del coloquio surgió la serie *Quatermass*; originalmente fue una serie televisiva, cosa que yo desconocía, y posteriormente pasó a la gran pantalla con bastante acierto. Fue inevitable que mis asociaciones de ideas me llevaran otra vez a Lovecraft, que ahora se parecía al astronauta de la primera película de esta saga. Lo espí un rato. Imperturbable, permanecía atento y reparé en algo nuevo. Me pareció que cogía notas, porque inclinaba levemente la cabeza como si escribiera o leyera algo. Un homeópata que tomaba lecciones de ciencia ficción. Tal vez, un alquimista. O un astronauta poseído por un extraterrestre y que contemplaba la maldad de su mano contaminada. La última película de esta saga de *Quatermass* se llamó en España *¿Qué sucedió entonces?*, y este título se presentó en mi mente mientras espía a Lovecraft y lo comparaba ahora con una de las inquietantes langostas alienígenas de la inquietante cinta. Creo que si durante estas estúpidas cavilaciones mías, el tipo se hubiera dado la vuelta, yo habría dado un respingo.

Confesión entre copas

Sábado, 29 de octubre de 2005

Tras esta conferencia estaba prevista la proyección de la genial y clásica *El enigma de otro mundo*, seguida de un coloquio entre los asistentes y una pareja de jóvenes cineastas, que habían adquirido cierta fama al realizar un premiado cortometraje sobre abducciones.

Fernando me preguntó si la vería. Él no lo haría y me invitaba a una copa. Como la conocía bastante bien, decidí saltarme la proyección y acepté su oferta. Íbamos congeniando muy rápidamente, tal vez por cierta complicidad gremial, si bien el único médico en ejercicio era él. Resultó que también Javier Padre se saltaba la película y se unió a nosotros. En realidad, el que se unía a ellos era yo; estos dos eran amigos ya. Bueno, pues me dispuse a pasar un rato con ellos y retirarme algo después a Zócalo, para cenar temprano y descansar.

Nos instalamos de nuevo en la misma terraza que nos había acogido antes y me dispuse a dejarme llevar, hasta donde me fuera posible, por la conversación o los temas que propusieran ellos. Resultó que el objeto de su interés era yo mismo por ser del Sur, la tierra de sus veraneos.

Tras unos minutos sobre la excelencia de las playas y la maldición del viento de Levante en agosto, me decidí a compartir con ellos mi experiencia.

—Mirad, nos conocemos muy poco y estamos en un entorno un tanto peculiar. De todos modos, os quiero contar algo que me ha pasado y para lo que no encuentro una explicación razonable.

Hablé despacio y logré captar su atención, algo más de lo que hasta ahora había conseguido con mis vagas y poco originales respuestas a sus curiosidades sobre Cádiz y su entorno.

—Estamos de copas y podéis entender que sólo se trata de una pamplina o de una experiencia poco lúcida. Me arriesgaré. No pasa nada si me tomáis a broma, pero os lo cuento tal como lo he vivido. Por dos veces, dos veces, ayer por la noche y hoy por la

mañana, se me ha acercado un coche para adelantarme y ha desaparecido súbitamente. Desapareció cuando me adelantaba.

Se quedaron de piedra mirándome y mirándose.

—Ya lo he dicho. Ahora tomad un sorbo y me proponéis soluciones. Hacedlo, si queréis, como un juego, como un acertijo. No me importa. Ya os lo he contado y me siento algo mejor.

Creo que los tres le echamos mano a nuestras bebidas y dimos un trago a las mismas.

—Se admite que puedo haber alucinado —dije sonriendo—. No me hace gracia esta posibilidad porque, hasta ahora, me he mantenido en buen contacto con eso que llamamos el mundo real. Mis seguridades como ser racional sufrirían cierta bajada de nivel, lo sé. Pero es lo que hay. ¿Qué me decís?

Seguían en silencio, meditando sobre mis palabras y, posiblemente, midiendo bien las que pudieran emitir ellos.

—¿Dices que la primera vez fue de noche? —rompió a hablar Fernando.

—Sí. Y te agradezco el tono comprensivo. Mira, pensé que, en vez de adelantarme, en realidad lo que estaba haciendo era desviarse hacia una carretera a la izquierda. Me fui a la cama con esta solución. Lo malo fue lo de esta mañana.

—¿Comprobaste si había una carretera a la izquierda? Quiero decir, anoche. —Ahora era Javier Padre quien intervenía—.

—No. No tuve tiempo esta mañana. Y sé que es lo primero que debería haber hecho para despejar mis dudas, pero, ya te digo... Lo que sucedió por la mañana me ofuscó. Sigo sin entenderlo.

—¿Qué coche era? —me preguntó Javier.

Lo miré bien y, por la cara que ponía, creo que ya adivinaba la respuesta que obtendría. Un tipo listo.

—Efectivamente, un Dos Caballos. Por eso te pregunté tontamente antes.

—En la maniobra de adelantamiento siempre hay un momento en el que se pierde la visión del vehículo trasero. El ángulo muerto, creo que se llama.

El tono de Fernando era académico y didáctico. La especial resonancia de su voz le confería cierta pretenciosidad que, tal vez, no fuera su intención. Cada vez me recordaba más al profesor *Tornasol*, si bien parecía querer analizar con seriedad el problema.

—Sí, Fernando —intervine—. Ya lo he considerado, pero no llego a ningún lado por ahí. Tarde o temprano debía haber aparecido, bien a mi lado izquierdo o bien otra vez atrás.

—¿Podías tener sueño? ¿Podías no ir bien despierto, Ángel? —me preguntó Javier.

—Descártalo. No iba dormido. A no ser que yo sufra sin saberlo de lagunas temporales, no sé... Una crisis epiléptica temporal o algo así. ¿Te parece, Fernando?

—Podría ser una explicación. Habría que hacerte exploraciones y pruebas, claro.

En su rostro creí leer que Fernando dudaba de su propia argumentación y que no veía tan claro lo de la epilepsia. Al fin y al cabo, nunca es una buena noticia tener crisis epilépticas con cierta edad. Siguió proponiendo problemas nocturnos.

—¿Dormiste bien? Puede que la experiencia de la noche anterior te jugara una mala pasada y se presentara en tu mente algo imaginado, como si soñaras despierto.

Mi buena disposición y la de ellos dos fue la tónica durante estos minutos. Como no había muchas salidas, les propuse relajarnos y dejar el asunto aparcado.

—Cuando vuelva pediré una cita con mi neurólogo. De todas formas, si padezco algo serio, se repetirán este tipo de experiencias o síntomas, y algunos otros. De momento sólo me duele la cabeza cuando pienso en ello, aparte de sentirme bastante nervioso desde esta mañana.

Miramos nuestras copas y flotó en el ambiente que no sería buena idea pedir otra ronda. Tampoco me pareció oportuno sacar a colación mis inquietudes sobre Lovecraft. Si lo llego a hacer, no dudo que Fernando y Javier hubieran sacado, en privado, conclusiones psiquiátricas sobre mi estado. Yo mismo estaba ya inclinándome hacia esta opción.

Nos despedimos hasta el día siguiente y, en el momento de hacerlo, les di las gracias por su paciencia ante la rareza con la que les había obsequiado o fastidiado. Intentaron quitarle hierro al asunto y me desearon feliz descanso nocturno. Ya me alejaba, cuando Fernando me advirtió.

—Ahora, al coger la carretera, si puedes, te colocas detrás de algún coche que vaya a mediana velocidad. No lo adelantes. Así vas acompañado hasta tu destino. Si ves que alguien te quiere adelantar y desaparece, al menos, tendrás testigos.

—O desaparece también el de delante —le contesté riendo.

—Y otra cosa —dijo Javier—, esta noche se duerme una hora más. Acuérdate.

Asentí, aunque lo había olvidado. Finales de octubre y cambio de hora. No tendría que cenar temprano, me dije. Llegué a mi coche y lo arranqué. En unos minutos estaba en las afueras de Moria, hacia Zócalo.

Ninguna aventura por el camino. A las siete y media llegué a mi hotel y me duché. Llamé a mi mujer y estuvimos hablando diez minutos sobre nuestros respectivos días y congresos. El suyo iba de lujo e incluía conferencias en latín. Con este dato era difícil decirle que envidiaba estar en Granada con ella, pero se lo manifesté. Lo tomó como un halago y no cómo que yo necesitara refugio.

No quise contarle nada extraño, entre otras cosas porque la charla con Javier y Fernando me había supuesto ya una cierta descarga de tensión. No necesitaba ahora repasar la historia, así que decidí dejarlo para el regreso. Me despedí con un *Carpe diem* al que ella respondió con un *Cave canem* que, en vez de hacerme gracia, tuvo como inmediata consecuencia que me volviera una cierta inquietud ante la posibilidad de que, en mi próximo encuentro con Lovecraft, este se presentara asemejándose a Lon Chaney o a Paul Naschy. Estás fatal, Angelito. Vete a dar un paseo.

Una vuelta por Zócalo

Sábado, 29 de octubre de 2005

A las ocho y media salí de mi habitación, dejé el hotel y crucé la travesía para adentrarme en la parte principal y más extensa de Zócalo, con la intención de distraerme por sus calles y estirar un poco las piernas antes de cenar.

El pueblo se caracterizaba por presentar, de forma mayoritaria, viviendas de sólo una o dos alturas. Apenas pude ver edificios de bloques de pisos por las solitarias calles y sí bastante presencia de fincas, algunas de las cuales me parecieron almacenes, y otras, tal vez, podrían ser huertas protegidas por desgastados muros. Aunque no buscaba un bar, tampoco encontré ninguno y los únicos comercios que advertí fueron un par de pequeños locales de ultramarinos que ofrecían productos básicos.

Dudé un poco, por lo que retrocedí y cambié de dirección en dos o tres ocasiones, intentando aproximarme de forma intuitiva hacia el centro del pueblo. Cuando finalmente lo conseguí, llegué a una pequeña plaza en la que se situaban la iglesia parroquial y el ayuntamiento. Como en tantos otros casos de la España interior, el tamaño de la iglesia me pareció excesivo para la población. Lo mismo pensé del ayuntamiento, que presentaba una extensa fachada rústica de piedra.

Un par de coches aparcados remataban la decoración de la solitaria plaza y, antes de fijarme en el modelo de uno de ellos, divisé lo que parecía un bar abierto frente a la iglesia y del que se escapaba el rumor de alguna conversación. Me aproximaba a este local cuando caí en la cuenta de que uno de los coches aparcados era un Dos Caballos. Color crema, por supuesto.

Mi casi recuperada tranquilidad volvió a desvanecerse para dar paso a una cierta aceleración de mis latidos cardíacos, a una respiración torpe y a cierta inquietud estomacal. Ansiedad. Estaba claro que esta escapada de fin de semana me iba a pasar factura.

Frené mi marcha y, mientras contemplaba el vehículo, intenté retornar a un estado más relajado. Podía acercarme al coche

para indagar desde fuera, aunque sin tener demasiado claro lo que podría obtener de esta inspección. Eso pensaba cuando se fue al traste mi acercamiento, debido a que unos metros más allá del coche, y saliendo del bar, reconocí a Lovecraft.

También me vio y reconoció. Como mi marcha hacia su vehículo casi coincidía con el camino hacia el bar, decidí disimular y dirigirme al establecimiento. Obligatoriamente debíamos cruzarnos en el corto trayecto que debíamos recorrer: él, hacia su coche; yo, hacia el bar.

Lo más naturalmente que pude, intentando no perder la compostura ni que se me notara demasiado rígido —cosa casi imposible—, me preparé para saludarlo levemente mientras me venía a la cabeza que los vampiros no se reflejan en los espejos. ¿Podía suceder lo mismo con los coches que conducían?

—Buenas noches —farfullé mientras procedía a retirar mi mirada sobre él.

Recibí una respuesta algo fría por su parte, no tanto por su contenido como por su mecánico tono de voz y la lentitud de su declamación.

—Buenas y coincidentes, otra vez.

Estaba a punto de rebasar su posición, pero esta respuesta me pareció una cierta invitación a completar el saludo o prolongar un poco el encuentro. Aunque no las tenía todas conmigo y el tipo me causaba repelucos, detuve mi caminar y hablé algo más.

—Sí, desde luego. —Lo miré a los ojos y me parecieron más grises y fríos que la primera vez, en Cádiz. Me miraba de forma imperturbable y cada vez me parecía más un robot que un ser humano, tanta era su falta de gestualidad facial.

¿Homeopatía gestual? ¿Diluía las palabras, con su lenta pronunciación, hasta la parquedad más tenebrosa y esquelética? Esto me venía a la cabeza mientras estaba detenido frente a él. Aún menos me esperaba lo que dijo a continuación.

—¿Escribió su relato? —me preguntó. En mi imaginación, lo hizo como hubiera procedido un policía que quisiera hacerse el despistado.

Pues vaya con el tipo. ¿A este *hijoputa* no le bastaba con aturdirme con su presencia, sino que, encima, hacía gala de buena memoria? Le contesté apresuradamente como pude, lo primero que me salió.

—No, no. Todavía no.

Más que brusco, yo debía parecerle nervioso. Me miró durante unos segundos antes de responder y me pareció que mi contestación no sólo no le había sorprendido, sino que era la que esperaba al pie de la letra.

—Aún tiene tiempo —me dijo mientras daba por terminada la extraña conversación y se volvía hacia el coche.

—Adiós —se despidió, como absorto y concentrado en sus pensamientos.

—Adiós —le correspondí. Y seguí mi interrumpido camino hacia el bar con más ganas que nunca de echar un trago.

Entro en el bar de Zócalo

Sábado, 29 de octubre de 2005

En un santiamén estaba en el bar. El televisor emitía un noticiario. Al traspasar la puerta de entrada se volvieron las miradas hacia mí. Estarían bastante aburridos, supongo, porque, aparte del camarero tras el mostrador, sólo había dos clientes. Ambos estaban sentados en sillas giratorias altas y consumían sus bebidas en la barra. Puede que mi aparición interrumpiera la conversación que, quizá, mantuvieran los tres, aunque pronto cambié mi impresión sobre la situación y barajé la idea de que me esperaban, cosa realmente extraña pues no conocía a ninguno de ellos. Fue su forma de recibirme la que me sorprendió, pues me resultó demasiado cálida, como si esperaran noticias sobre mí o sobre el mundo externo.

—¡Buenas noches! —me saludaron casi al unísono y con muestras de interés en sus rostros.

—¡Hola! ¡Buenas noches! —les respondí con presteza y la agradable sensación de ser bien recibido.

Mi reciente encuentro con Lovecraft —en realidad, más que encuentro, tropiezo— había sido tenso y, aunque me venía bien este inicio en el bar, me eran necesarios algunos segundos para adaptarme y disfrutar, ya más relajado, en este mejor ambiente.

—¿Qué va a ser, amigo? —me preguntó el orondo camarero.

—Cerveza —dije mientras ocupaba una silla junto a la barra—. ¿Cuál se toma en la zona?

—Aquí no tenemos manías —dijo sonriendo—. ¿Una San Miguel? ¿Botella o barril?

Vi las botellas de los clientes y decidí sumarme de forma más cómplice al pequeño grupo.

—Que sea botella.

De los dos clientes, el más joven entró directamente en el asunto. Mientras retiraba un poco su silla de la barra para, de esta forma, permitir a su compañero que yo entrara en su campo de visión, me lanzó su pregunta.

—¿Conoce usted a Germán?

Yo no tenía ni idea de quién era el tal Germán y, cuando me disponía a negarlo, pensé que la expectación causada a mi llegada se debía a una confusión. Sin embargo, no era exactamente eso. Mientras yo negaba tener conocimiento de ningún Germán, pude ver que la mirada de los tres se dirigía muy atentamente hacia la puerta y la ventana del local, para seguir el lento avance del Citroën Dos Caballos, que se acababa de poner en marcha en ese momento.

Cuando inmediatamente dejaron de hacerlo, al perderse de vista al coche, fui yo el que preguntó.

—¿Germán es el señor que acaba de salir?

—Sí señor —dijo el joven.

Los otros parecían dejarle la iniciativa del interrogatorio y me miraban sin perder su interés.

—¿Y es conocido de ustedes? ¿Un vecino de Zócalo?

—No —seguía el joven—. De vez en cuando viene por aquí. Como los hemos visto hablando, hemos pensado que, tal vez, son colegas.

En ese instante se me ocurrió que este joven era el maestro del pueblo. Su parla nada tímida y su ir al asunto de forma directa, me cuadraban con el perfil de otros maestros que yo conocía. No tenía ningún otro dato sobre él, es decir, ni llevaba una carpeta ni un libro de texto ni cosas así. Simplemente, me dejé llevar por mi manía de jugar a adivinar.

—¿Colegas? Bueno... No sé... Creo que no. ¿Saben a qué se dedica este señor?

—Es médico —habló el camarero—. Trabaja en Madrid.

Asintieron los otros dos y, aunque parece que su expectación sobre mí había disminuido al comprobar que poco podía aportarles sobre el tal Germán, la conversación aún no había terminado. Sentí que seguían intrigados por la charla entre Germán y yo, que habrían presenciado, pero, con toda probabilidad, no habrían oído. Me dispuse a satisfacer su curiosidad para, tal vez, ampliar mi conocimiento sobre el personaje.

—Nos hemos saludado porque hemos coincidido en una conferencia, esta mañana en Moria. —Creo que les volví a despertar bastante el interés.

—¿Sobre qué tema? —preguntó mi supuesto maestro.

—Literatura —conteste, así a secas, sin apellidar con géneros literarios. Estoy acostumbrado a que muchos me miren por encima del hombro al mencionar mi interés por la ciencia ficción, así que, aunque no conocía a esta gente, decidí ser prudente. De todas formas, en muchos ámbitos, llamar literatura a lo que el congreso trataba es considerado poco menos que una blasfemia, de la misma categoría que llamar música al rap —cosa que sí me parece ciertamente más cercana a la blasfemia—. Pero, como yo no atravesaba mi mejor momento, me reservé un poco y me contuve al no especificar. Muy pronto tendría la oportunidad de dejar de hacerlo. Habló el otro cliente.

—¿Exactamente, sobre qué tipo de literatura? ¿Ensayo o narración? Tengo curiosidad por la lectura y si a usted no le importa...

A este lo catalogué inmediatamente de farmacéutico del pueblo. Hablaba de forma muy cordial y era muy correcto. Como no conozco a ningún farmacéutico antipático —creo que ese psicotipo es una rareza en el gremio—, sus corteses formas me llevaron enseguida a esta conclusión sobre su dedicación. Si resultaba ser el boticario, ya sólo faltaba el cura para completar la reunión de rebotica que aquello parecía. No descarté que apareciera en cualquier momento.

—Pues ya que lo pregunta, se trataba sobre literatura de ficción. Ciencia ficción, fantasía y esas cosas. —Decidí arriesgar mi prestigio y cortar camino, a ver a dónde me llevaba esta situación.

La reacción de todos fue unánime y parecieron conformes con la información que les daba. También se produjo un poco de silencio, como si meditaran. Lo rompió el maestro.

—Lo sabía —dijo mientras los otros asentían y él le daba un último trago a su botellín—. Pon otra, Rafael.

Rafael giró y torció con gracia pícnica su cintura y en un instante hubo otro botellín en la barra. La aquiescencia del personal ante mi revelación me sorprendió tanto por su inmediata comprensión como por el hecho de que no les pareció insólito, a pesar de que a mí sí que me parecía bastante insólito asociar a Zócalo y a este bar con *La saga de los Aznar* o con *Viaje al fondo del mar*. Por supuesto, sí que lo podía hacer con, tal vez, *La hora de Alfred Hitchcock* —ya se sabe que *nunca se sabe*—.

—Bueno, señores... —hablé intentando elegir bien mis palabras—, llegados a este punto, creo que puedo preguntarles algo.

Evalué sus miradas y me sentí autorizado a seguir.

—¿Qué está pasando? Si me lo permiten, parecen algo preocupados.

Ahora sí me parecieron algo misteriosos. Casi cabizbajos y confundidos por un momento.

—Este señor, Germán, es un poco peculiar —habló el boticario—. Lo conozco porque es representante de productos farmacéuticos y lo atiendo de vez en cuando, aunque no soy muy partidario de lo que me quiere vender.

Joder, pensé. O sea que yo acertaba y este que me hablaba era boticario. Miré hacia el maestro y me lo imaginé pasando lista en su clase. Volví a concentrarme en el boticario.

—¿Productos homeopáticos? —indagué.

El farmacéutico asintió, algo asombrado. Enseguida tuve que justificar mi pregunta para tranquilizarlo.

—No lo conozco, no. Pero esta mañana he tenido la oportunidad de que me hablaran sobre él.

—¿Y eso? ¿Ha dicho o hecho algo inconveniente o especialmente raro? ¿Alguna predicción sobre el futuro? —Estas preguntas surgieron de los tres, pero ya no puedo decir quién hizo cada aportación porque se formularon casi a la vez.

¿Qué hacía ahora? ¿Contarles mis bromas con mi cuñado por el aspecto de Germán desde que lo vimos en Cádiz? ¿Contar lo del espejo? Rápidamente decidí que había una posibilidad bastante creíble y poco sospechosa.

—Me interesé por él porque, al ver que conducía un Dos Caballos, recordé que un coche de ese modelo me hizo un adelantamiento muy arriesgado por la carretera.

Parecieron medio conformes con esta explicación.

—¿Otra? —preguntó el camarero a los tres mirando nuestros vasos vacíos. Todos asentimos. El maestro ya se había ventilado también el segundo botellín.

—¿Qué es eso de las predicciones? —preguté.

—Mire —me respondió el maestro—, el hombre nos ha estado dando la tabarra con una historia sobre una desgracia futura que acaecerá sobre la tierra.

—¿Un meteorito o algo así?

—Algo así —intervino el camarero—. Y, por cierto, ese adelantamiento del Dos Caballos... ¿fue algo raro?

—¿Raro? —Me puse alerta. Creo que todos notaron mi nerviosismo.

—Sí. ¿Fue un adelantamiento completo o sólo un intento?

Ahora no sabía bien por dónde debía tirar. Si hablaba de más, me arriesgaba a quedar como un tontaina. Ya había corrido ese riesgo esa misma tarde con Javier y Fernando, y aún no sabía cómo reaccionarían conmigo al encontrarnos al día siguiente. Opté por seguir siendo prudente ahora.

—Fue bastante raro, ya digo. Me pareció demasiado peligroso.

—Pero... ¿llegó a adelantarle?

—Sí.

Me miró fijamente. Los otros permanecían callados y expectantes.

—Ya. O sea, que no hubo nada raro, ¿no?

Pasaron unos segundos. Al fondo, el televisor estaba dando, creo, información sobre el tiempo. Ellos me miraban fijamente. Cedí un poco.

—Algo raro sí sucedió —dije eso y me interrumpí.

No sabía si continuar por ahí. El televisor seguía con su vida propia. Lluvias por el Norte y buen tiempo en el Sur. Como siempre.

—¿Desapareció el coche? —me acorraló Rafael.

Respiré aliviado. Al parecer, finalmente, no tendría que hacerme ningún electroencefalograma.

Llega y se va el que faltaba

Sábado, 29 de octubre de 2005

Tras mi confesión, nos sentimos obligados a presentarnos. El joven, Juan Antonio, resultó ser maestro, por supuesto. El boticario se llamaba Olegario, magnífico nombre que le debía proporcionar un merecidísimo respeto por parte de su clientela. Ninguno de ellos mencionó veranear en Cádiz —lo harían en Huelva, que les cogería más cerca—, así que nos ahorramos un buen lote de charla geográfica superflua y fuimos al grano.

—Esta historia se ha repetido algunas veces en la zona. No es muy frecuente, pero les ha ocurrido a varias personas. —El que hablaba era Olegario—. La última vez pudo haber sido hace un par de años. Fue a un teniente de la Guardia Civil, nada menos.

—¿Y...? ¿Qué se cuenta? ¿Cómo se lo toman por aquí?

—Yo, sinceramente, no termino de creerlo —dijo Juan Antonio. Me miró como disculpándose—. Lógicamente, no quiero ofenderle, Ángel. Entiendo que debe haber un gran componente de sugestión o algo así. ¿Usted había oído hablar de la historia?

—Ni idea, Juan Antonio. Les aseguro que no sabía nada.

—¿Seguro? Piense despacio.

—Definitivamente, lo descarto. Y... bueno. ¿Hay alguna relación con este señor, Germán? Lo pregunto porque es lo primero que ha surgido esta noche.

En ese momento entró en el bar el que faltaba, me dije.

—Buenas noches nos dé Dios. —Sotana raída pero bien llevada; una oscura, pero, con toda seguridad, habitual aparición.

—¡Hombre, don Serafin! ¿Cómo van esas almas? —dijo Olegario para acogerlo.

La rebotica estaba completa. El cura se sumaba a ella. Aún faltaba el médico, pero yo mismo podía suplirle en la función de aquella tarde.

—Hay nuevas —habló Rafael, dirigiéndose también al cura—. Hay nuevas de Germán.

Torció el gesto don Serafín, a la vez que reparaba en mí y me miraba con algo de suspicacia, intentando, quizá, ubicarme o reconocerme entre sus fieles. Tras ello, y a pesar de resultarle desconocido, se decidió a hablar con la convicción que su dedicación le confería en aquellos sus dominios.

—Os tengo dicho que no le escuchéis. ¡Paparruchas!

Rafael le sirvió un tinto que no había solicitado. No hacía falta la petición del cura y el vaso fue muy bien acogido por la naturalidad con la que abordó el primer trago.

—¿Y con qué ha salido ahora? —prosiguió el cura—. ¿Ha encontrado la piedra filosofal?

Se rieron todos. Me sumé a ello y esperé acontecimientos.

—Anuncia una plaga —le respondió Juan Antonio—. En el fondo no debe molestarle, Don Serafín. Al fin y al cabo, es algo bíblico.

Don Serafín no parecía tenerlas todas consigo y creo que dudaba tanto de la plaga como de la seriedad con la que se dirigían a él. Tal vez temía que todo fuera una soterrada burla.

—No, si no me molesta. Me hace mucha gracia. ¿Una plaga? ¿De qué? ¿De langostas o de topillos?

—Algún tipo de catástrofe futura que va a acabar con el planeta entero.

—No es muy original. Eso terminará pasando. Está escrito.

—Don Serafín terminó su tinto y, tras darnos las buenas noches, se dispuso a salir. No había pagado y Rafael apuntó una nota en lo que supuse que sería una libreta o un blog situado debajo del mostrador. Su gesto me recordó a las anotaciones que me pareció que Lovecraft tomaba en el congreso. Todavía me resistía a llamarlo por su nombre, Germán.

—No nos ha dado tiempo a contarle los detalles de la predicción —dijo Olegario.

—¿Son muy específicos? —le pregunté.

—Son nimios —intervino Juan Antonio—. Tampoco parece que vaya a ser nada del otro mundo. Germán dice que caerá sin remedio uno de cada cien hombres. Poca cosa, veo yo.

—Uno de cada cien —repetí en voz baja.

A veces los números nos confunden y lo que parece una pequeña cantidad como punto de partida, en realidad, al final resulta ser bastante. Una persona de cada cien son muchas bajas, aunque como porcentaje sea o parezca muy poca cosa.

—Y eso no es todo —habló Rafael—. Dice Germán que será una peste de fiebre amarilla y que la traerán los chinos.

Así que los chinos. Drácula fue descartado casi desde el primer momento que vimos al sujeto, para pasar a convertirlo en Lovecraft; con esta reciente información le podía convenir el apodo de *Fu Manchú*. No obstante, la denominación Lovecraft seguía puntuando, ya que la clara aversión del escritor de Providence a las razas orientales estaba bien acreditada. En este abanico de máscaras, que el tal Germán asumía por iniciativa mía, se iba insinuando alguna otra que todavía no orillaba en mi mente.

—Otro misterio sin resolver es el de la eterna juventud de Germán —mencionó Olegario.

—Por eso dice don Serafín lo de la piedra filosofal —me aclaró Rafael.

—Bueno, muy joven no me parece que sea —aporté—. No le echo menos de cincuenta años.

—Ya, pero... tiene el mismo aspecto desde hace veinte años, se lo aseguro —dijo Olegario algo cabizbajo. Tal vez, en su fuero interno, se estuviera arrepintiendo en esos momentos de no haberle comprado un determinado producto homeopático al tipo.

El mismo aspecto desde hace veinte años. Algo se iluminó en mi cabeza. Germán... ¿Germán?... ¡Saint Germain! Eso era. Ya tenía otro fantasma en la lista o, como decía mi padre, *otro enano para la selección*.

Sonreí al recordar esta frase. Mi padre la emitió mil veces, cada vez que, en mi infancia y juventud, el seleccionador de fútbol Ladislao Kubala convocaba a un jugador bajito, como Juanito, Dani o Lora. Mi padre no soportaba el ridículo que hacían al enfrentarse a los enormes holandeses y alemanes que dominaban el fútbol por entonces.

Miré mi reloj. Tenía que cenar y que descansar. Pagué lo mío y me despedí de esta buena pandilla, deseándoles suerte con la resolución de tanto misterio. Yo seguía con los mismos problemas, pero me sentía más aliviado por haber tenido la oportunidad y la suerte de compartir mis extraños reveses y por resultar algo comprendido.

Me encaminé hacia el hotel volviendo sobre mis pasos y cruzando de nuevo las solitarias calles de Zócalo, que habían tomado a mi parecer un aire algo siniestro con la llegada de la noche. En mi trayecto me equivoqué y me volví a perder un par de veces, sintiendo algo de temor al venirme el recuerdo de alguna lectura de terror en la que el protagonista tiene la sensación de que le cambian las calles. A ver si en esta ocasión, en vez de evaporarse un Dos Caballos, iba a perderme y evaporarme yo mismo en esta poco iluminada geografía. Afortunadamente, no fue así y, en apresurada y nerviosa marcha, y tras más minutos de lo que hubiera deseado, di con la travesía que dividía al pueblo y localicé las luces de mi hotel.

Cenando

Sábado, 29 de octubre de 2005

Entré directamente en el comedor y vi que el público era algo más numeroso esa noche de sábado. Había mesas libres y, cuando me acercaba a una de ellas, oí que me llamaban desde el fondo del salón. Eran Rafa y Marga. Me acerqué a ellos y pude apreciar, con cierto alivio, que ya estaban con los postres.

—¿No has cenado aún? —me preguntó Rafa.

—Pues no. He estado paseando por Zócalo. Ya veo que estáis terminando. Me sentaré en otra mesa.

—¡No, hombre! Quédate en esta —dijo Marga—. Nosotros ya nos vamos.

Mientras terminaban y llamaban a la camarera para pedirle la cuenta, me comentaron un poco la última parte de la sesión, la proyección de *El enigma de otro mundo* y el coloquio posterior. Se habían extrañado de no verme durante la proyección y tuve que detallarles que conocía bien la película para ayudarles a entender mi ausencia. Ellos no la conocían, aunque sí la más moderna *La cosa*, la excelente versión de John Carpenter. Para rematar la conversación y, con ello, hacer un cierto alarde de mis conocimientos, les mencioné la serie *Gunsmoke* —conocida en España como *La ley del revolver*—, protagonizada por James Arness, que hacía de alienígena en *El enigma de otro mundo*. Evidentemente, no lo conocían. Calculé que, a su hermano, Peter Graves, como mucho, tan solo lo habrían visto en *Aterrizaje como puedas*, por lo que ni lo mencioné y decidí no entrar en más profundidades televisivas o cinematográficas, y así no atosigarlos con mis batallitas, a todas luces ventajistas por cuestiones de edad.

Se despidieron al pagar y me dijeron que me dejaban cenar tranquilo y a solas, cosa que, aunque no les agradecí —hubiera sido una grosería por mi parte—, sí que deseaba.

Mientras cenaba, miraba sin interés hacia el televisor conectado a muy bajo volumen. Otra vez el hombre del tiempo —esta vez en otra cadena— colocado delante del mapa. Parecía danzar

discretamente entre las isobaras que iba señalando. Lluvias por el Norte y buen tiempo en el Sur. El hombre del tiempo. Un recuerdo muy lejano me vino a la cabeza.

Esa mañana habían mencionado *El túnel del tiempo*, una antigua serie sobre dos militares que viajan en el tiempo merced al dichoso túnel. Yo era muy pequeño y, al emitirla más allá de las diez de la noche, nuestros padres nos mandaban a mi hermano y a mí a la cama. No podíamos ver esta serie y sólo la conocíamos porque nuestros amigos nos hablaban de ella. Este régimen paterno nos parecía injusto y mi hermano y yo decidimos que debíamos protestar o, tal vez, pedir permiso para ver el próximo episodio. Eso hicimos un día por la tarde y, mientras mi padre permanecía ocupado y concentrado con no sé qué papeles de su trabajo en la mesa del comedor de nuestra casa —tablas de contabilidad, supongo—, lo abordé.

—¿Podemos ver esta noche *El túnel del tiempo*?

Mi padre ni levantó la cabeza de sus papeles. Tan sólo me respondió con otra pregunta que evidenciaba su concentración en su tarea y su poca atención a nuestra petición.

—¿Cómo?

—Que si podemos ver *El túnel del tiempo*.

Pareció meditar dos o tres segundos y, como quien no quiere la cosa y sin llegar a mirarnos, nos contestó de forma afirmativa y siguió con su labor contable.

Nosotros no dábamos crédito a su autorización. ¡Por fin veríamos la serie de moda! Ya estábamos a la altura de nuestros amigos y no quedaríamos otra vez como unos niños chicos ante ellos.

Pero nos esperaba un gran chasco. Cuando llegó el momento de la emisión, nuestro padre nos mandó a la cama. Tan engañados nos sentimos que rompimos a llorar mientras nos retirábamos a nuestro dormitorio. Ante nuestra reacción, los dos, mi padre y mi madre, nos preguntaron algo inquietos, sorprendidos y sumamente extrañados.

—¿Qué os pasa? ¿Por qué lloráis? Ya sabéis que es la hora de acostaros.

—Te preguntamos antes si podíamos ver *El túnel del tiempo* y nos dijiste que sí —le respondí a mi padre sollozando.

Mi padre, atolondrado por un momento, enseguida saltó una carcajada y se justificó ante nosotros y ante nuestra madre, que no entendía nada.

—Creí que me preguntabais por *el hombre del tiempo*.

Les tuvo que dar mucha pena nuestra congoja —seguro que tanta como gracia les hizo la confusión— y, por supuesto, nos dejaron ver la película, cosa que hicimos encantados, una vez recuperados de nuestro abatimiento.

El hombre del tiempo. ¡Vaya entretenimiento para unos niños! Ni de mayor me ha interesado lo más mínimo. Lluvias por el Norte y buen tiempo en el Sur.

Sonreía con este recuerdo y sentí ganas de hablar con mi mujer, que a estas horas también estaría cenando. También me acordé, por un momento, de mi feliz infancia con mis padres y mis hermanos. Y eso me llevó de nuevo a Lovecraft, esta vez el auténtico.

El motivo de esta vuelta a Lovecraft fue el hecho de que el primer libro que leímos sobre él fue una recopilación de relatos, publicada en Alianza Editorial y titulada *Los mitos de Cthulhu*, que, adquirida no sé si por mí o por el hermano que me seguía, nos pasábamos todos nosotros de mano en mano, de forma que lo leíamos de rato en rato y poco a poco, por turnos. Como somos seis hermanos —yo el mayor—, estimo que, en este episodio de lectura secuencial y parcial del libro, participamos sólo los cuatro primeros. Descarto en aquella época a los dos siguientes; y en cualquier otra época, al más pequeño, que no creo que haya leído ni visto algo de terror en su vida, con excepción de, quizá, *El jovencito Frankenstein*.

Volví a mis extrañezas actuales. El misterio del espejo retrovisor me convertía en algo así como el protagonista de un suceso paranormal. No se me ocurría otra forma de catalogar el incidente. Y creo que esto era preferible a lo que podría haber sido

más razonable, pero más peligroso desde el punto de vista sanitario: padecer una enfermedad mental o neurológica.

El neurólogo Fernando... El profesor *Tornasol*, de *Tintín*... Retrocedí y volví al neurólogo, pues me vino a la mente otro. Recordé ahora a un neurólogo que no llegué a conocer. Esta cena me estaba llevando muy atrás en el tiempo. Primero, *El túnel del tiempo*; luego, el hombre del tiempo; después, *Los mitos de Cthulhu* y el Círculo de Lovecraft; y ahora, aquel desconocido y casi olvidado neurólogo.

En mi juventud, al iniciarme en la lectura, me dispersé mucho. Aparte de las lecturas obligatorias, por clásicas, abundé también en muchas otras bastante evasivas. Igual leía a Lovecraft que a Herman Hesse —este último, muy de moda entre jóvenes descontentos con el mundo adulto recién descubierto—. A mí y a varios amigos afines nos dio por inclinarnos hacia todo lo que se saliera de lo que nuestros convencionales padres nos tuvieran preparado. Es casi una ley de vida juvenil. Salirse del carril y curiosear por lo prohibido, esperando encontrar más allá del cerco respuestas ingeniosas, valiosas y más verdaderas que las que la cotidianidad nos tenía reservadas.

Aquél otro neurólogo me vino a la mente porque me acordé de Fidel. El cura Fidel. Otro cura con el que me tropiezo hoy. El primero ha sido Don Serafín, el cura de Zócalo. No. Deja a Don Serafín, que parece un cura muy convencional. Vuelve a Fidel. Un joven carmelita que, aunque no llegó a darme clases en el centro donde hice el bachillerato superior, sí lo hizo a otros muy buenos amigos míos. Y a ellos les fascinaba Fidel. No era el típico cura serio, místico de sus misterios sagrados y represor de espontaneidades o libertades. Al contrario, gozaba de fama de ser muy moderno y cercano.

Un día llegó a casa de mis padres, acompañado por dos de mis amigos, con la intención de conocerme. Mis amigos decían que yo era alguien que debía conocer, porque sabían de mis lecturas de Hesse, del rollo oriental y de *El filo de la navaja*. Yo me debatía entre mis propias neuras, entre Freud y mis inclinaciones hacia la

Psiquiatría —recién descubierta en mis iniciales estudios de Medicina—. Fidel se interesó por mis lecturas y, también, por mis preguntas ante sus dominios sobre la sofronización, que utilizaba con habilidad para no sudar tras consumir el muy quemante café veraniego que nos sirvió mi madre —encantada, por lo demás, de que un cura se hubiera presentado en casa y pudiera influir sobre su hijo—. Llegó el momento o la cuestión crucial que parecía motivar a Fidel.

La conversación iba tomando un tono hessiano, misterica sin dioses, secreta, casi arcana y —mucho me lo temía—, de carácter captor. Sí. Creo que eso era. Fidel nos reveló que conocía a personas iniciadas. ¿Iniciadas en qué? En el gran misterio, en la auténtica verdad, en lo que está arriba y en lo que está abajo.

Pero, ¿qué decía este hombre? ¿Lo que está arriba y lo que está abajo? Yo me sentía como en un bocadillo, pero todavía no sabía muy bien quien estaba destinado a devorarlo.

No eran de su interés San Juan de la Cruz o Santa Teresa. Nos hablaba de *Abraxas*, de *Demian* o de la auténtica y verdadera psicología —de la que yo, apenas iniciado en el psicoanálisis, el conductismo, la *gestalt* y la psicofarmacología, no tenía ni la más remota idea, claro—. Mis amigos estaban fascinados por su discurso y me miraban como felicitándose por la buena idea que habían tenido al llevarlo a mi casa.

Fidel nos dijo conocer a un neurólogo, íntimo amigo suyo, especie de líder espiritual de un grupo cuasi secreto y muy selecto. No era fácil pertenecer a este grupo. Había que pasar una prueba. Una prueba extraña, atrevida y, posiblemente, dolorosa. Algún tipo de sacrificio o ceremonia de iniciación. Fidel hablaba sin especificar. Tan sólo había un teléfono al que llamar. Si estaba interesado me daría el número para que realizara la llamada y me sometiera, valientemente, al ritual que me propondrían.

No se lo pedí y, tal vez por ello, Fidel dejó de interesarse por mí. Aunque volví a verlo un par de veces —cuando ya él estaba en franca crisis con el convento y la enseñanza— el trato fue menos cálido por su parte y lo noté algo desubicado del mundo, y pienso

que también de sí mismo. Estuvo un tiempo en contacto con uno de estos amigos y, finalmente, desapareció del mapa. Dicen que dejó de ser carmelita. Dicen que se trasladó a otro lugar. También dicen otras cosas. No sé cuáles de ellas eran ciertas y cuáles eran paparruchas.

Nunca supe tampoco del neurólogo, así que no solo me libré del dolor destinado a introducirme en el secreto, sino que, con ello, puede que también renunciara a explorar otras opciones vitales. Opciones que ahora sospecho, con cierta perspectiva de adulto desconfiado y escéptico del misterio, que no eran nada misteriosas sino, simplemente, apropiadas para realizar en el interior de algún armario de la época. Opciones tan naturales y prosaicas como otras, lo que explica que con el paso del tiempo y con la generalización de una mayor amplitud de miras de muchas mentes, hayan dejado de estar mal consideradas, siempre que no haya menores implicados, como en el resto de opciones.

Recordé ahora el olvidado nombre de aquel neurólogo que se quedó esperando la llamada, Luis Orlando Villaluenga, un nombre difícil de olvidar si lo intentas memorizar un poco. Mañana le preguntaría por él a Fernando. Nunca se sabe.

Terminé mi cena y subí a mi habitación. Atrasé una hora el reloj y, tras intentar un poco de lectura con el libro que había adquirido por la mañana sobre la comarca, me dispuse a dormir.

Tardé un poco en coger el sueño porque estuve divagando con la hora que se iba a añadir esa noche de finales de octubre. A finales de marzo esa hora desaparecería. Desaparecería como si fuera un Dos Caballos. Agotado como estaba, no duró mucho esta reflexión y creo que pasé una buena noche. Al menos, no tuve pesadillas y cogí pronto el sueño, lo que, dadas las circunstancias, era muy de agradecer.

Otra vez hacia Moria

Domingo, 30 de octubre de 2005

Concilié el sueño bastante bien. Me desperté temprano, a las siete y media —a las ocho y media si no se hubiera cambiado la hora—. Algo más de las ocho ya estaba desayunando y, poco después, me presenté en la recepción para recordarle a la encargada que me marcharía en un rato y que tuviera preparada la cuenta.

Me quedaría en Moria hasta, más o menos, las dos de la tarde, hora en la que estaba prevista la finalización del congreso. Hice la maleta, pagué mi estancia y me dirigí al aparcamiento. Metí la maleta en el maletero y, antes de abrir mi puerta de conductor, eché un vistazo alrededor, deteniéndome en la cercana travesía. No había circulación en ese momento y pensé que más de uno estaría todavía prolongando su despertar o su desayuno, aprovechando no sólo que era domingo, sino que era un domingo poco habitual, por lo del cambio de horario.

También miraba hacia la carretera con la intención de localizar un Dos Caballos. Por supuesto, no había ninguno a la vista. Ni Dos Caballos ni ningún otro modelo. Arranqué y me encomendé a mi suerte. Tranquilidad. En quince minutos estoy aparcando en Moria, me dije.

Llevaba un par de minutos conduciendo y no tenía a nadie detrás. Me crucé con un par de turismos. Atrás, nada.

Otro minuto. Por el retrovisor pude ver un camión que se acercaba. ¿Conducía yo demasiado lentamente? Miré el velocímetro y vi que indicaba ochenta. Bueno, tampoco iba yo tan despacio. El camión tenía la pinta de llevar colgado en su trasera el cartel de *Vehículo longo*, una buena pieza. Y corría tela, el maldito.

Calculé que ya estaba a menos de cincuenta metros por detrás de mí y seguía acercándose. Conocería la carretera mucho mejor que yo y por eso se permitía el lujo de ir tan rápido. No sé. Me dio un mal palpito mientras lo veía echarse sobre mí. Lo que me faltaba. El diablo sobre ruedas, carajo. La maldita carretera no terminaba y el camionero o me pitaría estruendosamente o intentaría

adelantarme. ¿Adelantarme? ¿En esta carretera tan estrecha? ¿Adelantarme para que mi espejo retrovisor se lo tragara, cual Dos Caballos, con todo lo vehículo longo que era?

Joder. Caí en la cuenta de que yo también conocía la carretera del día anterior y vi que ya estaba llegando al pequeño terraplén que correspondía a la entrada de la finca donde ayer me detuve agobiado. No lo dudé. Puse el intermitente derecho y me paré en ese lugar.

No bien lo hube hecho cuando el camión pasó a mi izquierda como un trueno y me mostró su culo —adornado, por supuesto, con su advertencia de vehículo longo—. Lo vi alejarse y, tras unos segundos, salí de mi coche y miré hacia atrás.

Consulté mi reloj. Las diez menos cinco. A primera conferencia era a las diez y media. Pensé. Tenía tiempo. Y también tenía un poco de miedo, porque todavía tendrían tiempo de aparecer o un jodido Dos Caballos o algún otro vehículo longo, si es que me detenía a explorar el terreno. No obstante, me decidí. Monté en el coche y me volví a dirigir hacia Zócalo. Quería ver si existían o una carretera o un carril a la derecha de mi sentido que pudieran explicar lo de ayer. Al estar pendiente del dichoso camioncito no había podido echarle un vistazo a la zona.

En poco más de cinco minutos volvía a entrar en Zócalo. Sólo una carretera a la derecha y ningún carril. La única carretera era la que conducía a la aldea portuguesa. No era la que buscaba porque el incidente de ayer se había producido mucho antes de ese cruce.

Vuelta atrás. Es decir, otra vez hacia adelante, hacia Moria. Vigilando el retrovisor para buscar coches fantasmas y vehículos longos. No hubo ninguno. De momento, un domingo tranquilo con la salvedad del presuroso camionero.

Viajes a otros mundos

Domingo, 30 de octubre de 2005

Esta vez pude acercarme algo más a la biblioteca municipal y encontré aparcamiento en sus inmediaciones. A la entrada del edificio Rafa, Marga y Fernando parecían esperar a alguien. Los saludé y me incorporé tímidamente al grupo, dudando entre seguir con ellos o adentrarme en la biblioteca.

—¿Qué tal la noche? — me preguntó Fernando con su peculiar vocecita.

Lo miré de frente y supe que su pregunta era, en realidad, otra. Se interesaba por mi inquietud. Le respondí a la verdadera cuestión.

—Todo bien. Sin novedad en el frente.

Sonrí y lo mismo hicieron los otros, que imagino que bien poco entenderían el sentido de nuestra pequeña charla. Tal vez pensaron que Fernando y yo ya habíamos establecido algún tipo de código de comunicación propio de nuestra generación o que una cierta complicidad profesional se había establecido entre nosotros.

Me acordé de mis reflexiones de la noche anterior y abordé a Fernando para indagar sobre mi desconocido y casi olvidado neurólogo.

—¿Has conocido a un tal Luis Orlando Villaluenga?

Fernando no pareció sorprenderse demasiado. Arrugó un poco su entrecejo, cerró los ojos por un momento y volvió en unos segundos a la vida.

—Sí, claro. Sé quién es. ¿Te refieres al neurólogo sevillano?

—Yo lo hacía por Cádiz, pero será el mismo, sin duda.

—Ya debe estar jubilado o casi. Un tipo extraño.

—¿Extraño por...?

—¿Lo conoces? ¿Es amigo tuyo?

—No. Sólo tengo vagas referencias de él por una antigua historia que me vino ayer a la cabeza.

Fernando parecía medir bien sus palabras, cosa que resultaba un poco graciosa con su engolada voz. Pensé que, si hubiera sido profesor, sus alumnos lo habrían pasado en grande imitándolo.

—Este tipo arrastra una desagradable historia, Ángel. Se dice que tuvo problemas legales por acosar a algunos pacientes.

Un tema feo y delicado que, sin embargo, no me sorprendía del todo. Si era el mismo neurólogo que Fidel nos comentó como líder de aquel secreto club —y creo la coincidencia era evidente—, no me había hallado yo demasiado equivocado en el pasado.

—¿Pacientes masculinos?

—Pues no lo sé. Por lo poco que me llegó, siempre pensé que eran mujeres las acosadas.

Javier Padre se incorporó a nuestra reunión y dimos por aparcada la conversación para saludarlo. Rafa y Marga, que habían asistido en silencio a la charla sobre el neurólogo, parecieron respirar aliviados por el posible cambio de tema. Apenas tuvieron tiempo de experimentar ese momentáneo alivio porque Javier me lanzó una pregunta que, sin duda, tampoco tenía gran sentido para ellos.

—¿Cómo anda la circulación en la carretera? —Su pregunta iba acompañada de una mirada entre cómplice y preocupada. Marga y Rafa estaban cada vez más expectantes.

—Apenas un vehículo largo, casi el diablo sobre ruedas. Aparte de eso, nada más. Gracias.

Sonreímos todos, aunque Rafa y Marga sin saber el motivo de nuestra aparente congratulación.

Nos adentramos en el salón dispuestos para el siguiente acto, una conferencia titulada *Viajes a los otros mundos*, a cargo de José María Santos, un escritor gallego de relatos sobre fantasmas y leyendas célticas. Me gustó mucho la presentación que Ricardo Rivera le hizo, tildándolo como un Hugo Pratt del relato sobre la aventura viajera. Así que, mientras mi mente se distraía con el recuerdo de *Corto Maltés*, me dispuse a pasar un buen rato. De momento Lovecraft no estaba a la vista en la sala.

José María Santos, como era previsible, resultó ser otro tipo modelo de entusiasmo y desparpajo en el habla, un parlanchín

desmesurado, muy chistoso y ocurrente. Aunque tampoco había leído nada de él, anoté en mi cabeza su nombre para indagar sobre su obra y leer alguna de sus obras.

Habló sobre diversos escritores y relatos viajeros, tanto en mundos ficticios alejados del planeta como en ficticios lugares de este mundo nuestro y, también, de lugares realmente existentes pero dotados del suficiente misterio por su lejanía o difícil acceso.

Su última novela, de muy reciente publicación, se llamaba *Mi oso polar y yo*, ambientada en silenciosos espacios y entre silenciosos esquimales, con un monstruo que nunca aparece salvo para dejar rastro de sus devastadoras acciones. La apunté porque el tema me interesó mucho y me hizo recordar el terrible relato *El Wendigo*, de Algernon Blackwood, uno de los incluidos en la ya mencionada edición de *Los mitos de Cthulhu* de mi juventud.

En esas estaba, pensando en *mis cadentes pies de fuego*¹, cuando localicé a Lovecraft. Otra vez lo había hecho. Estaba cuatro filas más adelante, esta vez en la zona de la izquierda. Quizá por eso no lo había visto antes, por sentarse en un lugar diferente aquella mañana. Eso me dije, como inútil remedio casero para disminuir mi mosqueo y turbación, porque estaba casi seguro de haber mirado también por aquella otra parte del salón antes de concentrarme en la conferencia.

Volví a José María Santos, que ahora —no sabía cómo había llegado a este punto— hablaba de la serie de televisión *Northen exposure*, conocida entre nosotros como *Dr. en Alaska*. Imaginé que llegaría a la serie por comparación paisajística o por similitudes o cercanías geográficas con los lugares donde se desarrollaba su novela ártica.

De nuevo me evadí un poco. Pensé en las encargadas de la cercana librería, las del parecido con *Ruth-Anne*, y en la singular coincidencia que suponía que ayer mismo yo hubiera pensado en *Dr. en Alaska* y que hoy lo hubiera mencionado el ponente. La serie

¹ Es una referencia al relato *El wendigo* de Algernon Blackwood. Es la frase que uno de los protagonistas emite al encontrarse con el extraño ser.

me había cautivado en su momento y su cancelación no me había gustado nada. Otra vez de vuelta en la conferencia, escuché como José María la proponía como representante de un género que llamó *comedia de etnoficción*, y del que también citó como pertenecientes al mismo a otras dos series, *Twin peaks* y, la menos conocida pero también excelente, *Picket fences*. Tildar de comedia a *Twin peaks* era arriesgado y casi pasarse de rosca. Con algunas de sus propuestas José María Santos se alejaba un tanto de la ciencia ficción pura y dura, pero no parecía que el personal se sintiera molesto o defraudado; muy al contrario, su discurso era seguido con atención, agrado y —así me pareció— gran aceptación de sus sugerencias y guiños.

Tras estas breves e ingeniosas digresiones televisivas, Santos continuó con los relatos y novelas, proponiendo desde *Los viajes de Gulliver* hasta la *Guía del autoestopista galáctico*, pasando por las *Crónicas marcianas* y, cómo no, por *Cita en Rama*, una de las mejores novelas de Arthur C. Clarke.

Durante el turno de preguntas que siguió, Lovecraft abandonó la sala y lo miré de reojo, sin movimiento aparente alguno por mi parte. Experimenté la vívida sensación de que sabía que yo estaba allí e incluso que sabía el lugar que ocupaba, a pesar de que no dirigió ninguna mirada hacia mis cercanías.

Lovecraft indaga

Domingo, 30 de octubre de 2005

Salimos al vestíbulo de la biblioteca y nos dirigíamos hacia las afueras en busca de un café cuando vimos a Javier Padre frente a nosotros. Entablaba conversación con Lovecraft, es decir, con Germán, que nos daba la espalda.

Nos acercamos a Javier, no sé si en su rescate o, simplemente, para que se uniera a nosotros. Pero, cuando llegábamos a su altura, nos leyó las intenciones y nos hizo un gesto de excusa con la mano con el que nos indicó que, de momento, no contáramos con él.

Dejamos a un lado a la pareja y miré a Germán, que no se había vuelto hacia nosotros. Impasible, me miró seriamente sin mediar palabra ni gesto alguno. No pude evaluar su falta de expresividad, ni proponerle o atribuirle estado anímico alguno, tal era su cara de figura de cera que parecía como dormido con los ojos abiertos.

—¿También Javier conoce a Germán? —le pregunté a Fernando en cuanto nos sentamos en la terraza.

—Ese era su nombre, ahora lo recuerdo. Germán. Germán Tavares, creo recordar. Pues no lo sabía; no sabía que se conocían.

—Parece un tipo algo tétrico —comentó Rafa—. ¿Quién es? Me sentí obligado a aportar algo de información y me adelanté a Fernando, que también parecía querer hablar.

—Anoche lo saludé en Zócalo. Coincidí con él el año pasado, en el congreso celebrado en Cádiz, pero no lo conozco apenas.

—Yo sólo lo conozco de haberme tropezado con él en el Colegio médico de Madrid. Presentó una candidatura hace años y, aunque no ganó, no sé si llegó a formar parte de la junta directiva un tiempo. No estoy seguro.

—Bueno... —habló Marga—, esto se está acabando. Ya sólo nos queda el fin de fiesta con el hombre invisible.

Hacía referencia a la siguiente conferencia, titulada *Transformaciones: Del hombre invisible al hombre lobo y a Mr. Hyde*. Estaría a cargo de Pedro Pablo Notocorda, el conocido periodista que llevaba un afamado espacio radiofónico sobre misterios en una importante emisora nacional.

Terminando los cafés se sentó con nosotros Javier Padre, que pasó inmediatamente a disculparse con todos.

—No me he podido zafar. Me ha abordado un extraño personaje y me ha entretenido tontamente.

—El tal Germán —asintió Fernando.

—No se ha presentado. Me ha felicitado por mi ponencia y me ha hecho algunas preguntas absurdas. A estos congresos no sólo va gente normal, también los hay raritos.

Reímos todos los raritos allí congregados y pasé a preguntarle directamente.

—¿Qué quería saber?

—Si yo manejaba datos o estudios sobre catástrofes futuras.

—¿Cómo terremotos o sunamis? —preguntó Marga.

—O invasiones extraterrestres —bromeó Javier—. No estoy seguro, hablaba muy extrañamente...

—Como si fuera un robot —aporté yo.

—Sí, eso es. Un robot o un cajero automático. Su tabaco, gracias.

—¿Y nada más? —me interesé.

—Creo que es homeópata, Javier —dijo Fernando—. Uno de esos médicos alternativos.

—Yo tengo medicamentos homeopáticos en casa —dijo Marga.

—Mira la fecha de caducidad, que es importante —le recomendó con cierta sorna Fernando.

En aquel momento, justo en aquel momento, pasó a nuestro lado Germán. Fue casi como una aparición y nos dejó a todos en silencio. Germán se detuvo por un instante y nos miró, inmutable. Nuestro silencio y el suyo eran incómodos. Un par de segundos

después, apareció una impostada sonrisa en su rostro y se dirigió a mí.

—Creo que sí que lo escribiré. Mucha suerte.

Y a continuación se marchó, sin decir ni hacer nada más. Lo vimos alejarse y desapareció de nuestra vista, ocultado por los viandantes domingueros que paseaban por la avenida.

—¿A qué venía eso? —preguntó Rafa.

Lo miré y medité mi respuesta.

—No sé si es un reto o una predicción.

La turbación no nos duró demasiado. Debíamos volver al salón y llamamos al camarero. Cuando entrábamos en la biblioteca, Fernando pareció recordar algo.

—¿Sabéis a quien me recuerda Germán? —preguntó.

Aunque conocía la respuesta, esperé a los demás. Fue Rafa el primero en contestar y el resto nos sumamos a su respuesta. Fernando asintió y confirmó el parecido.

—Tiene un cierto aire, desde luego.

El regreso

Domingo, 30 de octubre de 2005

Nunca había visto, aunque sí oído, a Pedro Pablo Notocorda. Me recordó físicamente a *Adam*, otro de los personajes de *Dr. en Alaska*. Por lo visto, este fin de semana me había tocado revivir la serie. Una lástima que no hubiera estado presente el viernes por la tarde, lo mismo podría haberme encontrado con alguna *Maggie*.

Como era habitual en sus programas de radio, Notocorda se explayó en su intervención. Esta fue larga y no demasiado original. Abundó en temas clásicos y tópicos. Sólo hizo un buen chiste: hay que ser muy buen dibujante para adaptar al cómic el hombre invisible. Como fin de fiesta estuvo bien, por tratarse de una persona afamada y popular, pero su ponencia fue la más floja del congreso.

Llegó el momento de la despedida y nos dimos los números de teléfono. Rafa y Marga, por supuesto, me invitaban a pasar por su bar de copas si recalaba en Madrid. Fernando me recomendó que me cuidara y me facilitó su tarjeta de visita. Ninguno del grupo se quedaba a comer en Moria y partían todos hacia la capital. Almorzarían en alguna zona de descanso, bastantes kilómetros más allá.

Yo tampoco me quedaba. Tenía previsto hacer lo mismo, pero en dirección Sur. Cuando llegaba a mi coche, pasó a mi lado un Dos Caballos. Era Javier, que me saludó ostentosamente por última vez. Lo vi alejarse y sentí algo parecido a la tristeza. Si bien no había hecho grandes amistades —ya es difícil a esta edad—, sí que había coincidido con personas simpáticas y competentes.

Cuando volví a pasar junto al hotel de Zócalo, se acrecentó mi melancolía, tal vez por acordarme de la escena del anciano con la copa de picón en la aldea portuguesa. Me prometí a mí mismo volver alguna vez a esta zona con mi mujer. A ella le agradaría y a mí me resultaría más acogedora toda la comarca en su compañía. Además, si volvía por la zona los posteriores recuerdos y sensaciones que surgieran se podrían volver más optimistas y placenteros.

A las nueve de la noche estaba en Ciciliana. Había sido un fin de semana bastante insólito y apretado. Menos mal que tenía preparadas las clases del lunes, cosa que organicé bien la semana previa al fin de semana del congreso.

Aquella noche tuve un extraño sueño, evidentemente bastante relacionado con los sucesos que había vivido esos días. Soñé con la serie *Dr. en Alaska*. Como suele suceder en los sueños, todo está mezclado y, por supuesto, yo mismo y otras personas de mi entorno aparecíamos en Cicely junto a algunos de los personajes habituales de la serie. No fue la última vez que soñé con ellos.

Más de un año en blanco

De noviembre de 2005 a abril de 2007

A mi regreso me centré en mis clases y con el paso del tiempo pensé menos en mis extrañas experiencias. No las llegué a olvidar, pero pasaron a un segundo plano, sobre todo porque, aunque las compartí con Julia, ésta no se las tomó demasiado en serio a pesar de que escuchó con atención mi relato. Su serena actitud me volvió a colocar en la realidad y puede decirse que me desmotivó para compartirlas con mi cuñado, así que no le conté a Raúl inicialmente nada más que algún que otro detalle sobre el propio congreso y los invitados. Lo único que sí le referí fue lo relativo a la inquietante presencia de Lovecraft. No le conté lo de los coches hasta unas semanas después y, cuando lo hice, me pareció que se lo tomó muy en serio por el discreto silencio que guardó. No volvimos a tocar el tema en los meses siguientes.

Seguí suscrito a la asociación y recibí informaciones y libros que recopilaban interesantes relatos escritos por autores nacionales. Cuando llegó el momento del siguiente congreso descarté enseguida mi presencia en él porque se celebraría muy lejos, en Barcelona, y no me cuadraban bien las fechas. Creo que también fue un alivio que se celebrara en un lugar que me presentaba dificultades porque así me evitaba afrontar una especie de reto que, de alguna forma, tenía pendiente. Como tampoco tenía demasiadas ganas de hacerlo y, en mi interior, coleaba aún cierta inquietud ante lo inexplicable, puede decirse que mi conducta de evitación me proporcionó la paz que todo mecanismo de defensa aspira a conseguir; una paz algo falsa pero suficientemente rentable.

En El Colmo de la calle Olmo

Sábado, 1 de mayo de 2007

Tras este paréntesis de más de un año desde los sucesos del congreso de Moria, mi mujer y yo recalamos en Madrid para pasar unos días con ocasión del puente que nos brindaba nuestro trabajo. Nos alojamos en un hotel de la calle Leganitos y la primera noche acudimos a la calle Huertas con la intención de cenar y escuchar música en directo. Estando allí me acordé del bar de copas de Marga y, como estábamos cerca de la calle Olmo, le comenté a mi mujer que podíamos pasarnos por allí al día siguiente. No es que yo tuviera especial interés, pero algo de curiosidad sí sentía. Julia accedió.

Aparecimos en El Colmo una tarde de sábado. Era un buen local, bastante atractivo, al que se accedía tras superar un par de escalones. Nada más entrar, a la izquierda estaban dispuestos algunos taburetes altos junto a un gran mostrador, más allá del cual, y tras superar una especie de frontera compuesta por un trío de columnas y un par de arcos, el local continuaba dando paso a un amplio salón salpicado de pequeñas mesas bajas y algunos cuadros colgados que catalogué como de soledad hopperiana. La pared del fondo acogía un antiguo piano vertical que, por su descuidado aspecto, me imaginé que no funcionaba y que sólo estaría allí como atrezo.

Con algo más de media entrada de público, el ambiente, que era discreto y relajado, se animaba contenidamente en un rincón de este salón por la música en directo de un dúo de artistas locales. Eran, nada más y nada menos que Menma y Danny Boy, unos desconocidos entonces, que triunfarían en la década siguiente cuando se les unieron el teclista A. McHill, el armónico Louie Louie, el guitarrista House Verejan y el batería House M. Hendrix para formar el grupo *Masconato Circle*.

Al preguntarle por Marga, la guapa chica que atendía el mostrador nos dijo que estaba por llegar. Decidimos ocupar unos taburetes en la barra y pedimos unas cervezas. Nos la sirvió con especial concentración al tirarla, inclinando el vaso bastante y

subiéndolo poco a poco, hasta lograr la cantidad de espuma que quería conseguir. Nos acercó las copas con lo que me pareció que era un manifiesto orgullo y le di las gracias.

Justo cuando los músicos, desde el fondo del salón, atacaban la estrofa final del tema *Repeating whitout shadows*, entró Marga en el local y pasó junto a nosotros, rodeándonos, para poder colocarse tras la barra. La saludé y, aunque me correspondió, no me reconoció. Inmediatamente después, tras un instante de duda, volvió a mirarme haciendo un visible esfuerzo por lograr identificarme. Yo le sonaba, pero no tanto como para acertar a la primera.

—Pero... Bueno... —dijo mientras sonreía un poco.

—Ángel —la ayudé—. Ciencia ficción.

—¡Ángel! ¡Claro!

Le presenté a Julia y esperé, prudentemente, su reacción. No pregunté directamente por Rafa porque, dado el ritmo y las vueltas de la vida, nada garantizaba que siguieran juntos.

—¿Y cómo te van las cosas? —le pregunté mientras mi vista recorría el bar y veía cómo los músicos recogían sus bártulos tras dar por terminada su actuación—. El local es magnífico.

—Ya ves. Luchando. Rafa vendrá luego.

Perfecto. Seguían juntos. Un problema menos. Siguió hablándonos un rato hasta que fue requerida por otros clientes. Su tono era jovial y me pareció que, tras la sorpresa y sus dudas iniciales, Marga recuperaba la naturalidad que yo recordaba que desplegó en Moria.

—No estuviste en el último congreso, el que se celebró en Barcelona —me espetó una de las veces que se lo permitió su tarea tras la barra. La otra chica había dejado el mostrador y atendía las mesas.

—No, no pudo ser —dije disculpándome.

—Se armó una buena. Mira, enmarcamos el cartel del congreso. Está allí. —Señaló hacia el fondo del salón y pude vislumbrarlo a duras penas. Se encontraba en la misma pared donde estaba ubicado el piano.

—¿Qué ocurrió? —le pregunté volviendo al tema aludido, al parecer, algún incidente.

—¿Te acuerdas del tipo raro?

Me imaginé que se refería a Lovecraft, claro. Como para olvidarlo, pensé.

—¿El que se parecía a Lovecraft?

—Sí, ese. Rafa le puso ese mote. Dice que es igualito.

Pasaron unos segundos de silencio. Yo permanecía a la espera de sus noticias sobre Lovecraft.

—Su coche se estrelló contra una de las casetas de la feria.

—¿Cómo?

—Sí. En Barcelona, las casetas del congreso estaban montadas al aire libre, en un parque al lado del edificio de las conferencias. Y la primera tarde, nada más llegar, Lovecraft se estrelló contra la caseta de una de las editoriales de ciencia ficción.

—¿Y...?

—No hubo víctimas. Ni siquiera él sufrió daños. Rompió el mostrador, pero nadie resultó herido. Un montón de libros y recuerdos por el suelo; un desastre, pero sin muertos ni heridos.

—¡Pues vaya! Debió ser desagradable.

—Y muy extraño. No iba bebido, pero algo raro le debía ocurrir. Rafa estuvo muy mosqueado con todo esto durante mucho tiempo.

—¿Y qué fue de él? ¿Se marchó o siguió asistiendo al congreso? Como dices que sucedió la primera tarde...

—Estuvo, estuvo. Ni siquiera su coche sufrió grandes daños.

—¿El Dos Caballos?

—El Dos Caballos.

Marga se apartó un poco porque seguía atendiendo el negocio. Volvió al rato y me dijo que, si quería hablar con Rafa, no tardaría en aparecer. Consulté a Julia y ésta asintió. La música ambiental de fondo —ahora procedente de un equipo musical— y el lugar eran muy agradables. Decidimos ocupar una mesa y la chica

nos volvió a servir cerveza. La miré, fascinado por su imperturbable comportamiento y técnica. Debía ser toda una experta.

Cuando llegó Rafa, se pasó por la barra para buscar a Marga. Ella señaló hacia nosotros y me levanté para saludarlo. Se alegró por el encuentro y se interesó por mí.

—¿Sigues en la enseñanza?

—Sigo en el tajo. ¿Y tú qué tal?

—Muy bien. No me puedo quejar.

—La que se queja soy yo —comentó, ocupada, Marga—. En cuanto pueda le traspaso el negocio a Palma —dijo mientras miraba a la chica de la barra—. A ella le entusiasma la idea.

Rafa se sentó con Julia y conmigo. Tras las presentaciones, saqué el tema que había iniciado Marga.

—Sí, todo muy extraño. Lovecraft no parecía una persona.

—¿A qué te refieres? —Yo me sentía cada vez más intrigado. No me iba a librar de Lovecraft nunca.

—¿Recuerdas cómo hablaba? ¿Recuerdas que parecía una máquina?

—Es verdad. Parecía un robot cuando hablaba.

—Eso. Hablaba como un robot, como si estuviera programado, como un muñeco. Hasta su gestualidad era forzada.

La cara de muñeco, su rostro inexpresivo y plano, su esforzada y antinatural sonrisa... Todo lo recordaba muy bien. Incluso sus palabras. Rafa siguió informando.

—Estaba muy locuaz. Habló una vez con nosotros tras el accidente.

—¿Contigo y con Marga?

—Y con Fernando. ¿Te acuerdas de él?

—Sí, por supuesto.

—Nos dijo cosas extrañísimas.

—¿Más predicciones?

Rafa se quedó pensando. No esperaba este comentario por mi parte o se le habría olvidado el asunto.

—No. Predicciones, no. Nos dijo que no le veía sentido a este tipo de congresos.

—¿Eso dijo? ¿Qué no le veía sentido? ¿Por eso la emprendió contra los expositores?

—Fernando opinaba que no estaba bien de la cabeza. Que deliraba y necesitaba tratamiento psiquiátrico. La verdad es que el tipo parecía algo confundido.

—Ya. Quizá por el accidente...

—No tanto por eso. Fernando dijo que parecía un poco extravagante. Mencionó la hebefrenia.

Rafa hizo una pausa y siguió con su explicación.

—Nos dijo que se podía vivir en diferentes cuerpos y que él sabía lo que era eso.

Julia casi estalla en carcajadas. Ni a Rafa ni a mí nos hacía tanta gracia la historia porque nos trasladaba a otra esfera.

—¿La Gran Raza²? —propuse medio en broma, medio en serio.

Rafa volvió a callar un momento. Me miró y habló muy despacio.

—Y hay otra cosa, Ángel.

—¿Qué?

—Nos preguntó por ti.

—¿Por mí? —Sentí que me invadía cierto nerviosismo.

—Sí. —Me miró seriamente—. Nos preguntó si nuestro amigo escritor había terminado su relato. Al parecer no te ha olvidado.

Yo tampoco, pensé. Julia me miró, ya no tan risueña. Pensaría que me volvían las neuronas.

La futura dueña del negocio, Palma, se acercó para ver si queríamos algo más. Julia le pidió un Whisky, mientras que Rafa y yo repetimos cerveza.

—La tiras muy bien —le dije con toda la naturalidad que me quedaba, que no era mucha.

Sonrió. Creo que le agradó mucho el comentario porque tendría ocasión de volver a exhibir su técnica. La seguí con la mirada

² Es una referencia al relato *En la noche de los tiempos*, de H .P. Lovecraft.

y caí en la cuenta de que me recordaba a otra persona, a una que había sido profesora de mi centro. El parecido era indudable. Me dejé llevar. ¿Ocupaba Palma ahora otro cuerpo? Estimadas neuras de Ángel, sean ustedes bien recibidas. No seas tan duro contigo mismo. Al fin y al cabo, por las intenciones que Marga había expresado, era muy probable que en los próximos tiempos Palma pasará a ocupar no otro cuerpo, pero sí otro puesto. Algo es algo.

Un curso de reciclaje para el profesorado

Lunes, 4 de febrero de 2008

Es bastante corriente que la Consejería de Educación, para la que yo y Julia trabajábamos, organizara a través de una de las instituciones más criticadas por los funcionarios —los Centros de Formación del Profesorado—, actividades de reciclaje para los profesores. Podían ser jornadas, cursos, conferencias o talleres didácticos sobre distintos temas y/o técnicas, todo ello con la sana intención de ponernos al día, a pesar de que su productividad no siempre era la idónea o la pretendida por la Administración. Por mi parte, cumpliendo con el trámite de cursar un número mínimo de horas dedicadas a estas actividades, reconozco que algunos de estos cursos estaban bien montados y, por lo general, saqué provecho de la mayoría de los que llegué a realizar.

En febrero de 2008, me matriculé en unas jornadas de exploración clínica que se impartirían durante un par de semanas en un instituto de Puerto Real. Me interesó el temario y, sobre todo, me interesó lo de siempre: la oportunidad de volver a contactar con compañeros de otros institutos que también acudirían a estas jornadas. Si bien el contacto diario con mis compañeros de departamento era bastante fructífero, también me apetecía contrastar nuestros criterios y programas con los de otros centros y este tipo de encuentros facilitaba esta labor.

Un lunes por la tarde de principios de febrero, me presenté en el IES Los Toruños de Puerto Real para realizar el curso de actualización. Nos ubicaron a los asistentes —una treintena de profesores de la rama sanitaria de formación profesional— en dos grupos —dos quincenas largas—, repartidos en diferentes aulas en las que pasamos a ocupar las bancadas de los alumnos. Nada más llegar, coincidí en mi grupo con una antigua compañera de la Facultad de Medicina, Lidia Smith Brown, quien, a pesar de sus apellidos, procedía de familia gaditana. Era profesora en otro instituto y, aunque hacía tiempo que no nos veíamos, guardábamos gran complicidad desde nuestros pasados tiempos de estudiantes y,

además, era la ex de un buen amigo a quien ya hacía tiempo que yo no trataba. Eso fue más que suficiente para que nos sentáramos juntos, dispuestos a ponernos al día tanto de los contenidos del curso como de las historias —e historietas— profesionales que quisiéramos compartir. Al contrario de lo que me sucedía a mí, ella no tenía la suerte de contar en su centro de trabajo con compañeros de departamento que fueran muy de su agrado, y algunos de estos estaban también presentes en este curso. También los había de mi instituto, pero mi afinidad y admiración para con Lidia venció a mi tendencia natural a sentarme entre mis compañeros de todos los días. Lidia tildaba a los suyos directa y contundentemente de gilipollas, calificativo tan significativo y demoledor como apropiado, según lo que yo ya sabía por los rumores y sucesos que me habían llegado desde hacía años. Su único y afortunado apoyo en su instituto era la presencia y camaradería de otra buena profesora —Enriqueta, también conocida mía—, que compensaba con creces la sinvergonzonería e inutilidad del resto. Enriqueta no se había apuntado a este curso, así que, por todas y cada una de las razones antes mencionadas, nuestro emparejamiento en este grupo de trabajo estaba, por así decirlo, más que cantado.

Maryra había sido muy competente como estudiante durante la carrera y su fama como buena profesora de las materias que impartía era cosa conocida y reconocida en nuestro gremio. Además de ser profesora, Lidia también ejercía la medicina en un centro médico privado, en el que realizaba reconocimientos y pruebas a deportistas y a conductores.

Entraron dos sujetos en la clase y se colocaron junto a la mesa del profesor, frente a nosotros. Uno de ellos era Antonio Arieta, un responsable del centro del profesorado al que ya conocía y con quien guardaba buenas relaciones, encargado de presentar al ponente de este primer día, el individuo tan serio que permanecía a su lado. Me llevé una buena sorpresa cuando Arieta mencionó la especialidad y el nombre de su acompañante: el neurólogo Luis Orlando Villaluenga.

Sí señor. El mismo neurólogo que me había citado el padre Fidel más de veinte años atrás como líder... o capitán o presidente o director general, ¡qué sé yo!, de un extraño club para iniciados en, tampoco sé bien, qué rollos y misterios vitales.

Lidia y yo nos miramos fugazmente. Por la mirada de entendimiento, atisbé que ella también habría oído hablar de algo raro sobre este tipo en el pasado. Ya lo hablaríamos después. Por lo pronto, seguimos escuchando la presentación de Arieta y nos enteramos de que Villaluenga era también profesor del ramo sanitario en un instituto madrileño. Al parecer, ya no seguía ejerciendo como neurólogo y se dedicaba a la docencia, como nosotros. Era una trayectoria poco común, mucho menos que la de los que hoy tenía delante como alumnos —médicos generalistas, diplomados en enfermería y algún licenciado en Farmacia—, profesionales que, con raras excepciones como la de Lidia, no ejercíamos en la práctica nuestra profesión más que en la docencia.

Villaluenga hablaba con voz engolada, cosa que me llevó también a pensar en Fernando, el neurólogo madrileño que conocí en Moria y que relacioné a su vez con el personaje del *profesor Tornasol* de los tebeos de *Tintín*. La verdad es que yo no había tratado con muchos neurólogos, pero, ahora que lo pensaba, mi neurólogo de referencia en el sistema público de salud, el Dr. Sopena, también hablaba así: altisonante, engolado y con ridículo pito gregoriano. Entiendo que todo esto de la voz no sería más que una coincidencia, pero lo apunté en mi mente por si tenía la oportunidad de conocer a más neurólogos. *Nunca se sabe*. Lo mismo existía algún gen de regulación del habla que correlacionara con la manifestación de algún otro destinado a la vocación o inclinación por la neurología. Reí para mis adentros por mi ocurrencia a la vez que sentí ganas de dirigirme a Lidia engolando mi voz. Me contuve.

Villaluenga no nos mostró ninguna técnica de exploración que yo ni la mayoría de los presentes desconociéramos. Hizo un repaso de las, según él, más apropiadas para utilizar en el desarrollo de nuestras clases y creo que tan solo algunos enfermeros y el farmacéutico se beneficiaron de su ponencia, más que nada por

curiosidad profesional, ya que raro sería que este tipo de maniobras diagnósticas entrara a formar parte de los contenidos que enseñábamos a nuestro alumnado de formación profesional. Inspecciones, palpaciones, percusiones, medidas antropométricas, auscultaciones, maniobras articulares y exploraciones de diversos reflejos fueron mencionadas y descritas aquella tarde para ser, en el mejor de los casos, actualizadas por quienes las habían obviado como contenidos apropiados para sus clases.

Al final de la ponencia, Lidia y yo nos acercamos para despedirnos y darle las gracias por su intervención. No es que fuera preciso, pues ya digo que poco nos aportó, pero ya le había dicho a Lidia que quería preguntarle algo y le había pedido que me acompañara.

Lidia se prestó gustosa —siempre fue muy amable conmigo— y me beneficié un poco de su protección, pues no las tenía todas conmigo. Durante la tarde había rememorado mi encuentro con Fernando y los otros madrileños en Moria —así como nuestra común extrañeza ante Lovecraft—, por lo que había decidido preguntarle a Villaluenga si lo conocía o sabía algo de él. Como el tal Villaluenga figuraba en mi conciencia y mi memoria como un oscuro y algo desechable recuerdo, le pedí a Lidia que estuviera a mi lado en el momento de abordarlo.

De este modo, tras felicitarlo y agradecerle su ponencia, le pregunté como el que no quiere la cosa y está algo despistado.

—¿Por casualidad conoces a un médico en Madrid de nombre Germán Tavares?

Villaluenga me miró con mayor atención que hasta el momento y, quizá, con algo de prudencia e, incluso, un cierto matiz de alerta que creí vislumbrar en su rostro. Igual le molestaba el tuteo.

—¿Germán Tavares, el homeópata? —me preguntó a su vez, lentamente, como calculando algo.

—Sí. —Dejé pasar unos segundos para justificar mi pregunta—. Coincidí con él en un congreso.

—¿Eres homeópata también? —Aceptó el tuteo.

—No. Era otro tipo de congreso. Uno dedicado a la ciencia ficción.

Villaluenga permaneció en silencio más tiempo de lo que una superficial conversación acerca de *quién conoce a quién* solía requerir. Parecía sondear el terreno que pisaba y seguía sin confirmarme nada. Por su parte, Lidia, a pesar de su amistad y amabilidad, debía estar sintiéndose testigo de una muy extraña conversación que no sabía a qué conduciría. Yo tampoco lo sabía. Finalmente, Villaluenga se decidió.

—Sí que lo conozco, aunque no mucho. He coincidido con él en el Colegio Médico. Creo que también investiga y, desde luego, escribe libros. Sobre historia de la medicina, me parece. Escribió uno sobre medicinas alternativas y yo asistí a su presentación en el Colegio Médico. Un trabajo muy interesante.

Bueno, algo de información sobre Germán Tavares sí que parecía tener nuestro neurólogo. Al menos, eso pensé tras el resumen que me había hecho para responder a mi pregunta.

Así que Historia de la Medicina. Se acumulaban las coincidencias. Estaba previsto que el otro ponente de este curso de actualización profesional nos diera un repaso precisamente sobre la Historia de la Medicina, una materia por la que la mayoría de estudiantes de la carrera mostrábamos poco interés y que, en mi caso, sólo ahora me prestaba a retomar con cierta curiosidad.

Tras computar esta información bailaron en mi cabeza nombres como Hipócrates, Galeno, Harvey, Servet y otros. Era inevitable que, dado mi peculiar carácter, también apareciera Paracelso en mi mente. Paracelso, un cierto referente para la alquimia. Mi mente voló de la alquimia a la homeopatía y encontró en Paracelso —que no es más que un sobrenombre— otro apodo para Germán.

Las coincidencias y mis imaginaciones no terminaban ahí, pues, recordé que, precisamente Lidia, a quien miré de reojo en ese momento, había realizado durante la carrera y como parte de su evaluación en dicha asignatura, un trabajo sobre el viaje que Paracelso realizó a Tierra Santa. ¿También iba a meter yo a Lidia en

el ajo? Ya era tarde y estaba hecho. Ella me devolvió la mirada aparentando indiferencia. Aunque no tuviera ni idea, ya estaba metida.

—Te lo pregunto —le aclaré al neurólogo— porque no tengo contacto con él y me consta que se interesó por mí en el último congreso, al que no pude asistir.

Villaluenga permaneció en silencio y lo sentí algo incómodo por mi insistencia. Ante ello, decidí cortar por lo sano y dar por terminada la conversación.

—No tiene la mayor importancia —le sugerí para terminar—. Ya coincidiré con él en algún momento.

—De todas formas... —Villaluenga parecía tener algo que aportar—. Si lo veo... lo puedo saludar de tu parte.

Extraño. Ahora lo sentí interesado. No me cuadraba. ¿Lo conocía solo un poco o lo conocía más de lo que decía? Eso de ofrecerse a saludarlo de mi parte me sonaba mucho más a esto último. Al momento me vino a la mente lo del maldito número de teléfono que nunca me facilitó el cura Fidel. Decidí avanzar casi impulsivamente.

—Lo mismo el padre Fidel me puede facilitar un teléfono para dar con él.

Su rostro fue todo un poema; se transformó en máscara blancuzca y, ante su reacción, me sobrevino un cierto sentimiento no sé si de piedad o de arrepentimiento por mi conducta. En aquel momento yo no sentía ya ningún temor. Al contrario, fue un paso adelante para atajar mis fantasmas. Algo despiadado, eso sí.

Nos despedimos de Villaluenga hasta el miércoles por la tarde, ya que alternaría sus dos días como ponente en nuestro grupo con el profesor ponente que se había ocupado de la otra quincena de profesores. Este otro profesor actuaría ante nosotros el martes y el jueves.

Creí llegado el momento de explicarle algo a Lidia y me dispuse a contarle lo poco que yo sabía a ciencia cierta de toda la historia que arrastraba, si es que ella tenía tiempo. Accedió, muy

interesada. Llamé a Julia para decirle que llegaría un poco más tarde para cenar.

Conversación con Lidia

Lunes, 4 de febrero de 2008

Lidia y yo nos dirigimos a una cafetería ubicada en el cercano paseo marítimo de la localidad. Mientras llegábamos empecé a contarle la historia de mis congresos de ciencia ficción, la presencia en ellos de Germán Tavares y la impresión que nos había causado a mí y a mis conocidos. No le mencioné las desapariciones de los automóviles porque no me pareció aún necesario.

Con respecto a Villaluenga, apenas inicié el relato de la misteriosa llamada telefónica que el cura Fidel me propuso, Lidia me recordó que ella también conocía aquella historia. Reflexioné y até cabos. Claro. Pedro —su ex ahora y novio por entonces— era uno de los dos amigos que se habían presentado aquella lejana y singular tarde en casa de mis padres con el cura. Ahora entendí mejor nuestro cruce de miradas en el momento de sernos presentado el tal Villalengua como neurólogo.

Ya sentados en la cafetería y ante las bebidas que pedimos, terminé de componer la historia casi en su totalidad y consideré que podía ser el momento de compartir con ella lo de los coches que nunca me adelantaron. Tenía mis reservas porque la opinión de Lidia, a pesar de nuestro distanciamiento y falta de contacto habitual desde que se separó de Pedro, siempre me pareció muy valiosa y certera. No solo es que las mujeres inteligentes lo sean, sino que suelen ser más inteligentes que los hombres en muchos asuntos, sobre todo en aquellos que nos obligan a tener los pies sobre la tierra —bien mirado, así son casi todos los asuntos—. Por otro lado, la lealtad mostrada por Lidia para conmigo al exponerse a mi lado ante Villaluenga y no pestañear durante la extraña conversación, me instaba a confiar en ella y a sincerarme. Me arriesgué.

Conocedora ya de, prácticamente, todos los detalles de lo extraños sucesos, Lidia permaneció en silencio mientras los asimilaba. Cuando habló, después de echar un trago a su bebida tónica, me salió con una extraña propuesta.

—Acabo de ver, hace unos días, una película que creo que te interesará.

Me sorprendió el giro que parecía que iba a tomar nuestra charla. No obstante, fui prudente y respeté su decisión.

—¿Cuál?

—Se llama *El hombre de la tierra*.

—No la conozco.

—Es una rareza y me han facilitado una copia que no es que sea muy buena, pero sí lo suficiente como para disfrutarla. Es una copia subtitulada.

Siguió una pausa que podía haber sido el comienzo del fin de nuestra extraña cita en la cafetería, ya que el tema que nos había llegado allí parecía haberse agotado. No era así.

—Tienes que ver la película. Es ciencia ficción de la buena y te hará pensar todavía más en cosas como las que te preocupan ahora.

—¿Me adelantas algo?

—Mejor, no. Mañana te la traigo. Por lo que te conozco y por lo que me has contado, veo que no han cambiado mucho tus gustos en este terreno, así que creo que disfrutarás con ella.

Lidia se expresaba, como siempre, de forma muy precisa y con una dicción casi castellana, lo que siempre fue motivo de sorpresa, y hasta de sospecha, por parte de todos los amigos cercanos, andaluces de inequívoco deje.

—¿Vuelves a tener pareja?

Le hice esta pregunta porque, de pronto, me surgieron recuerdos que me trasladaron a unos felices años pasados de los que ella formaba parte, en compañía de una pandilla juvenil ahora irremisiblemente desperdigada

—Vuelvo a tenerla. Tenemos que quedar para que la conozcáis, si os apetece.

—Nos apetece.

En la cafetería sonaba la canción *My Back Pages*, en la versión de The Traveling Wilburys. Me pareció un afortunado subrayado para la ocasión y, por un momento, me trasladé en el tiempo a

mediados de los años noventa, cuando cada vez que entraba en el desaparecido local El Blues, del centro comercial Bahía en Lugar del Puente, mi primera acción era seleccionar este tema en la gramola. Ser más joven. Ser ahora más joven, a pesar de todo.

Segundo día con el neurólogo

Miércoles, 6 de febrero de 2008

Como ya mencioné antes, el martes nos dio la clase el otro ponente del curso, un fisiólogo que, a pesar de su especialidad, basó su ponencia en un curioso repaso sobre las exploraciones médicas en la Historia de la Medicina. Sus dos días de intervención estuvieron, en mi opinión y la de Lidia, más que correctos.

El miércoles volvimos con Villaluenga y, como ya nos había anunciado previamente, continuó con lo iniciado en la primera jornada, completando hasta el final el programa que había diseñado para este curso. Tuvo para mí el mismo grado de interés. Muy poco en lo relativo a su contenido y cierta intriga y curiosidad por ver cómo se desenvolvía Villaluenga tras el primer día y tras nuestro breve contacto.

Su exposición discurrió en el mismo tono pedante de su declamación habitual. Previamente, nos anunció que tras el descanso que haríamos nos animaría a practicar entre nosotros mismos determinadas técnicas de exploración, y también que, si queríamos aportar alguna experiencia para compartir con él y con los compañeros allí presentes, tendríamos esa oportunidad. Este último es un recurso que, bien utilizado, puede enriquecer cualquier clase, pero que, muy frecuentemente, no deja de ser un truco para rellenar un temario que se le ha quedado corto al ponente. Así, con la excusa de un bienintencionado fomento de la participación de los asistentes, el supuesto experto —bastante caradura— de un curso esquelética y deficientemente diseñado se aprovecha del trabajo de los que supuestamente saben menos y han acudido al mismo para aprender. Lo he visto muchas veces.

A pesar de la reticencia que acabo de exponer, no sentí que Villaluenga se posicionara entonces claramente como caradura. Una cosa es que los contenidos que desarrolló fueran más o menos útiles para todos nosotros y otra que no se los hubiera preparado o los expusiera mal.

Al llegar el descanso, Villaluenga se aproximó a nuestra banca —Lidia y yo seguíamos sentados juntos— para saludarnos. Cuando lo vi acercarse me extrañó un poco. Cuando dijo lo que dijo me extrañé aún más.

—Mira por dónde, ayer hablé con Germán Tavares —me informó.

Me quedé algo asombrado. ¿No decía que apenas lo conocía? ¿En qué quedábamos? Ciertamente que mencionó que, si coincidía con él, lo saludaría de mi parte, pero esto... Por otro lado, me sorprendía que se dirigiera a mí después de mi comentario sobre el cura Fidel y el telefonito. ¿Estaba contraatacando Villaluenga? Parece que sí porque siguió explayándose.

—Me dice que te pregunte si has terminado el relato.

Lo que faltaba. No sólo se conocían, sino que, encima, o estaban en el mismo rollo o Lovecraft utilizaba o manejaba a Villaluenga como enviado para hacerme llegar su seguimiento; o que no me olvidaba; o que hasta la próxima; o que....

Lidia acudió a mi rescate.

—¿Es ese relato cómico del que me hablaste?

Miré hacia ella y, no sé por qué, reparé en ese momento en la pequeña cruz egipcia que lucía en su colgante al cuello. Creo que ayer no lo llevaba, pensé. Villaluenga, que permanecía a la espera de una respuesta, parecía confundido.

—Sí, el de humor —le contesté con una sonrisa—. Lo retomo a ratos y no sé si llegaré a terminarlo algún día.

Me volví hacia Villaluenga, que ya emprendía la retirada, para darle alguna contestación que le pudiera hacer llegar a Germán.

—Salúdalo de mi parte. El otro día entendí que no estabas en contacto con él.

—Casi nada. Pero ayer estuve hablando con un amigo común y coincidió que estaban juntos. Una cosa llevó a la otra.

No me lo tragué, pero lo dejé pasar. No podía hacer otra cosa.

—Es casi acoso a distancia, Ángel. ¿En qué puñetas anda metida esta gente? —Lidia parecía mosqueada.

—No sé si quiero saberlo. Por cierto, me gusta esa cruz que llevas.

La tocó mientras sonreía y me respondía en tono algo burlesco.

—Me confiere grandes poderes.

—Tomo nota. Estuviste muy rápida con tu salida sobre un relato cómico. Creo que se ha quedado sin ganas de seguir explorando sobre mi supuesto relato.

—¿Estás escribiendo algo?

—Nada en absoluto. Todo viene de una confusión o mala interpretación del tal Germán.

Tras el descanso llegó el momento de las actividades prácticas y de nuestras propuestas. Nadie se animaba. Villaluenga pareció por un momento algo apurado y, a la vista de nuestra falta de entusiasmo, las pruebas que realizamos fueron las que él tenía previstas. Una de ellas era la prueba de Unterberger para explorar el equilibrio durante la marcha. Nadie parecía conocerla y reí para mis adentros pues no sólo la conocía, sino que la había realizado algunas veces en mis clases, intentando con ello distraer un poco a mis alumnos.

En realidad, lo que yo hacía en mis clases era una especie de juego derivado de esta prueba de Unterberger. Recordé algo que había hecho conjuntamente con Carlos, un profesor de Educación Física de mi centro, también médico, con ocasión de un encuentro entre su alumnado de TAFAD³ y el mío de auxiliares de clínica.

Dejé que Villaluenga explicara el sentido neurológico de la prueba y, tras sus palabras, le propuse efectuarla en las condiciones

³ TAFAD: Siglas de Técnico en Actividades Físicas y Animación Deportiva. Son siglas que utilizaron durante muchos años los estudiantes de formación profesional del Grado Superior en Actividades Físicas y Deportivas. Es un caso bastante común, utilizar siglas de una titulación anterior para referirse a una nueva. Por ejemplo, siguió siendo bastante común durante un tiempo referirse a un DUE (Diplomado Universitario en Enfermería) como si fuera ATS (Ayudante Técnico Sanitario).

que yo le sugerí. Aceptó hacerlo así y, de alguna forma, me cedió la iniciativa de esta práctica

—Nos vamos a reír —le comenté a Lidia, que estaba intrigada.

Hacía falta un voluntario y fue el licenciado en Farmacia del grupo el que se prestó. Era un tipo alto y corpulento, de treinta y tantos años, que muy bien podría haber interpretado al monstruo de Frankenstein en una película de risa. Informé al grupo de las condiciones de silencio y oscuridad requeridas para la prueba, al objeto de que el *paciente* —que, encima, tendría que cerrar y vendarse los ojos— no pudiera tener información visual para orientarse durante el transcurso de la prueba. Esta consistía —en esta adaptación escolar, medio prueba y medio juego— en solicitarle al individuo que caminara sin desplazarse sobre el terreno, elevando bastante las rodillas en cada paso y contando en voz alta hasta llegar a cien. Apartamos las mesas y las sillas para dejar un buen espacio central en el aula y colocamos al farmacéutico allí.

Yo ya sabía que el tipo se desviaría y se desplazaría poco a poco de su posición, llegando a colocarse unos pasos más allá del lugar de partida y cambiando la dirección hacia uno u otro lado. Lidia y el resto de los presentes aguantaban la risa a medida que el voluntario se iba alejando de la *casilla de salida* que no debía abandonar.

Cuando llegó a los cien pasos, encendimos las luces y le quitamos la venda de los ojos. Se sorprendió mucho cuando comprobó que se había desviado dos metros hacia delante y girado más de noventa grados a la derecha. Los compañeros reían a mandíbula batiente. El neurólogo no lo hacía y me miraba algo tenso, no sé si porque sospechaba que no me tomaba demasiado en serio la prueba o a él mismo. La inicial cara de desconcierto del farmacéutico me trasladó por un momento a mi situación de extrañeza tras la súbita desaparición de los coches que pretendían adelantarme. Más allá de las risas de los presentes, la mirada torva del neurólogo se añadía a la desagradable sensación que otra vez ocupaba mi mente.

Me volví hacia Lidia para sentirme mejor y le conté que, alguna vez durante mis clases —y también cuando las llegué a compartir con Carlos— pasaron la prueba dos alumnos de forma simultánea —como si compitieran entre sí— y que, en estas condiciones, el resultado era aún más jocoso porque no solo podían cruzarse en sus ciegas trayectorias y giros, sino que hasta podían colisionar entre ellos. También le dije que este juego lo había llegado a practicar en reuniones familiares o de amigos, incluso dejando a la víctima a solas en el salón donde, concentrado en su conteo en voz alta, se desplazaba por el espacio de forma torpe e imprevisible, mientras que con gran discreción íbamos abandonando la estancia los demás.

La mención de estas anécdotas me facilitó terminar esta jornada de buen humor, a pesar de la algo turbadora presencia de Villaluenga. Nos despedimos de él en la creencia de que ya no coincidiríamos al día siguiente.

Al salir, Lidia se acordó de que me había traído un disco compacto con la película que me había prometido. Me lo dio y quedamos para el día siguiente, el último de este curso de actualización, donde seguiríamos con nuestro pequeño viaje histórico.

Esa misma noche, Julia y yo quedamos encantados y sorprendidos por la historia que presentaba *El hombre de la Tierra*. Me pareció muy curiosa y, sobre todo, un gran hallazgo que debía compartir con mi cuñado y otros amigos interesados. Me imaginé que se convertiría en los siguientes años en una referencia obligada para todo friki y para todo componente o miembro de mi asociación de ciencia ficción, fantasía y terror. Otra vez voló por mi cabeza mi Lovecraft, esta vez en su versión Saint Germain.

Una carta

Miércoles, 20 de febrero de 2008

Dos semanas después de finalizar el curso de actualización, el conserje de mi instituto me hizo entrega de una carta dirigida a mí. Como en otras ocasiones, pensé que se trataba de algo relacionado con la Administración educativa, pero enseguida comprobé que no era nada de eso. El remite era muy sucinto, sin dirección alguna, pero con el nombre escrito con muy buena letra: Dr. Germán Tavares.

Ni decir tiene que me asombró visiblemente recibir este sobre y el conserje debió notarlo.

—¿No será una carta de Hacienda? —me preguntó—. Te has puesto un poco pálido. Perdona por preguntar.

—No... Nada de eso —le expliqué—. Es de una persona de la que no esperaba tener noticias.

—Si no es de Hacienda, mejor; lo mismo es un familiar lejano que te deja una herencia —bromeó más tranquilo, al ver que yo parecía recuperarme de la impresión inicial.

Sonreí y le di las gracias. Me dirigí a la sala de profesores para leer allí la carta. Paso a transcribir su contenido.

Estimado Dr. Ángel Vázquez, reciba un cordial saludo de mi parte. Habiendo tenido noticias suyas a través de nuestro colega, el Dr. Luis Orlando Villaluenga, con quien recientemente ha tenido usted contacto, me complace en saber de su interés por mi persona. Le recuerdo por nuestros encuentros en los congresos de ciencia ficción en los años pasados y me permito también expresarle mi curiosidad acerca del relato que estaba dispuesto a escribir. Por favor, en el caso de que ya lo haya hecho y, si así le interesa, estaré encantado de recibir su escrito finalizado, tanto para darle mi opinión sobre el mismo —que ya le adelanto que resultará positiva— como para facilitarle, si lo desea, la dirección de un editor que garantice su publicación en una prestigiosa revista de ciencia ficción o, incluso, y si la extensión del relato lo requiere, en una colección de novelas de este género que tanto gozo nos proporciona a ambos. En el caso de que su relato aún no esté a punto, me brindo también a asesorarle, si lo

considerase oportuno, sobre los puntos o apartados que le pudieran estar resultando especialmente costosos de enfocar o desarrollar. Le facilito mi dirección de correo electrónico, que puede resultar un medio adecuado si se decidiera a continuar la comunicación conmigo. Muchas gracias por su atención y le renuevo mis deseos de conocer su relato.

Eso era todo. Al final de su escrito figuraban la dirección de su correo electrónico y la de lo que imaginé que sería su domicilio en Madrid. Me llamó la atención esta última. Un apartamento en la calle Olmo: la misma que la de El Colmo, el bar de copas de Marga. Esta casualidad me escamó un poco. ¿Los protagonistas de los hechos que estoy narrando permanecían, de alguna forma, no sólo cercanos a mi conocimiento y mis andanzas, sino también muy cercanos o vecinos entre ellos en una zona concreta de Madrid?

Volví a leer la carta, buscando en ella algo más que lo que parecía manifestar con su intento de editarme el posible cuento que llegara a escribir. Por supuesto, y a pesar de mi respuesta a Villaluenga durante el curso de reciclaje, yo no había escrito ningún relato, ni cómico ni de terror ni de nada en absoluto.

Me llamó la atención su pedantería al presentarse a sí mismo como doctor y dirigirse a mí de la misma forma; esta expresión coloquial, si se usa como sinónimo de médico, es algo perdonable en nuestro gremio por la costumbre, pero resulta infantil y poco apropiada en ámbitos académicos si no has obtenido ese grado universitario. Ni yo había cursado un doctorado ni creo que lo hubiera hecho él. Tampoco creo que Villaluenga lo fuera, porque lo hubieran mencionado así en la presentación del curso. De todas formas, nunca se sabe. A pesar de ello, su uso en la carta me chirriaba y lo atribuí a su vanidad.

Seguí analizando la carta y la única conclusión clara a la que llegué fue que, desde luego, estaba interesado en mi relato. Un relato que no existía y que sólo este Lovecraft, Germán o Paracelso esperaba llegar a leer. Su error partía de la interpretación del comentario que Raúl me había hecho durante el taller de escritura de Elia Barceló en nuestro primer congreso, el de Cádiz. Volvió a

interesarse cuando nos encontramos en la calle de Zócalo, junto al bar del centro del pueblo. Durante mi estancia en el bar El Colmo, también me dijo Marga que había preguntado lo mismo en aquel congreso al que no acudí. Volvió a la carga a través de Villaluenga y, ahora, lo hacía de nuevo con esta carta.

Estuve por contestarle para expresarle mi más nulo interés por escribir nada. Pero, sin embargo, me contuve y poco a poco cobró forma en mi mente otra idea. Un proyecto. Podría verme con Germán. Una cita, una conversación franca. Para ello debía contar con mi cuñado. Yo solo no me veía capaz de acercarme a Madrid; a este Madrid de la calle Olmo. En el fondo, yo seguía sintiendo curiosidad por estos personajes. También quedaba reflejado eso en su carta ya que Germán se había percatado de mi curiosidad por él al preguntarle a Villaluenga. Creo que había llegado el momento de intentar un movimiento diferente.

Otra vez en Madrid

Lunes, 17 de marzo de 2008

Convencí a Raúl, a Sole y a Julia. Nos presentamos en Madrid el sábado anterior al Domingo de Ramos, con la idea de pasar unos días allí. Si bien les mencioné mi interés por acercarnos a El Colmo, lo que nos interesaba como grupo a todos era asistir a alguna función teatral, visitar el Prado, el museo arqueológico y alguna que otra exposición, amén de comer y tapear en rincones típicos. Con este excelente programa, mi petición de asomarnos por El Colmo fue aceptada y bien recibida.

Al tercer día de nuestra llegada se cumplió mi deseo y nos dirigimos los cuatro a la calle Olmo sobre las seis de la tarde. Ya había advertido a Raúl de todo cuanto se refería a Germán, a quien él seguía denominando Lovecraft. He de señalar que, previamente, una semana antes de nuestro viaje, me dirigí a Germán mediante correo electrónico para comunicarle mi deseo de saludarlo y tomar un café en El Colmo, junto a su domicilio. Su respuesta llegó enseguida y aceptó el encuentro, fijando él mismo la hora y el día.

Cuando nos acercábamos al local, Raúl y yo, entre risas, nos colocamos sendos colgantes al cuello con una cruz, no egipcia como la de Lidia, sino latina. Los días anteriores habíamos descartado presentarnos ante Germán con una ristra de ajos al cuello, pero el recuerdo de la cruz de Lidia me dio esta burlesca idea. Germán no sería vampiro, pero nunca se sabe. Y para dos caguetas de órdago como éramos nosotros, nos venía bien seguir manteniendo el sentido del humor. Las mujeres no daban crédito a nuestras ocurrencias y se reían aún más.

Nada más llegar, nos recibió Palma. Curiosamente se acordaba de mí y de Julia, cosa que me extrañó bastante. Mi sorpresa se aclaró cuando mencionó que nos esperaba porque Germán así se lo había hecho saber. Le pregunté por Marga y me dijo que ahora el negocio era suyo, que Marga se lo había traspasado y que alguna vez se pasaba por allí con Rafa.

—El que no se presenta demasiadas veces es Germán. Un tipo algo extraño. Dio hace unos meses una especie de conferencia aquí mismo.

—¿Sí? ¿Sobre qué tema? —me interesé.

—Sobre esto. —Palma me tendió un folleto que sacó de debajo del mostrador. Un papelucho verde de tamaño cuartilla que anunciaba un taller titulado *Sobre los beneficios de la homeopatía*.

—Muy interesante —dije por quedar bien con ella.

—Regular —se quejó—. No hice mucha caja. Soy más partidaria de traer a algún músico, un escritor o un poeta. El público que asiste entonces toma más alcohol. Menos mal que la segunda vez fue más divertida.

—¿Una conferencia más divertida? ¿También sobre homeopatía?

—No, ¡qué va! Trajo a un amigo suyo que, aunque era muy serio, les hizo a nuestros clientes unos juegos con los ojos cerrados. Nos reímos mucho. Tenían que andar sin avanzar. Y se desviaban y chocaban entre sí. La verdad es que fue un éxito.

—Con los ojos cerrados —repetí. Por un momento miré a mis acompañantes. Los tres conocían el juego, pues yo lo había practicado con ellos. Aunque sonrieron por lo que intuí que era su recuerdo del juego, no podían establecer la conexión que yo iba estableciendo. Quise explorar esta posibilidad.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace un par de semanas.

Palma contaba todo esto mientras que, con su habitual y casi proverbial destreza, le servía una cerveza al único cliente que en esos momentos ocupaba la barra a nuestro lado. Era un tipo grandote y de aspecto bastante serio, con cuidado bigote y cierto empaque en su gestualidad, al que presumí madrileño hasta que se decidió a hablar. Palma se dirigió a él para introducirlo o incorporarlo a nuestra conversación.

—Tomás participó en el juego que os acabo de contar. Tomás, estos son unos amigos que, mira por dónde, vienen de Cádiz.

—¿De Cádiz? Encantado. Voy mucho por allí.

Ya me temía que dijera que veraneaba en Conil, pero no fue así. En un momento pareció variar su inicial tono serio para dejar paso a un habla que reconocimos andaluza sin lugar a dudas.

Palma se reía mucho con él y lo reprendió alegremente.

—Que vas mucho, ¡ya! —Nos miró jocosamente—. Tomás es de Puerto Real.

—No soy de Puerto Real —la corrigió—. Allí sólo hay moscas.

Nos reímos con su broma, que emitió como si fuera una frase habitual en él. Pareció caer en que se había arriesgado un poco con ella y enseguida intentó una reparación.

—No sois de Puerto Real, ¿verdad? Es una broma que les gasto a mis amigos de allí.

—Tranquilo —le contestó Raúl—. Nosotros somos sevillanos y él es de Lugar del Puente —le aclaró señalándome a mí.

—Brindo por ello —despachó Tomás, levantando su vaso.

Fue entonces cuando apareció Germán. Nos saludó muy formalmente. Se acordaba también de Raúl y nos invitó a sentarnos en una de las mesas del salón. Julia y Sole optaron por seguir en la barra, dejarnos con nuestras cosas y seguir hablando o bromeando con Tomás y con Palma. Esta nos sirvió café a todos, tras preguntarnos uno a uno acerca de cómo lo queríamos. Los tres hombres lo pedimos solo. Las mujeres lo pidieron con leche.

Yo notaba a Germán tan envarado como en las ocasiones anteriores. Se dirigió a mí tratándome de colega. Le preguntó a Raúl si también era doctor.

—No —le respondió—. Ni de lejos; yo soy administrativo —le completó, sin facilitarle más información ni presumir de sus estudios de Graduado Social y de Derecho. Raúl optaba por mantenerse en segundo plano y a la expectativa. Era casi como mi guardaespaldas, expresión que había utilizado, bromeando, cuando aceptó estar presente en esta extraña cita.

Las risas que procedían de la barra no nos molestaban. Llegaron los cafés y Germán fue al grano.

—Entonces, ¿le queda mucho a su relato?

Me presté a contestarle como ya había previsto en los días anteriores, de acuerdo con Raúl.

—Sólo está esbozado. Encuentro mucha dificultad en explicar unos extraños sucesos que ha padecido el protagonista.

—¿Y estos son...? —Germán no se cortaba un pelo. Su voz seguía recordándome a una máquina. Un robot. No. Un robot, no. Una máquina de escribir. Me sorprendí a mí mismo con esta comparación, y me pareció acertada.

—Desapariciones.

Silencio. Algo de expectación.

—¿Desapariciones... de personas? —prosiguió tras la pausa.

—De personas, no. —Tragué saliva—. De vehículos.

Nueva pausa. Nuevo silencio. Germán tomó un sorbo de su café. Lo tomamos los tres.

—¿De un coche como el mío?

Germán estaba poniendo el dedo en la llaga. Había llegado el momento.

—Exacto. El suyo.

Nueva pausa. Más corta que la anterior. Poco a poco la conversación iba tomando más velocidad, a pesar del tecleo que parecía utilizar Germán en su habla.

—¿Y el protagonista es, por tanto, usted mismo? —me preguntó—. ¿No es así, doctor?

—Yo mismo.

Raúl permanecía callado, pero muy interesado. Lo miré y parecía algo tenso. Se llevó la mano al cuello para dejar asomar la cruz de su colgante, que quedó pendiente por fuera de la camisa que llevaba. Germán vio su gesto y miró la cruz. No pareció acojonarse, desde luego. Recordé la escena de *El baile de los vampiros*, cuando uno de estos se chotea de la cruz de una de sus víctimas con un gesto de desprecio.

—Y buscará alguna explicación para su experiencia, supongo —prosiguió Germán.

—La necesito.

Nuevo sorbo de café. Raúl había terminado el suyo y le hizo un gesto a Palma, que se acercó inmediatamente. Me pareció que demasiado inmediatamente. Tal vez, a pesar de las risas que nos llegaban desde el mostrador, también se mantenía atenta a nuestra charla desde la distancia.

—Yo quiero una cerveza —le dijo. Germán y yo optamos por repetir el café.

Cuando Palma se alejó, Germán volvió a hablar.

—No puedo darle una explicación porque la ignoro. —Se tomó un respiro—. Me ha sucedido varias veces.

—No lo entiendo bien. Cuando me adelantaba... ¿dónde se metía usted? ¿Dónde aparecía?

—No. En ningún sitio. Simplemente le adelantaba. Yo me ponía delante de usted, como en otros casos.

No me cuadraba.

—No me lo explico. Delante no se colocaba porque yo no lo veía. Me ha dicho que le ha ocurrido antes. ¿Cómo puede ser?

—Lo que le he dicho es que otras veces me han preguntado por lo mismo, no que yo sienta que haya desaparecido. Lo que me han dicho es que mi coche ha desaparecido, pero esa no es mi experiencia. Yo nunca he adelantado a nadie para después sentir que me evaporaba.

Tras un pequeño silencio, Raúl se decidió a preguntarle.

—¿Tanto puede correr un Dos Caballos como para adelantar a otros coches más modernos y potentes?

Por un momento casi me da la risa, pero me contuve. Esta pregunta sólo la habíamos preparado en broma.

—Ya les digo que no tengo una explicación. Incluso la policía me ha preguntado por ello.

Recordé entonces que en Zócalo me habían hablado de un guardia civil que, al parecer, había sufrido la misma experiencia.

Parecía que habíamos llegado a un punto muerto. Germán no negaba los hechos. Simplemente, no aportaba explicación para el fenómeno. Decidí otra táctica.

—¿Por qué se ha interesado varias veces por mi posible relato?

Otro silencio. Palma llegaba con la cerveza y los cafés. Miré hacia la barra. Tomás se había marchado. Otros clientes empezaban a ocupar el local. Julia y Sole nos miraban algo interesadas desde la distancia. Las saludé para transmitirles tranquilidad, algo que, en realidad, no era del todo cierto.

—Porque me gustaría conocer su tema. Es algo diferente a lo del coche lo que me preocupa, aunque no sé si existe relación.

—¿Qué es ello?

Cuando empezó a hablar, me pareció —y Raúl me comentó lo mismo cuando nos quedamos solos— que Germán se asemejaba más que nunca a Lovecraft; concretamente, a esa foto que siempre se repite, una y otra vez, en las diversas antologías o tratados sobre el escritor. Me fijaba en su notorio mentón cuando volvió a hablar.

—Lo que me tiene preocupado son las fuerzas del universo.

Al escuchar eso, Raúl y yo nos miramos mutuamente y sentí que nos estábamos trasladando por nuestra cuenta al mundo de los mitos de *Cthulhu*, a *Nyarlatheotep*, a la *Gran Raza*, a *Las montañas de la locura* y a mundos así. Lovecraft —es decir, Germán— pareció adivinar nuestro pensamiento, porque sus siguientes palabras parecían destinadas a corregir el rumbo de nuestra imaginación.

—Del universo exterior, no. Del universo interior.

Por si la situación no fuera ya bastante extraña, esta última declaración de Germán me sumía en gran confusión, me complicaba el entendimiento y me hacía dudar sobre su sentido último y, con ello, me sentí aún más inseguro. Era como si ahora Germán girara sobre lo que yo había asumido como parte de su condición o mentalidad, como si abandonara el horror cósmico y lo sustituyera por otro horror más cercano, más íntimo.

—¿Demonios interiores o algo así? —le pregunté.

—Algo así.

Poco avanzaba esta conversación. No sólo es que avanzara lentamente y a tropiezos, sino que apenas obteníamos datos interesantes y concretos. Decidí ser más directo.

—Germán, concretamente... ¿Cómo es que se interesó por lo que yo pudiera escribir? Ni soy escritor ni me he destacado en ningún sitio por tratar temas de este género.

Germán apenas gesticulaba. Su expresión, como siempre, era la de un muñeco o marioneta, sin gestos o movimientos que acompañaran a sus palabras. Una emotividad gestual tan contenida que era inevitable pensar que, más que estar frente a una persona, se estaba frente a la foto fija de una persona. Tras pensar en mi pregunta emitió casi un pequeño discurso.

—Cierto que no son ustedes famosos o conocidos en los foros sobre el misterio. En realidad, por eso son importantes. Forman parte del conjunto humano más representativo, más habitual, aquél que indaga desde la más inocente curiosidad.

No sé si esto era un halago. Posiblemente no. Mientras yo iba sacando conclusiones como esta, Germán proseguía con su desarrollo. Raúl atendía algo tensamente y, a veces, su cruz se balanceaba un poco, cosa que no pasó inadvertida para Germán, que ahora la miraba más atentamente.

—Las ideas del hombre común son las que mueven el mundo...

—También las que lo detienen —le interrumpió, por un momento, mi cuñado.

—...y, por tanto —prosiguió Germán, apenas moviendo un instante los ojos hacia Raúl—, son las más extendidas y las que señalan la tendencia de la mente humana.

No sé si yo estaba muy de acuerdo con este planteamiento que reducía las influencias de las mentes más despiertas y creadoras en el avance del pensamiento. Tampoco me gustaba la evidente escasa importancia que se me concedía al ser considerado, más que nada, un hombre muy común en la tierra. Poco que ver, desde luego, con *El Hombre de la Tierra*.

—Entonces, seguirá usted a muchas otras personas. ¿No?

—Lo hago. —Germán se tomó una pausa y, tras ella, volvió a habar—. Además, hay otra cosa.

—¿Qué es?

—Usted me recuerda a otra persona.

Era lo que menos me esperaba, tomar mi propia medicina. De modo que este tipo tan peculiar y tan semejante a otros que pululaban por mi mente, a su vez, me encontraba parecido a quién sabe qué persona o, tal vez, personaje.

—¿Y a quién le recuerdo?

Germán se lo pensó. Tal vez no quería causarme molestias por la comparación que estaba a punto de confiarme.

—Me recuerda a mi maestro —dijo seriamente.

Su maestro. En principio, no parecía una comparación deshonrosa. Lógicamente no tenía ni idea de quien era o había podido ser tal maestro. Intenté indagar un poco más.

—¿A su maestro? ¿En la escuela o...?

—Sí. A uno de mis maestros en el colegio. Fue una persona muy valiosa y con amplios conocimientos. Me introdujo en la literatura y en la historia. Fue una gran referencia para mí.

—Bien, es un buen recuerdo —contesté, intentando sonreír—. No pensaré que yo pueda ser tan influyente, ni mucho menos. ¿Qué hay en mí que se lo recuerde?

—Es su vivo retrato. Es como si fuera su hijo, lo que resulta improbable por lo que conozco de usted. Mi maestro vivió en Boston, donde yo pasé parte de mi infancia.

—Boston —repetí. Ni mi padre ni nadie de mi familia había cruzado el charco. Tampoco tenía ancestros que hubieran sido maestros.

Aunque pudimos hacerlo, no le preguntamos nada acerca de Boston, porque tanto Raúl como yo nos sentimos incómodos tras conocer este nuevo dato, que nos acercaba geográficamente al mundo en el que se había desenvuelto Lovecraft. Creo que, definitivamente, debíamos olvidarnos de Transilvania, pensé mientras miraba la cruz de Raúl.

Lo que dijo Germán a continuación aumentó nuestra inquietud porque nos colocaba en un terreno sobre el que pisábamos como de puntillas.

—Puede que yo también les recuerde a ustedes a otra persona. Son cosas que pasan.

Raúl y yo nos miramos. ¿A dónde nos quería llevar este tipo con esta especie de juego de parecidos?

—No sé a quién se puede referir —le ofrecí como única y pobre réplica a su oferta. Raúl también miró hacia otro lado, como intentando evadirse de la conversación, a la vez que recolocaba su cruz por dentro de la camisa.

Y no hubo más. No sé si con mi respuesta lo que hice fue presentarle la ocasión a Germán para quitarse de en medio. Lo cierto es que terminó su segundo café y, por sus movimientos y su mirada hacia el mostrador, concluí que había perdido el interés por continuar nuestra charla y seguir con nosotros. Se disculpó por tener otra cita a las nueve de la noche, en otro lugar y con otras personas. Quedamos en seguir en contacto y se volvió a ofrecer para asesorarme si me decidía a continuar con mi relato. Aunque lo intentó, no le dejamos pagar la cuenta. Se despidió mecánicamente de nosotros y, en su camino hacia la puerta del local, pasó junto a Julia y Sole, a las que saludó muy discretamente.

Este episodio no me aclaró nada sobre mis experiencias, pero me aportó una cierta tranquilidad hacia ellas. Al parecer, el misterioso Germán, pieza central de las mismas, se las tomaba con filosofía, como algo con lo que vivir sin necesidad alguna de preocuparse de forma excesiva por ellas. Conocerlo y charlar con él podía haber sido un paso adelante por mi parte. Aunque no sabía muy bien qué cosa era eso de ir hacia delante en este viaje tan extraño.

Y eso de las fuerzas del universo interior... No tenía ni idea aún de lo que había querido decirnos. Con su respuesta de *algo así* para los demonios interiores que yo le había propuesto, podía aproximarse a problemas morales, éticos, de conciencia... No sé. Pecados y remordimientos podrían cuadrar, pero se iba cuajando en mi mente la idea de que las cosas no iban por ahí.

Una explicación lisérgica

Junio de 2008

Es habitual que escuche música cuando trabajo en casa. No es una costumbre demasiado agradecida para tan noble arte, porque la mayor parte del tiempo la concentración en mi trabajo me impide disfrutar de ella y, por tanto, es casi una falta de respeto por mi parte, pues la música queda relegada a un segundo plano y, a ratos, desaparece totalmente de mi conciencia.

Este argumento de la falta de respeto es el que utilizo sutilmente para aconsejarles a mis alumnos que no hagan lo mismo en sus horas de estudio, que son horas aún más exigentes que las dedicadas a un trabajo o tarea de resolución de problemas, pues requieren de mayor concentración en la lectura y en la fijación de las ideas. Evidentemente, no me importa el respeto que le concedan a la música que escuchan; lo que intento es señalarles que la reflexión es esencial para estudiar y, por mi experiencia, sé que esta no se puede llevar a cabo de forma eficaz atendiendo a los estímulos musicales.

Otra cosa que suelo hacer cuando trabajo frente a mi ordenador es escuchar la radio. Esta otra falta de respeto es, en mi opinión, menos grave para mi conciencia, porque no me suelo perder nada importante para mis intereses, ya que utilizo la radio para sentirme algo acompañado o para mantener una especie de tenue conexión con el mundo exterior. Ya imagino que esta declaración no será del gusto de muchos profesionales de la radio y lo comprendo. Espero que les compense el hecho de que sé que existen personas que sí que les escuchan activamente. Incluso yo lo hago en determinados momentos.

Y uno de esos momentos suele ser por la noche, cuando no concilio el sueño y recurro a la lectura o a la radio. Muchos de los programas radiofónicos nocturnos invitan a los oyentes a que se abran, se presten a las confesiones y a revelar confidencias personales. Por lo general, estos programas me importan un pimiento. Me suelen interesar más los que se dedican a curiosear por

la historia o a intentar desvelar asuntos arcanos y misteriosos. Psicofonías y exorcismos aparte, los hay muy divertidos.

Una madrugada de sábado a domingo, durante la emisión de uno de estos programas, dedicado a los sucesos paranormales, pude atender a una conversación que captó mi atención.

Al parecer, el entrevistado por los presentadores del espacio se ganaba la vida como militar y ahora, en situación de reserva, se dedicaba a investigar sobre la vida y milagros de los santos. Cerca del final de la conversación se refirió a Santa Teresa de Ávila y a sus visiones místicas. Estableció una conexión entre estas y el consumo habitual, en el convento donde residía, de pan elaborado con harina de centeno. Más de una vez, pudo contaminarse este pan con el hongo del cornezuelo del centeno, uno de cuyos efectos puede ser la presentación de visiones y alucinaciones.

Hasta ese momento no había mencionado nada que yo desconociera o no hubiera leído anteriormente. Lo que despertó mi inmediato y agudo interés fue lo que siguió a estas manifestaciones sobre las andanzas de Santa Teresa.

El militar dio un giro al tema para narrar brevemente una experiencia personal. Durante una operación de patrulla efectuada hacía años, junto a fuerzas de la Guardia Civil, vio cómo desaparecía un vehículo sospechoso ante sus narices. Bueno, más que ante sus narices, tras su nuca. Una desaparición súbita de un vehículo que lo perseguía a él en el curso de no sé muy bien qué tipo de maniobra planificada para intentar capturar a dicho vehículo, unos kilómetros más adelante del lugar de la desaparición.

Lógicamente, me quedé perplejo. Y, más aún, tras lo que vino a continuación, el intento de explicación para justificar lo sucedido. Tanto él como sus compañeros guardias civiles pasaron un reconocimiento médico que dio como resultado haber consumido determinada bollería contaminada accidentalmente con el hongo del cornezuelo del centeno.

La entrevista no dio más de sí y el programa continuó por otros derroteros. Ahora me tocaba reflexionar a mí. En el bar de Zócalo se había mencionado a un teniente de la Guardia Civil que

había tenido una experiencia como la que yo tuve y que ahora ponía de relieve este investigador de lo insólito. Podría tratarse de las mismas personas y de la misma situación que la que acababa de oír por la radio.

Si así fuera, ¿tendría yo que considerar la posibilidad de haber consumido el nocivo alcaloide por aquella época? Por más que le daba vueltas, no encontraba probable esta explicación. Pero, desde luego, no sólo era una interpretación racional, sino que, hasta ahora, no había contemplado una alternativa como esa.

No puedo decir que esta posible solución a mi problema me satisficiera. Una experiencia lisérgica era lo último que hubiera admitido para justificar mis visiones. Bueno, tenía que ordenarlo todo un poco. Según esta hipótesis, los coches eran visiones, alucinaciones mías. Si fuera así, siguiendo esta lógica, mis repentinas cegueras o las desapariciones de los coches tras los adelantos resultarían no ser tales —cegueras y desapariciones—, sino regresos a la realidad o restablecimientos de mi condición normal. Es decir, que serían las visiones de los coches las auténticas alucinaciones y no, como creía hasta ahora, sus desapariciones. Un pequeño lío con la intención de aclarar algo, aunque no sé muy bien si progresaba con este tipo de análisis.

Bollería contaminada, eso había dicho el entrevistado. Pasé a intentar repasar mi dieta alimenticia de aquellos días. Yo no recordaba haber consumido pasteles, desde luego. Pero si algo me caracteriza es que me encanta comer de bocadillo, así que era muy probable que hubiera consumido alguno en aquellos días de Zócalo, propiciando con ello la entrada en mi sangre de principios activos lisérgicos destinados a confundirme.

¿Desayuné algo raro aquella mañana camino de Moria? ¿Y la tarde anterior? ¿Un bocata demoníaco en, por ejemplo, el área de servicio cuando me dirigía a mi destino, Zócalo? Casi seguro que entonces pedí un bocadillo, pero me parecía muy poco realista apuntar a que su harina fuera de centeno. Mi ignorancia sobre asuntos panaderos tampoco me ayudaba. A ciencia cierta, no tenía ni la más remota idea sobre el asunto de la elaboración de panes,

pasteles, bollos o roscos, a pesar de que en la familia de mi madre había habido panaderos.

En efecto, mi abuelo y uno de mis tíos maternos se habían dedicado a esta profesión. Yo sólo sabía que las harinas de los sacos almacenados en las panaderías de mi infancia eran blanquecinas, y bien que me había restregado numerosas veces por aquellas pilas de sacos, ordenados en filas que conformaban pasillos por los que discurría con mis hermanos jugando al escondite. Era del todo improbable que una emanación de una supuesta harina contaminada, presente en aquellos sacos, hubiera aguardado años en mi interior para manifestarse como alucinación durante mi estancia en Zócalo.

A pesar de mi extrañeza, el asunto revelado aquella noche tuvo un cierto efecto positivo en mi ánimo. Al fin y al cabo, esta solución me colocaba a la altura de Santa Teresa. No era poca cosa.

Una relectura inspiradora

Verano de 2008

Eso de darle una nueva oportunidad a los libros que en el pasado no me gustaron o que abandoné apenas iniciada su lectura, no es lo mío. Si condeno, condeno. Puede ser el tema o puede ser el estilo, pero si no me engancha pronto y quedo atrapado, me libero del libro como quien arroja lejos de sí una inoportuna y calurosa sábana en el calor de una noche sofocante. Hay libros que empiezo y que no termino y, a medida que me hago mayor, los plazos que les concedo para engatusarme son cada vez más cortos. En los casos más agudos no he pasado de un par de páginas, que, tal vez, es ya demasiada impaciencia por mi parte. Justifico la misma por la premura que siento por vivir y gozar en otros rincones que permanecen a la espera de mi atención.

Así que, al igual que me irritan las colas de espera —y he abandonado muchas—, me produce una irremisible sensación de inutilidad persistir en el esfuerzo de lo que no me agrada, sobre todo cuando sé que no se trata de algo necesario, vital o imprescindible. Ya dediqué en el pasado suficientes horas de mi tiempo de estudio y de trabajo a tareas obligatorias o forzosas para mi aprendizaje profesional, como para aplicar este ejercicio de disciplina y paciencia a mis tareas de ocio cuando estas no resultan ser atractivas en demasía.

Otro cantar es cuando practico tareas deportivas, semi-deportivas o musicales de mi apetencia. Mis lentos y comedidos avances con la guitarra o el piano se beneficiaron de esta insistencia, pero todo hay que decirlo: no pierdo el tiempo en aprender o practicar músicas y ritmos que no me agradan o que, aún peor, me producen rechazo. No voy a exponerlos ahora porque sería desviarme del propósito de este relato y también porque podría ofrecer un aspecto poco simpático de mi persona a más de un lector melómano.

En cambio, releer es un hábito que retomo de vez en cuando. No le hago ascos y, aunque hay libros que no volvería a leer,

también hay otros que me dejaron tan buenas sensaciones que les concedo una especie de segunda vida, no tanto a ellos como a mí mismo, ya que cuando vuelvo a sus páginas lo hago con la convicción de que volveré a gozarlos. Me sucede con autores muy diversos. El que ahora me ocupaba, unos meses después de nuestro último viaje a Madrid, era Stanisław Lem.

La originalidad y el corrosivo humor de este médico a medias me llevaron un par de veces a *La investigación*, a *Solaris* y, por último, a *Un valor imaginario*, que es el que retomaba ese verano. Lo hice por casualidad, por tropezarme con él durante la periódica limpieza general que Julia establecía como un inevitable e higiénico ritual al comienzo del periodo vacacional de verano. Aparté el libro de la estantería en la que permanecía desde hacía ya años, para ocuparme de él en algún momento de aquel verano.

A mediados de julio nos fuimos un fin de semana a un muy querido rincón, Arroyomolinos de León —en Huelva—, para pasarlo junto a unos amigos que allí nos acogían un par de veces al año. Estuvimos hasta las tantas de la noche en el jardín de su casona, junto a la espléndida y ansiada barbacoa de carnes a la brasa, en feliz e informal tertulia plagada de chistes y ocurrencias. Nos retiramos a dormir cuando alguien comentó que en el reloj habían dado las dos. Al llegar a la cama, aún no tenía sueño y cogí el libro.

Cuando llegué al segundo capítulo, en el que se expone el prólogo de la imaginaria obra *La Erúntica*, tras mis contenidas carcajadas iniciales para no despertar a Julia, me detuve a pensar más allá de las mismas. Bacterias que se comunican con el investigador que las observa por su microscopio, agrupándose para formar palabras y mensajes. Risas, por supuesto. Pero... también algo más. ¿Qué era? ¿Qué interferencia o qué disonancia cognitiva interrumpía mi relato y me hacía hurgar entre mis neuronas del recuerdo?

Rápidamente apareció Lovecraft-Germán. Sí. Ahí estaba. Los demonios interiores. El universo interior. Eso. Eso es lo que le preocupaba. El interior. Nuestro interior. Bacterias que transportamos. Seres vivos. Bacterias. Virus. No. Los virus no son seres vivos. Cuidado. ¿Cómo que los virus no son seres vivos? Esto

es discutible. Bueno, pero este no es el tema ahora. El tema es nuestro interior. ¿Qué somos? Células, tejidos, aparatos sincronizados... Desde aquí damos un salto y llegamos al cerebro. Otro salto... la conciencia. La personalidad. Ser personas. Ser humanos. La conciencia, otra vez. Mente y cuerpo. Bacterias que se mueven. Bacterias que mandan mensajes. Bacterias que hablan. ¿Tienen conciencia?

Ya no me reía nada. Dejé el libro. Intenté conciliar el sueño. Me costó. Lovecraft. Germán. El universo interior. La composición del cuerpo humano. La composición del yo.

El calor y la incomodidad por mi inquietud me hicieron volver al jardín. Eran más de las cuatro de la madrugada. Una noche muy estrellada sobre mí. Ya conocía la espectacularidad del cielo de Arroyomolinos. Me eché en una tumbona y lo contemplé durante un buen rato. Estrellas. Estrellas fugaces. Puntos luminosos que conforman constelaciones antropomorfas. Mensajes en las estrellas. Por un lado, la expansión del universo infinito que nos rodea; por otro, la búsqueda de la intimidad atómica hacia nuestros adentros. Y... ¿Nosotros en medio?

Cuando sentí que me vencía el sueño, volví al dormitorio.

Crisis

Octubre y noviembre de 2008

Llego ahora a la parte más inquietante de mi vida, al momento en que comenzaron mis alucinaciones y extraños sueños, una fase que considero como una crisis personal que, hasta cierto punto, estaba cantada tras mis singulares experiencias.

Tras la relectura de aquel prólogo en *Un valor imaginario*, me sucedieron varias cosas que se manifestaron poco a poco, para alcanzar su momento cumbre en el mes de octubre.

Bien metidos en el mes de septiembre, casi a finales del mismo, volvieron los incidentes de avistamiento de vehículos por el espejo retrovisor, el inicio de la maniobra de adelantamiento y su posterior desaparición.

Primero fue una motocicleta, camino de mi trabajo a Lugar del Puente, a primeras horas del día. El tráfico circulatorio era abundante y, además, había tres carriles en el mismo sentido, por lo que, a pesar de que eché en falta a la motocicleta, lo atribuí a una falta de atención o capacidad por mi parte, debido a la profusión de vehículos entre los que debió camuflarse. Si bien fue inevitable acordarme de los sucesos de Zócalo, no le di excesiva importancia. Al principio consideré la posibilidad de que sufriera alguna merma en la parte lateral de mi campo visual, ya que arrastraba desde años la presión intraocular alta y empezaba a sufrir de cataratas incipientes.

El problema es que se repitió varias veces con más motos y coches. En una ocasión hasta llegué a experimentar lo mismo con el autobús de línea, pero solo fue el producto de mis nervios y no llegó a suceder tal cosa, sino que su adelantamiento fue tan lento que temí por su desaparición. Pero, el resto de vehículos mencionados fueron engullidos hacia ninguna parte. Ahora ya sí que tenía motivos para preocuparme, bastante más allá de pensar en pedir una cita con el oftalmólogo.

Poco después se presentaron todos estos vehículos en mis sueños. Soñaba que conducía y, de pronto, aparecía delante de mi

vehículo otro que no había divisado previamente desde el retrovisor y que, por la maniobra que presenciaba, me acababa de adelantar. Al principio, estas apariciones —que, en realidad, eran reapariciones— fueron sólo sueños. Poco después empezó a sucederme de día, mientras conducía.

Ni que decir tiene que, a estas alturas, ya había rechazado la hipótesis lisérgica relacionada con el cornezuelo del centeno para intentar explicar lo que me sucedía. Ni el poco pan que consumía era de centeno, ni yo estaba en sintonía con Santa Teresa, a la que no imagino teniendo alucinaciones con los carros o carretas que fueran de uso habitual en aquellos caminos que llegó a recorrer.

Por la misma época se me presentaron sueños en los que me dedicaba a mirar por un microscopio para escudriñar los interiores de mi cuerpo. Diversos tejidos, células, núcleos, membranas, mitocondrias, cromosomas, genes... Y no me detenía ahí. Pronto empecé a observar en sueños lo que creí que eran virus y distintos seres. Y seguí con otros corpúsculos que debían corresponder a átomos y partículas.

Siguieron otros, subpartículas, ondas —visiones y delirios de mundos cuánticos—, luces, destellos, pequeños océanos de masas que se movían y que parecían hacerlo de forma totalmente intencional. Construí o accedí a un mundo de visiones oníricas que parecían confirmar la división de mi propio yo, por cuanto adquirí o acepté en mi conciencia que este yo, en realidad, no era más que una especie de resumen global o gigantesco de todos estos infinitos rincones, apartados y nimiedades minúsculas e infinitesimales.

¿Demonios interiores? *Algo así*, que, aunque no me hacían sentir perturbado, loco o esquizofrénico —diagnóstico que me apartaba o me desconectaba de la realidad—, sí que me hacían inquietarme bastante.

Me sobrevino un dolor de cabeza permanente en la zona frontal, que no se calmaba con analgésicos corrientes. Duraba todo el día y me acostaba y levantaba con él. Tras más de diez días con esta cefalea, desesperado, me dio por masajearme la frente de forma vigorosa y se alivió bastante, aunque sólo de forma momentánea,

pues volvió a los pocos segundos tras el masaje. Me autodiagnostiqué cefalea de tensión y empecé a tomar tranquilizantes con efectos relajantes sobre la musculatura. Para ello no recurrí a mi médico de cabecera. Llamé a Lidia Smith Brown. Compartí con ella mis dolencias, le confíé mis temores y, de paso, la puse al día de mis cuitas desde la última vez que habíamos coincidido. Mantuvo la calma y, aunque se preocupó, apostó por no considerarme un paciente psicótico, cosa que, a pesar de mi confuso pensar, siempre le agradeceré. Aun así, me aconsejó acudir a un neurólogo —imagino que de engolada dicción, lo que me faltaba— o a un psiquiatra —para tomar tranquilizantes, no hay otra—. Como, de momento, yo no iba a hacer ninguna de estas visitas, se prestó a prescribirme los tranquilizantes ella misma.

Mejoró el dolor y dormí algo más. Al menos, no siempre que dormía soñaba. Ya no hacía falta, porque mi imaginación en los momentos de vigilia contaba ya con la presencia de estas visiones y exploraciones. Las imágenes, que no siempre puedo describir con exactitud, acudían o se presentaban en cualquier momento del día.

Era como acceder a una realidad interior que se presentaba de forma natural, como si viera junto a las cosas de la realidad que compartía con el resto de seres humanos, más objetos, más espacios y compartimentos íntimos, más sonidos, más fluidos, más entes mínimos... Psicodelia. Psicodelia sin consumir otras drogas que no fueran mis tranquilizantes.

Empecé a mezclar estas visiones con asuntos del trabajo, con mis conversaciones y con mis lecturas y visionados de películas. Me comportaba con torpeza mental en las cuestiones prácticas y diarias, y olvidaba meter en la cartera las listas de clase, los libros de texto o los exámenes que debía hacerles a los alumnos. Olvidé también en varias ocasiones compras esenciales y algunas labores domésticas cuando me tocaba hacerlas a mí.

Julia se sentía extrañada y preocupada. Me instó a seguir tomando los tranquilizantes que me recetaba Lidia, pues vio que me ayudaban a mantener el tipo. La familia y los amigos apenas notaron nada porque guardé discreto silencio y rehuí bastante mis contactos

con ellos con la excusa de mis dolores de cabeza. Mis compañeros de trabajo se mostraban confusos ante algunos episodios en los que yo permanecía ensimismado y falto de atención ante sus exposiciones. El alumnado creo que, en general, se mostró encantado de mi cierta falta de seguimiento sobre su aprendizaje, pues yo dilataba la corrección de los exámenes y llegué a plantear tareas bastante fáciles en las clases, insistiendo en la repetición de los juegos neurológicos y otras sencillas exploraciones.

En este estado, llegó un momento en el que me vi internado en un psiquiátrico, pero no en la vida real. No. Soñaba estar internado en un psiquiátrico. Más pesadillas.

Esta fase me duró, aproximadamente, un par de meses. Tan insidiosamente como se habían iniciado estas exploraciones interiores en mis sueños que se habían extendido a mi vigilia, dejaron de producirse tanto ellas como las desapariciones y reapariciones de los vehículos. Se extinguieron todas, poco a poco, para dar paso a un estado que describo como de tensa calma. El dolor de cabeza, ya controlado por los tranquilizantes, dejó de presentarse y disminuí la medicación.

Recuperé mi seriedad en el trabajo y los alumnos se beneficiaron de ello en la misma medida que se disgustaron, pues volví a ser exigente y a pedirles un mayor rendimiento. Se tranquilizaron mis compañeros y, sobre todo, se tranquilizó Julia, que llegó a la conclusión de que, simplemente, yo había pasado una mala racha que atribuyó a mi especial aversión a las últimas visitas y evaluaciones que los inspectores de educación habían llevado a cabo en mi centro de trabajo.

Pensé que era una buena explicación para ella y así lo dejé. Al fin y al cabo, muchos de los profesores del instituto estuvieron algo de los nervios por aquellos días a causa de estas visitas. Incluso los hubo implicados en desagradables discusiones con la directiva del centro y con los propios inspectores, a los que no concedían el más mínimo conocimiento sobre las materias objeto de su inspección, cosa bastante más que razonable si se echaba un vistazo al currículum y a las titulaciones académicas de dichos inspectores.

A mí no me habían afectado estas visitas y había flotado entre ellas con la misma indiferencia con la que seguía las clases durante la crisis, pero me pareció una buena excusa para esconder o disimular mi reciente comportamiento.

Ya en el mes de diciembre me sentí con fuerzas para dejar del todo la toma de los tranquilizantes. Aunque los sigo teniendo a mano, solo recurro a ellos por las noches y hay veces que los paso sin tomarlos. Si bien no he vuelto a padecer nada parecido y mi vida se ha desenvuelto, hasta cierto punto, en una cotidianeidad vulgar y corriente, no por ello han desaparecido totalmente ni mis temores, ni mis sueños, ni mis recuerdos.

No dejo de pensar que, en nuestra intimidad biológica, en la profundidad de nuestra naturaleza, habitan realidades que tienen su propia autonomía, como si vivieran en nosotros otros minúsculos seres que son los que determinan hasta nuestro propio comportamiento como personas. De esta forma, nuestra conciencia no es más que un resultado, un resumen, un producto no legítimo del hombre como especie original, sino como confluencia de otras fuerzas biológicas.

No sé si existen fuerzas en el universo exterior más allá de nuestra capacidad de sentir las o considerarlas, como tampoco las hormigas parecen saber nada acerca del hombre. Tampoco sé si todas estas fuerzas que operan desde nuestro interior lo hacen con conocimiento sobre nosotros, los hombres, las personas. Me imagino que no nos imaginan. Son, están, viven, mueren; y puede que hasta dependamos de ellas para conformar lo que pensamos que somos en última instancia: seres individuales compuestos o servidos por minúsculas fuerzas, que ignoramos si operan en comandita con la intención de subsistir en nosotros o con nosotros —no tengo claro si por su bien o por el nuestro—, o para formar un individuo humano, un yo.

La misión de la parte involuntaria del sistema nervioso, el vegetativo o autónomo, es asunto conocido y sabemos que funciona así para que no tengamos que pensar —ni simpática ni parasimpáticamente— en la respiración, la digestión o la circulación

sanguínea. Lo que ahora imagino —así lo intuyo— es que, esta naturaleza vegetativa o autónoma es mucho más extensa de lo que venía suponiendo ese capítulo de la humanidad llamado ciencia. Bastante vencido por lo que me supone esta terrible posibilidad —una afrenta insultante y muy destructiva para mi espíritu—, creo que dicha extensión abarca, domina y es, en sí misma, la esencia de nuestra existir, de su totalidad.

He llegado a aceptar este estado de las cosas, esta teoría sobre el ser o sobre nuestra existencia. Lo hago con cierta conformidad y con buen estado de ánimo hasta donde me resulta posible, porque, entre otras cosas, ya soy consciente de que nadie posee su propio control. Nadie. Creo que, después de lo vivido, no tengo otra opción.

Miro a los que me rodean y los imagino tan complejos como yo mismo, aunque no necesariamente igual de informados o concienciados. Esta visión particular me separa mucho de ellos, y tiende a agudizarse cada vez que los veo atentos como hipnotizados al dichoso espacio televisivo del tiempo. Ya saben: mal tiempo en el Norte y bueno en el Sur. Esta reducción del escaso interés humano que empiezo a sentir es como una metáfora del bajo pedestal en el que coloco a la especie y, a menudo, me veo obligado a desviar y emborronar piadosamente estas ideas y sentimientos de mi mente, cuando trato y me acerco a mis seres queridos. Por eso, y por dejar constancia en algún lugar de esto que siento, finalmente me he decidido a escribirlo todo antes de que mi envidiable memoria, salpicada de malos momentos, dé paso a confusos recuerdos destinados tan solo a consolarme de nostalgia y emoción. No sé si hacérselo llegar a Germán. No sé si quiero que lo corrija. No sé si quiero publicarlo. Me da igual. Mi complejidad, en estos momentos, se encuentra bastante apaciguada.

El paréntesis

Entre 2009 y 2020

Ha sido una década en la que, intentando olvidarme —sin demasiado éxito— de mis temores y confusiones, procuré distraerme sanamente, jugando a mantener de forma comedida mi gusto por la fantasía y la aventura soñada.

Entre los hitos y los agujeros más destacados referidos a mis gustos frikis, subrayaré que Guillermo Del Toro no llegó a poder cumplir su promesa de rodar *En las montañas de la locura*. El proyecto lo sobrepasó y, finalmente, fue abandonado. Así que en lo relativo a Lovecraft, todo fue como un gran desplante en este periodo. En cambio, sí se ha realizado una adaptación cinematográfica de uno de los tebeos más entrañables de mi niñez, aunque no me entusiasmó demasiado el producto que resultó.

Despreciado y vilipendiado mil veces por su ideología conservadora —una crítica que ha ido batiendo en los últimos tiempos diversos récords de descontextualización—, *Tintín* me sirvió para soñar una infancia de aventuras y para desarrollar la imaginación, cosas que creo que no son incompatibles con la posterior y adecuada visión realista y científica de los hechos históricos y culturales. De no ser así, también habría que eliminar de toda educación los cuentos infantiles, no vaya a ser que los adultos terminen creyendo en dragones; unos dragones que, por cierto, fueron muy celebrados en muchos círculos poco conservadores —así se consideran ellos mismos— por racionales adultos que durante esta década reverenciaron *Juego de tronos* de George R. Martin.

Encuentro que estas críticas a *Tintín* son injustas y desacertadas por falta de perspectiva cultural. Creo que es la ignorancia de quien ni sueña ni fantasea, de quien ve en los cuentos sólo a los brujos, de quien confunde erotismo con procreación, de quien ha perdido sentido estético y solo se nutre de cotizaciones bursátiles, de quien niega una religión para inventar otra. Es la ignorancia ilustrada de ese tipo concreto de aparente científico social, el mismo que terminará pisando y prohibiendo placeres

azucarados y juegos de rol a los niños, mientras él fuma o esnifa a escondidas. Lo mismo que Preston decía que hacía Franco cuando firmaba sentencias de muerte mientras se tomaba un café con leche. ¡Qué asco de sentencias, de Franco y de leche!

En 2011 llegó la película de Spielberg, y me pareció una superproducción poco lograda desde el punto de vista técnico, pues utilizó actores de renombre —que no pude ver en la pantalla— para realizar una película de animación muy peculiar; una película de animación que, por cierto, en su diseño guardó el mismo respeto a la escuela de la línea clara del cómic, que el que yo mostré toda mi vida, por ejemplo, ante la plaga de neopedagogos que caminaban a lomos de enanos para llegar a conclusiones necias.

Ni vi a Daniel Craig ni vi a Jamie Bell en la película —a Andy Serkis nunca lo ve nadie, ya se sabe—. Esta zonza técnica de interpretación gestual, efectuada por actores para ser pasada por el ordenador y convertidos así en muñecotes de goma, me pareció un gran fiasco, en absoluto comparable al acostumbrado y resultón recurso del doblaje de las voces a cargo de emblemáticos intérpretes, que suele ser tradicional en la pura animación de dibujos animados. Con este paso, supuestamente más allá o hacia adelante, creo que se dio a luz a un auténtico engendro: un *Tintín* amuñecado en virtud de su transformación desde dibujo a mera polichinela o pelele animado; animado por los mohines y aspavientos de prestigiosos comediantes que, para los resultados obtenidos, bien podrían haber sido sustituidos por profesionales menos famosos y consagrados, pero tan competentes como ellos en la básica mímica que caracterizó a los personajes. La película recaudó mucho dinero, pero no sé cuántos *tintinólogos* de toda la vida habrán sentido la mínima erección cinematográfica durante su visionado.

A medida que pasaba el tiempo y mientras alejaba de mí oscuros y lóbregos rincones de terror, también desarrollé mucho cinismo y desprecio, tanto por la escasa labor formativa que me permitieron desarrollar las continuas y poco rigurosas leyes educativas, como ante el surgimiento de una ingenuidad cerebral

cada vez más presente en la sociedad, abocada a más infantilidad analítica y a menos rigor en ordenar el pensamiento.

Afortunadamente, no volví a tener ninguna experiencia paranormal, ningún espejo retrovisor se tragó a ningún coche, ni me enturbiaron nuevos sueños demoníacos después de la crisis. A pesar de ello, durante estos años, cada vez que enseñaba a mis alumnos las habituales prácticas neurológicas, me acordaba de los malditos adelantamientos, desapariciones y reapariciones. Me asaltaban los mismos recuerdos cuando abordaba la prueba de Unterberger, a pesar de las risas que suscitaba la misma entre el alumnado. Las otras prácticas neurológicas eran muy simples y consistían o en mirar a través de un pequeño agujero —el agujero estenopeico— para intentar conseguir más nitidez en la vista (cosa que podía evidenciar la existencia de miopía), o en buscar el punto ciego del campo visual de cada ojo —manteniéndolo fijo y moviendo un pequeño objeto por delante del mismo—. Siendo prácticas y tareas gratificantes, desde mis experiencias paranormales, casi todo lo que tuviera que ver con la visión o su pérdida me escamaba. A pesar de todo, y por el bien de mis alumnos, volví muchas veces a este tipo de prácticas.

Definitivamente, no le mandé ningún escrito a Germán. Además, como su correo electrónico desapareció de mi ordenador, perdí todo contacto con él, pues tampoco recibí noticias suyas. Nunca más he vuelto a un congreso de ciencia ficción. He seguido perteneciendo a la asociación y recibiendo fantásticos relatos, pero tanto yo como mi cuñado bajamos muchos peldaños en la escalera friki y nos dispersamos mucho, centrándonos en otras aficiones. Durante años tuve un carné que me acreditaba como miembro de la asociación. Hace poco lo deseché por su mal estado y me costó hacerlo porque llevaba escrito, a modo de lema, los pensamientos del protagonista de la película *Gattaca* (Andrew Niccol, 1997): *Dicen que cada átomo de nuestro cuerpo formó parte una vez de una estrella; quizá no me esté marchando; quizá esté yendo a casa*. Era inevitable que, años después de la película, estas palabras me remitieran a mis aprensiones, que habían comenzado también —y no es cuestión del todo descabellada— a adquirir un cierto matiz esperanzador.

Mi vida profesional, que acabó en 2019, transcurrió los últimos años marcada por la inutilidad de las leyes educativas para conseguir una mejor y mayor formación de mis alumnos, así que terminó por envolverme también a mí un cierto manto de hastío por la docencia y sus, cada vez más, limitaditos horizontes. Mi gran refugio era el tiempo de ocio, que dedicaba a preparar buenas reuniones con familiares o amigos y a viajar con mi mujer. Uno de estos viajes nos llevó a Zócalo. Era un asunto pendiente que le debía a Julia.

Volver

Viernes, 28 de febrero de 2020

Ya va a cumplirse un año desde que me jubilé, en marzo de 2019. Julia sigue con sus clases y hemos aprovechado el puente con motivo del día de Andalucía para quitarnos de en medio y pasar un largo fin de semana de viaje. Una y otra vez he venido aplazando volver a Zócalo y, con ello, gozar de la tranquilidad extremeña de su comarca. Por fin ha llegado el momento.

Cuando hemos pasado por Sevilla, la radio ha dado noticias sobre una infección que está afectando a los chinos y que podría extenderse a otros países. Una especie de catarro o gripe, al parecer, bastante contagiosa. No es la primera vez que oigo la noticia. Llevan unos días comentándola por radio y televisión. Dicen que cuando tosamos, lo hagamos sobre el pliegue del codo, porque así evitamos contagiar a otros.

Hemos llegado a Zócalo a media tarde, sobre las seis y media, casi a la misma hora de hace quince años. Nos alojamos en un amplio apartamento del mismo hotel en el que lo hice entonces. Sigue siendo encantador y le ha gustado a Julia. En esta ocasión el apartamento que hemos elegido es prácticamente un pequeño piso, con una terraza exterior que rodea al salón y dos dormitorios. Nos sobra uno, en el que hemos colocado las maletas.

Llevo la guía de viajes que adquirí en mi primera visita, la que le compré a la *Ruth-Anne* —a las hermanas *Ruth-Anne*— de la zona. En nuestro programa, tan diferente al mío de hace quince años, contemplamos visitar algunos pueblecitos de Portugal y también otros de la Sierra de Gata. Pero, lo primero es lo primero. Quiero que Julia conozca la aldea portuguesa vecina. Esa misma tarde, un poco antes de anochecer, ya estamos en ella.

Veo que no ha cambiado casi nada en la aldea. Hemos aparcado a la entrada de la misma y nos hemos adentrado en sus solitarias calles. Por supuesto, no hemos tenido la suerte de ver a un anciano llevando picón de una casa a otra, y es probable que aquél con quién hablé haya fallecido ya. Lo que no ha cambiado es lo de

las mujeres mayores, que siguen —no sé si las mismas— reunidas en los mismos rincones y plazas. Nos saludan y dan las buenas tardes, como debe ser, en su lengua. Le respondemos con sus mismas palabras. Sigue sin haber ningún bar, cosa que me parece inaudita. No lo deben necesitar.

Llevo a Julia hacia la zona del mirador y tampoco aprecio cambios. Tal vez hay algún banco donde sentarse y una pequeña zona ajardinada que pueden ser recientes. El resto es igual. Las ruinas del castillo algo alejadas, los pájaros de la tarde revoloteando y la sensación de que estuve aquí tan solo unos meses antes. Nos hemos fotografiado y, en cuanto ha caído el sol, nos hemos puesto los chaquetones que llevábamos en las manos. Julia comparte conmigo la sensación de paz y tranquilidad que emana de este rincón. La vuelta hacia el coche es tan plácida como perezosa y lenta. Algo nos ata al lugar y aplazamos unos minutos más lo que es inevitable, irnos para no volver.

Es de noche en la carretera y el recuerdo del primer incidente, el nocturno, está presente. No sucede nada. La carretera está vacía. Ni me adelantan ni yo adelanto a nadie.

Hemos cenado en el salón-comedor del hotel. Tampoco ha cambiado mucho. El televisor puede que no sea el mismo, pero lo recuerdo ubicado en el mismo rincón. Vuelven a dar noticias sobre la epidemia de China. Insisten en que no es nada del otro mundo. Ya hay algún caso en España. Yo no las tengo todas conmigo. Hablan de un bajo porcentaje de mortalidad, menor que el de una gripe común. Hago cálculos mientras el hombre del tiempo cumple con su trabajo habitual y no me molesto en atenderlo.

El invitado

Sábado, 29 de febrero de 2020

Decidimos adentrarnos en Portugal y llegar hasta Castelo Branco. Pasamos allí la mañana visitando el jardín del Palacio Episcopal y el castillo. Hemos comido en un pequeño y buenísimo restaurante de la Avenida de Espanha. Después, hemos puesto rumbo al Norte para conocer Monsanto y su castillo. Ha sido una jornada interesante y hemos andado mucho. La guía de viajes conserva su validez y nos ha sido muy útil. Hemos pasado por un supermercado para proveernos porque, como en el apartamento tenemos cocina, podremos cenar tranquilamente en él. A las ocho estábamos de vuelta.

Hemos cenado viendo la televisión. Se emitía un conocido programa de debate político, un coñazo de esos donde los intervinientes hablan como los diputados en el Congreso, sin escucharse y esperando su turno para espetarle al otro la retahíla que han preparado. Lo llaman debate. Es realmente cansino y antieducativo. En estos programas nadie le va a decir al otro *Tendré que meditar sobre lo que has dicho porque, hasta ahora, no lo había visto así*. Eso sí que sería ciencia ficción.

Pero esa noche hay una novedad. Hay intervinientes que no son habituales y han sido convocados para que hablen de la epidemia en China, que sigue extendiéndose y de la que empieza a haber contagios en muchos otros países. Subimos un poco el volumen y prestamos atención. Aunque aumentan los casos, en España podemos estar tranquilos. Llevan unos días diciendo que, de haber casos entre nosotros, solo serán unos pocos. Y, un dato importante: la letalidad es solo de un uno por ciento.

Un uno por ciento. A veces mencionan que entre un uno y un dos por ciento. Me inquieto. Julia, no. Un uno por ciento. Un dos por ciento. No me parecen cifras pequeñas. Además, me resulta familiar este porcentaje por algo que intento recordar. ¿En qué conversación me hablaron de algo parecido?

Y de pronto, lo veo. Es él. Lovecraft, es decir, Germán. Está en la televisión, entre el público que asiste en directo al programa. Efectivamente, es él. Sí, ahí está. Germán está en la primera fila del público, justo detrás del experto que habla en ese momento.

Germán sigue igualito a Lovecraft, lo que no sólo es insólito sino muy extraño porque tiene el mismo aspecto que hace unos años. ¿Cuántos han pasado? Quince desde que estuve aquí. Doce desde la última vez, en Madrid. El tipo no ha envejecido nada.

Se lo digo a Julia, que también atiende a la televisión. Cuando las cámaras recogen a Germán, me confirma que se trata de él.

—El hermano gemelo de Lovecraft —bromea.

Julia permanece atenta a la tertulia, pero no parece demasiado preocupada por lo que escucha. Yo no siento lo mismo. Busco a Germán y no dejo de pensar. Ahí está, un invitado más entre el grupo de personas que conforman el público. Ya no puedo dejar de mirarlo y apenas me entero de lo que se debate. ¿Qué hace allí?

Y, de repente y mientras interviene un experto de engolada voz —sin duda, neurólogo—, me viene a la cabeza el recuerdo de la conversación que buscaba.

En el bar de Zócalo. Sí. Germán había hecho algo así como una predicción. Una peste china, un mal amarillo, los chinos contra el resto del mundo... No se iba a librar ni Dios. Y caería uno de cada cien. Ahora sí recuerdo bien lo que dijeron los parroquianos, el maestro, el boticario y el camarero. Uno de cada cien. Y también mencionaron entonces que Germán tenía el mismo aspecto desde hacía un montón de años, lo que me llevó a pensar en Saint Germain como apodo. Lo puedo confirmar. Han pasado los años y está igual.

Seguí el debate con mucho interés y bastante preocupado, tanto por lo que se decía —y lo que no se decía— como por la presencia de Lovecraft en el estudio de televisión. Impasible, inexpresivo, como una momia. Y con la sensación de que, al mirar hacia la cámara cuando esta lo enfocaba, me observaba desde la pantalla de televisión, con el mismo rictus de muñeco tenebroso, para preguntarme: *¿Llegó a escribir el relato?*

Añadí a mi preocupación por el contenido de la tertulia la que me proporcionaba la presencia de Germán en el plató, aunque sólo fuera como público, como testigo. ¿O era otra cosa? Y si así fuera... ¿Qué era? ¿Curiosidad por lo que exponían los tertulianos? No me parecía tan necesaria su presencia allí por ese motivo, pues también podía ver el programa por televisión, como cualquiera. Entonces... ¿Lo habría invitado a acompañarlo alguno de ellos? Si fuera así, ¿por qué motivo? ¿Porque también conocía o sabía sobre el tema? Su mirada a la cámara me turbaba y debía tener algún sentido. *Hola. Estoy aquí. Os lo dije.*

Este mi regreso a Zócalo me condenaba a revivir el pasado y a temer por el futuro. Una losa se empezaba a formar en mi cabeza. ¿Volvería a tener otra crisis?

La pesadilla

De marzo de 2020 hasta hace unos meses

Los últimos días de aquel puente de Andalucía ya era consciente de lo que se avecinaba. El lunes notificaron el primer caso de Extremadura, precisamente en Moria. Discutí con Julia varias veces al principio, porque ella no veía las cosas de la forma tan trágica como yo las advertía, y me achacaba un excesivo nerviosismo y una enfermiza preocupación.

Cuando, de vuelta a Ciciliana, unos días después nos encerraron en nuestros domicilios, Julia dejó de dudar y ya no me reprochó mis temores. Al contrario, se disciplinó y asumió todas y cada de las medidas que iban recomendando las autoridades sanitarias.

Seguí los programas de debate sobre la epidemia —ahora ya, pandemia— y no volví a ver a Germán por televisión, porque dejaron de invitar al público a estos programas.

Los virus, sus malvadas proteínas, sus representaciones, los modelos y los esquemas microbiológicos que nos mostraban por televisión en estos debates informativos me acercaban y se asemejaban, a ratos, a mis visiones de los demonios interiores que me atosigaron durante mi crisis, esas ínfimas naturalezas con evidente poder e influencia sobre nuestra salud y existencia, sobre nuestro ser y destino.

En los siguientes meses a Julia le tocó dar clases telemáticas a su alumnado. Los colegios y los institutos se organizaron como pudieron. Comprobamos cómo la gente de menos de cuarenta años, en general, no sabía calcular lo que era un metro y medio. *Lo que mide tu madre*, habría que haberle dicho a más de uno de estos idiotas aprobados en calculo aritmético gracias a la nociva LOGSE⁴ y otras leyes que la siguieron, inútiles también para el desarrollo cerebral.

Llegaron las mascarillas. Limpiábamos los productos de la compra al llegar a casa. Los que podíamos nos paseábamos por

⁴ LOGSE: Ley Orgánica General del Sistema Educativo, aprobada en 1990.

nuestras azoteas. Desde ellas y desde los balcones entablamos amistades temporales con nuestros vecinos. Tuvimos que escuchar que aquello era como la guerra que nuestra generación no había vivido. A finales de año, afortunadamente, aparecieron las primeras vacunas.

No obstante, aparecieron facciones y movimientos sociales descreídos hacia las informaciones médicas y, también, paranoicos que decían que los políticos nos manipulaban a base de control biológico. Aquí puntuaron no sólo los criados por la LOGSE. También hubo estúpidos talluditos de mi generación, maltratados o desechados por una antigua y exigente educación —a todas luces, muy necesitada de cabales reformas que no se llevaron a cabo en la dirección correcta—, tontos de toda la vida que se comportaron como irresponsables sociales; faltos de saberes ajenos a su esfera de —para mi gusto— pop insulso y barato que, sin embargo, fue muy celebrado en su momento por algunos críticos y muchos fans, aún más tontos que estos genios del más infantil y elemental misterio musical.

A mí me resbalaban estas opiniones. Ya sabía que la respuesta estaba más en la intimidad infinitesimal de los diablillos interiores de cada uno, y no en manos de gobernantes y poderosos que ejercieran o buscaran el dominio sobre nosotros con supuestos chips de control o con vacunas de grafeno. Explicar la estupidez humana es ardua tarea, tan compleja como explicar la inteligencia. Ambas deben ser el resultado de la acumulación y variada mezcla de demasiados momentos y detalles personales (conscientes, inconscientes, oportunos, inoportunos, voluntarios, involuntarios, planificados, casuales, accidentales...) a lo largo de la vida y del aprendizaje.

En muchas instituciones públicas hubo funcionarios que se lucieron. Se hizo habitual la atención telefónica y no presencial, lo que tuvo su justificación al principio, durante determinado periodo de tiempo. Pero, pasados los meses y con la población vacunada, como funcionario de la Administración que había sido, me sentí avergonzado e irritado por el abuso desmedido de la práctica evasiva

del elemental cumplimiento laboral y por el desaire —cuando no el insulto directo— que muchos practicaron con el ciudadano común. Con la excusa de una hipócrita razón higiénica esta situación se extendió mucho más allá de lo razonable en lugares innecesarios, repletos de sinvergüenzas proclives al fraude laboral. Sus demonios interiores gozarían de lo lindo, revolviéndose de risa sus cucas enzimas, sus neurotransmisores de información de mierda y sus rincones génicos determinantes de la perfidia humana.

Las reuniones por Navidad no fueron celebradas más que por una pequeña parte —la menos temerosa, quizá la más atrevida e inconsciente— de la población. No fue mi caso y esta ausencia del entrañable reencuentro me deparó aún más soledad e insignificancia vital, afectado ya como estaba de una grave neurosis, que me llevó a consignar diariamente mis propios registros y gráficos de los casos de contagios y fallecidos que iban comunicando los medios, a veces, con constatables y evidentes errores de cálculo por parte de estos.

Todos estos acontecimientos me coartaron lo que quedaba de mi proverbial buen humor y viví aquello como la gran tragedia que era, atento a las noticias sobre los muertos y a las estadísticas en las diversas olas que atravesamos. El miedo me duró mucho tiempo. Estimo que más de dos años porque, aunque me vacuné las veces que pude, no me tranquilicé hasta que enfermé en el verano de 2022, cuando ya sólo se contraía un leve catarro debido a las mutaciones que había sufrido el virus.

Por si fuera poco, la pesadilla coincidió en el tiempo con la muerte de tres queridos amigos, con pocos meses de diferencia entre una y otra, lo que contribuyó a que mi mente rozara la depresión. Por lo que hasta ahora sabemos, sus fallecimientos no estuvieron relacionados directamente con la pandemia. Pero entre la especulación desmedida —que tanto se extendió en aquellos momentos— y la asunción de que las explicaciones científicas son siempre provisionales, volvieron a mi mente mis temores y dudas: *nunca se sabe*. Mecanismos víricos por descubrir, sutilezas mutantes e ínfimas maldades invisibles a toda acreditada observación podían haber de las suyas. Sus muertes me afectaron tanto que, con lo que

el virus había mermado mi ánimo, me dificultó mucho remontar sus definitivas ausencias. En estas circunstancias, se me hizo muy cuesta arriba la sanación completa.

El primero que cayó fue mi dentista y antiguo compañero, José Luis, el heroico dueño y conductor del Dos Caballos que marcó mi juventud y mi trasero. José Luis mostró una entereza ejemplar, hasta el último momento, ante lo que sus malditos demonios cocían desde el interior de su vientre. La última vez que lo vi en la puerta de su consulta, se despidió de mí con sus acostumbradas tranquilidad y parsimonia, dejándome en las expertas manos de su ayudante y sustituta. Me llamó pocos días antes de fallecer para interesarse por el estado de mi dentadura. Joder.

El segundo en irse, meses después, fue Luis —el *Gallego*—, un amigo más reciente del que gocé los últimos quince años; generoso y experto cocinero de cocochas, tozudo como él solo, torpe jugador de cualquier juego de mesa y entrañable intérprete de nuestros pinitos escénicos ante la cámara, una práctica habitual en algunas de nuestras reuniones anuales, cuando nuestra buena disposición y el gusto por el choteo mutuo nos conducía a disfrazarnos y comportarnos teatralmente.

El tercer amigo en caer fue Pepe, uno más cercano y antiguo. Pepe. Perteneciente también, como Raúl, al mismo grupo de habituales. Mi querido y jovial amigo Pepe, el que me dijo en Ávila que sólo le interesaban las montañas de la locura de vino tinto. Casi no hay ningún rincón de mi vida por el que no transitara Pepe desde mi juventud. Un amigo de esos que terminan siendo un hermano. No hay día que no piense en él. No hay día que no piense en ellos.

La maldita pandemia fue para mí como la terrible puesta al día de los raros sucesos que viví en los congresos. Es como si aquellas inquietantes e inauditas experiencias sólo hubieran sido la antesala o la advertencia de lo que vendría unos años más tarde.

Ya he asumido mil veces que nunca entenderé cómo aquellos coches se esfumaron en el ángulo muerto de mis espejos. He renunciado a encontrar explicación neurológica alguna que me lleve a concluir que mis dos retinas se hubiesen transformado en

puros puntos ciegos por los que estos coches pudieran alejarse o desaparecer de mi campo visual. No. Asumo que las cosas no son así.

Sólo sé que, cada vez que coincidí con Germán, se desencadenaron acontecimientos, no ya antipáticos, sino malditos, tenebrosos y, años después, también mortales.

Tal vez, por el resurgir de sentimientos, intenciones y buenos recuerdos que afectaron a muchas personas por aquella época, recibí de Marga y Rafa una felicitación de Navidad en diciembre de 2020. Se encontraban bien, tenían dos hijos y me deseaban lo mejor. Les correspondí con una llamada telefónica. Marga, años después de trasladarle el negocio a Palma, había vuelto a abrir otro negocio, un restaurante a base de productos argentinos. Rafa seguía con lo de los coches. Cuando la cosa mejorara y se pudiera viajar con seguridad, tenían intenciones de veranear por Cádiz —por Conil, supuse—. Quedamos en vernos y no pudo ser hasta el verano de 2022, justo en el momento en el que yo había superado la covid-19. Por supuesto, fue en Conil.

Nos contaron entonces que Palma seguía en El Colmo y continuaba con presentaciones y exposiciones en el local, algunas muy exitosas y celebradas por la parroquia habitual, pues de vez en cuando se presentaban de forma imprevista por allí los *Masconato Circle* para tocar un rato gratis ante el público. Un lujo de regalo.

Javier Padre y Fernando eran asiduos del nuevo restaurante de Marga y me mandaban saludos. Según Marga, me recordaban bien y yo les había causado buena impresión. Me lo dijo de forma franca y jovial, por lo que puede que ellos nunca compartieran con Marga y Rafa las razonables dudas que sobre mi estado mental pudieran haber tenido tras las confidencias que les hice.

No sabían nada de Germán, al que vieron también entre el público de aquellos programas de televisión. Cuando pienso en él me lo imagino, no ya como vencedor del virus, sino como una especie de repelente para el propio bicho. No creo que, en su sabiduría corpuscular, el virus haya sido tan necio como para

atreverse a intentar invadir a Germán, arriesgándose a su definitiva desaparición o extinción.

Raúl, mi cuñado, ignorante de que ya he empezado a hacerlo, me dice que escriba de una vez un relato basado en todo lo que me sucedió y que intente publicarlo. No sé si será posible esto último. También me recomienda que no intente contactar con Germán de ninguna de las maneras posibles. No se fía nada de él. Literalmente, dice que tiene más cuentos que Calleja.

Raúl posee una colección de dichos cuentos, los que Calleja escribía y editaba en tamaño muy pequeñito, inferior aún al de mis antiguas novelas de bolsillito. Cuando me los enseñó y curioseé en torno a ellos pude ver que no todos los escribió el propio Calleja; la mayoría fueron elaborados por otros autores o son adaptaciones de cuentos populares. Calleja recopilaba bastante.

Vuelo hacia el interés mostrado por Germán sobre mi relato. Su interés por... ¿cómo había dicho? Por los hombres comunes; por los que indagan desde la más inocente curiosidad. Algo así recordaba. Puede que Germán, al igual que Calleja, también intentara recopilar. ¿Recopilar qué? ¿Las ideas del hombre común? ¿A dónde conduce eso? ¿Es un avance? ¿O, más bien, una reducción?

A estas alturas, tampoco yo deseaba contactar con él. Cualquiera sabe lo que podría desencadenarse después de un nuevo encuentro.

Un sueño como final o como *continuará*

Año 2023

No estoy deprimido, pero sí cansado. Cansado de este relato que sólo a ratos es ciencia ficción; a ratos es biografía y, al final, también, una triste despedida de amigos perdidos.

Continúo sin ver con interés las noticias sobre el tiempo. Ahora, la estulticia de este espacio televisivo —o radiado, es lo mismo—, es mayor que nunca. No sólo te dicen que hace frío en el Norte y calor en el Sur, sino que te informan de que no es recomendable viajar con amenaza de nevada y de que no es conveniente correr o hacer ejercicio a pleno sol, a las cuatro de la tarde. No sé por qué me sorprende, al fin y al cabo, también me vi a mí mismo, en mis últimos años de clase, intentado explicar obviedades de parvulario a mi alumnado. Lo mismo le ocurrió a Lidia, que, igual de desilusionada, se jubiló meses después de hacerlo yo y ahora emplea su tiempo en colaborar con una ONG dedicada a fomentar la salud en países africanos. A veces coincidimos y nuestra alegría es mutua y cómplice, reforzada por nuestra común experiencia sobre hechos incomprensibles que no debieron suceder nunca.

Ahora ha llegado a los medios de comunicación —y de nuevo a nuestras vidas— el problema de la inteligencia artificial. El antiguo miedo a *HAL-9000*, aunque nunca se perdió de vista del todo, ha vuelto a actualizarse para pasar a convertirse en una especie de lugar común en las conversaciones de medio mundo, incluso entre quienes ni habían oído hablar de *Una odisea espacial 2001*. Sin embargo, no he escuchado todavía nada —y me preocupa seriamente— acerca del gran reto que le supondrá a la inteligencia artificial dar noticias sobre el tiempo, dado el alto nivel que con la inteligencia humana —la de toda la vida— se ha alcanzado en este campo. Ya se verá a quién encargan el diseño de esta importante inteligencia artificial especializada en hipnotizar a medio mundo al final de cada telediario, justo antes de las noticias sobre la más rabiosa y trascendental actualidad deportiva, más hipnotizante aún.

Por mi parte, sigo medio tarumba en un rincón de mi cerebro o de mi mente —ya no sé por dónde inclinarme ante la dualidad entre biología y espiritualidad—, por no haber encajado adecuadamente mis experiencias paranormales ni mi pasmo por el papel de Lovecraft en lo narrado. En estas circunstancias, el debate sobre el futuro de la inteligencia artificial se me hace no sólo antiguo, sino cansino e interesado.

Vago ahora por fantasías y ficciones menos duras, menos tecnológicas y, si bien me parecen igualmente imaginativas, reconozco que son una especie de intento por retroceder a una arcadia imposible: un deseo fruto de mi nostalgia, de mi vejez inminente y de mi romanticismo irracional, que anhelan la paz y la compañía amigable... y eterna.

Treinta años después de su primera emisión he vuelto a ver *Dr. en Alaska*. Una de las muchísimas cadenas de televisión a las que tengo acceso ha repuesto este año sus seis temporadas. Recordé —y por eso lo traigo a colación al final del relato— que el escritor José María Santos, en su conferencia de 2005 en el congreso de Moria, encuadró a la serie como perteneciente al género de comedia de etnoficción.

Este escritor sigue dándole a la pluma y confirmo que mantiene el jovial carácter del que hizo gala en su charla. Su último libro es un ensayo crítico y paródico sobre el nefasto panorama musical pop que nos rodea. Con una ilustración en la portada en la que un infante o colegial se lleva a la boca una especie de rústica flauta, el título de la obra no puede ser más explícito: *Niño, ¿ántale mierda al pito*.

Comienza su crítica-ensayo con un ácido y demoledor ataque ante la pobreza y chabacanería de las arrastradas líneas melódicas empleadas por los y las cantantes que triunfan, desde hace más de veinte años, en diversas opciones del pop más de moda. Artistas que parecen cantar con la misma voz que lo hace un recién levantado de la cama o, aún peor, con la de alguien repantigado e instalado en un sofá, que parece su más adecuado trono. Voces que, musicalmente, le resultan al autor tan meritorias y evocadoras como

el fraseo de los niños de San Idelfonso tras cada número que sale del bombo.

En la segunda parte de su libro, José María Santos nos presenta un estudio muy original —inevitable pensar en *Un valor imaginario* de Lem— sobre inexistentes trabajos, los próximos lanzamientos al mercado de figuras de la música API, PIA o PAI, que son las siglas de los adjetivos con los que la define: *apática, indolente y perezosa*.

Ya digo, repasando estos días *Dr. en Alaska* y, quizá, estimulado por la coincidencia de la reciente lectura de este libro de José María Santos, me acordé de su mención durante la ponencia titulada *Viajes a otros mundos* en el congreso de Moria. Este enjambre de circunstancias me llevó una noche a tener un sueño con visos de comedia, nostalgia, realización de deseos y, por supuesto, con las típicas variaciones de los roles de las personas que se presentaron en él, pues tan pronto era yo el propio *Dr. Fleischmann* como podía sentirme ser parte de *Maggie* o de algún otro personaje. Cuando me he despertado, he reconstruido el sueño como he podido y como me he permitido, para darle la imposible coherencia que adquiere y para conferirle unas formas presentables o confesables, pues todo sueño contiene elementos que no siempre es grato revelar. Ha quedado como sigue.

Un *Joel Fleischman* adulto y encanecido, divorciado y hastiado de cócteles lujosos y vanos, vuelve a Cicely con ocasión del funeral, casi de estado, que le han preparado a *Maurice*. *Chris Stevens* es el alcalde y en su equipo municipal solo hay indígenas del único partido político que existe, el que es presidido por *Marilyn Whirlwind*; para inscribirse en él hay que superar una especie de ceremonia de iniciación, una prueba que se parece un poco a la de Unterberger, y que se debe realizar en los mismos pabellones donde siempre he dado clases como profesor. Por supuesto, estos pabellones, ni existen en la realidad ni tienen nada que ver con las aulas en las que me desenvolví en mi vida docente, pero adquieren en el sueño un aire de mucha familiaridad para mí, como si fueran un territorio entrañable. En otro momento, *Chris* se dedica a una especie de tarea

bibliotecaria junto a *Ed Chigliak*, porque llevan fichas o un historial de todos y cada uno de los vecinos que han sido o han pasado por Cicely. *Chris* ya no se ocupa de la emisora de radio; ahora la lleva una joven que asumo que es la hija que ha tenido con *Maggie*, aunque no la llego a percibir muy bien. *Maurice* va a ser enterrado junto a la tumba de *Ruth-Anne Miller*, que le dejó la tienda a *Ed*. Este tiene a veces el rostro del escritor José María Santos, y lo que más vende son tarros de cristal con esencias de recuerdos. De pronto, ha entrado Lovecraft-Germán en la tienda; es un cliente habitual y adquiere uno de los tarros. Mira detenidamente a través de su cristal y observa la elegante y colorida coreografía de las infinitas y elementales partículas que contiene. Yo estoy allí y lo saludo, porque ha sido precisamente Germán el que me ha escrito una carta para informarme del fallecimiento de *Maurice*. Ya he dicho que a ratos soy yo mismo, y a ratos soy *Fleischmann* u otro personaje como *Holling Vancoeur* —que, al igual que Germán, no envejece—; preparo con *Adam* bocadillos con un pan que me parece de centeno; estos bocadillos los distribuye la hermana gemela de *Ruth-Anne*, que por su apariencia debiera ser, más bien, gemela de Germán, porque tiene su mismo rostro.

Aún en la tienda, Germán me reprocha que dejé la serie por pedir más dinero, lo que me convierte casi automáticamente en Rob Morrow, el actor. Este giro momentáneo, tan prosaico, me aleja de la ficción de la serie y me retrae en el sueño a un siniestro y vulgar escenario: Germán como demonio real ante mis vanas ilusiones.

Después vuelvo a estar en la ceremonia del entierro y ya no sé si en ese momento soy yo mismo o algún otro. Otra vez aparece *Adam*, el primero y el último hombre de la tierra, que se mantiene a cierta distancia, medio oculto tras el insólito manzano que brotó hace años en el cementerio. Arranca una fruta y, mientras se la lleva a la boca, masculla: “No me engañas Maurice. Te unes a otras esencias a la espera de las nuestras”.

Maggie O’Connell está cercana a la tumba, junto al resto del grupo, y me mira. Lleva en su cuello un colgante del que pende una cruz egipcia. Cojea y va del brazo de *Mike Monroe*, que tiene la misma

cara y el mismo aspecto que Miguel Rellán en *El bosque animado*. O sea que está muerto. Así debe ser porque, de pronto, ya no está en la escena: *Maggie* me dice que él murió de la Covid-19, por su debilitado sistema inmunológico. Ahora sólo quedamos ella y yo en su cabaña. No sé si soy *Fleischman* o yo mismo, y *Maggie* me prepara un café que me sirve desde un tarro de esencias adquirido en la tienda de *Ed*. Me despierto con sabor de café en la boca.

Dejo al lector libertad para interpretar en este sueño, el significado de las situaciones presentadas y de las actuaciones de sus protagonistas. Necesariamente, habrá que contar para ello con la influencia de los distintos mecanismos de defensa que funcionan en lo onírico: represión, condensación, censura, proyección, deseos inconscientes, deformación, desplazamiento, etc.

Torpedamente aún, y no demasiado despierto, sigo en la cama y retomo la serie mientras me digo que este sueño ha sido como un viaje en el tiempo que me ha trasladado a otro lugar del universo donde también han viajado otros personajes que han resultado ser, todos ellos, yo mismo. Esto me lleva a emprender por unos momentos un pasatiempo imaginativo, una alternativa continuación de la ficticia historia que es la serie, partiendo de cómo quedaron las cosas en el último capítulo. Una continuación que, cual imperfecta maquina *Karendón*, aspira a reconstruir una mejor versión de los personajes, en este caso, no en su tiempo pasado, sino en su futuro destino.

Así las cosas, me imagino que *Maggie* nunca olvidó a *Fleischman*; que sigue creyendo que, a pesar de las oportunidades que se dieron, no se portó justamente con él. Las canas que les brotaron a ambos desde su separación les podrían haber dotado de una serenidad insospechada, la misma que casi llegó a alcanzar *Joel* cuando huyó de Cicely, pero que perdió en el camino al retornar a su neurótica Nueva York.

Un reencuentro entre ellos debía haber sido el punto clave de la historia, un resumen del regreso al paraíso con final feliz. Con un final feliz, no. Mejor, con un *continuará* feliz. Así anhelo que sean los finales, unos *continuarás* para siempre, como acababan —no

acababan— mis tebeos infantiles de aventuras; unos eternos *Capitán Trueno* o *Jabato*, entre otros muchos personajes, con los que quedaba citado para la semana siguiente.

Pienso en el café que apenas he saboreado en el sueño con *Maggie*. ¿Cómo era? ¿Cargado, caliente y... corto? No. No era así y me vienen también los recuerdos de la cruz egipcia y del tarro de esencias. Vuelvo al café. Es cargado, caliente y doble; y, desde luego, sin leche. La leche es el maldito Germán, que todavía no entiendo cómo se ha colado en este casi maravilloso sueño; será por su hábil tendencia, su astucia para perdurar y no verse afectado por ese viaje que es el paso del tiempo.

Horas después, ya totalmente despierto, vuelvo a reflexionar sobre la serie. A mi entender —y al de muchos seguidores—, tuvo un final demasiado abrupto, causado por la desaparición de *Fleischman*, imposible de sustituir por un nuevo y también joven médico. Así lo creí la primera vez que la vi. Hoy, tras haberla repasado, no pienso lo mismo.

Mi antigua tesis de que los productores la cagaron con Paul Provenza ya no me satisface. Si bien no muy conocido aún, era buen actor e hizo bien su papel, por lo que, siguiendo con el problema de la sustitución del personaje, creo que ni siquiera futuros crack como Clooney o Pitt hubieran salvado la serie. Y menos aún, teniendo en cuenta la apoteósica retirada de Rob Morrow en sus últimos capítulos, dotando a su personaje de una imagería sublime, entre el abandono y la rendición provocados por el antropológico shock cultural, por un lado, y la posterior recuperación de su identidad urbana en una cruzada de búsqueda de su propio grial neoyorquino, por otro.

Hoy aprecio un desencuentro mayor para justificar mi desencanto por su final, pero primero expondré lo que pensé hace treinta años para suplir a *Fleischman*.

Imaginé entonces que si se hubiera apostado por alguna veterana y consagrada figura —de esas que ya entonces lo hubieran hecho todo en el cine y estuvieran medio retiradas— la serie habría aguantado algo más; que hubiera sido mucho mejor sustituir a

Fleischman por un personaje mayor, bien diferente, sin descartar la posibilidad de haber contado no ya con un sustituto, sino con una sustituta: una mujer mayor, una doctora que arrastrara una historia propia que enterrar; una especie de *mujer tranquila* irlandesa o, como mi propia abuela paterna, gallega; un personaje que enriqueciera el cuento y aportara otros colores.

Pasados estos treinta años me sigue gustando la idea de que hubiera aparecido un personaje así, pero hoy me centro más en lo que considero que es un roto y un descosido en la trama que siguió la historia. Lo que falla no es la aparición del nuevo doctor y de su esposa —magníficos personajes que sólo ahora, en la revisión de la serie, he sabido apreciar—. Siento que es la historia romántica entre *Maggie* y *Chris* —una deriva en el guion— lo que verdaderamente chirría en los últimos capítulos. Sin duda, por eso en mi sueño ya no continúan juntos.

Hace pocos años leí que, tal vez, se produciría algún nuevo capítulo o un especial. No sé si hubiera recibido bien la nueva historia que los guionistas oficiales y legalmente nombrados nos hubieran propuesto. Cada uno tenemos nuestra propia visión y hemos elaborado una muy personal y legítima interiorización de los personajes. Soñadas y esbozadas mis propias segundas partes, veo que apenas aportan algo a la etnoficción. Sólo son, más bien, terapéuticos o vanos ejercicios de nostalgia.

Tampoco sé si las fantasías que pululan por mi confusa mente son positivas para mi espíritu. Lo único que sé es que, con o sin fantasmas y terrores que me aturdan, reconstruyo y parcheo otras vidas, otras historias.

Me lo debo.

Camino por la vida eludiendo pesares e intentando superar las ausencias que me asaltan. Por eso he decido reconstruir las ficciones que me dieron una vez la oportunidad de conocerme y sentirme mejor. Reconstruiría muchas en busca del estado de ánimo que siento ahora.

Estos personajes y sus destinos imaginados me alejan de mis temores. Juego con ellos en una especie de arreglo, de ajuste de

cuentas conmigo mismo, para combatir las dolorosas y reales desapariciones que sufrí al perder a personas muy queridas, intentando distanciarme de cuantos vaivenes, demonios, virus, maldiciones e inexplicables sinsentidos vitales me agobian y se suceden a mi alrededor; a mi alrededor y alrededor de todos nosotros.

Termino ya lo que no debía haber sido más que una novela de bolsillito, nacida de alguna idea que escuché en talleres sobre escritura fantástica. Le he dado un giro final e inesperado a la misma y me he apartado, a sabiendas, del terror y de la ciencia ficción más clásica, porque asumo que no hay explicaciones ni salidas razonables para mis absurdas experiencias. No encuentro la más mínima satisfacción ni en mis creencias en la pléyade de objetos que me rodean exteriormente ni, tampoco, en las de los seres que me conforman desde mi —tan cercano como lejano— interior.

Es por ello que, dejando de lado a mis demonios, vuelvo a mis sentimientos y a mis deseos de continuidad. Intento así apartar y olvidar a mi particular Lovecraft, tan lúgubre y dañino, condenándolo a no gozar de mi presencia nunca más. Me esforzaré en concentrarme en otros relatos y otras vidas, ya ficticios o ya tangibles, relacionados con mis seres queridos.

No me siento alentado con lo que los medios nos cuentan sobre la inteligencia artificial, porque no sé si servirá para reservarme un destino placentero y continuo, en compañía de quienes me quieren y me quisieron. De cumplirse tal destino, no me importaría haberme encontrado en vida con tan extraño tipo, contrapunto absoluto de mis más preciados deseos de felicidad.

No anhele otra cosa más que lo que escribo ahora, en este fatigado final. Dirigido a cuantos me ayudaron alguna vez, este es mi deseo: ¡Nos volveremos a ver!

Epílogo

Me habría complacido que las anteriores hubieran sido las últimas palabras de este relato, pero no ha sido posible, tal vez, porque nunca acaba nada.

Como si fuera una respuesta hostil, contraria y nada complaciente a mi deseo, he conectado la televisión y nos hemos encontrado, Julia y yo, con un debate sobre el inevitable tema de la inteligencia artificial.

No hay forma de librarse del asunto, pero no es eso lo único que me ha aturdido. Por encima de mi irritación, y desbordándola, me surge otro sentimiento. Una alerta. Me fijo bien y... ¡Ahí está! ¿Será posible? ¿No acabará nunca mi pesadilla?

Me ha parecido verlo entre el público. Otra vez él. No sé si lo he visto bien porque ha sido una imagen rápida. El programa va terminando y la cámara no vuelve a registrarlo.

No le he comentado nada a Julia, que tiene el mando a distancia entre sus manos y lo manipula. Tengo la convicción de que ella no ha advertido la maldita presencia. Dudo sobre mi siguiente movimiento. Esta televisión nos permite retroceder la emisión y podría ver el programa de nuevo para comprobarlo. Estoy a punto de pedírselo a Julia. Pero me resisto, me agunto y no lo hago. Dejo que pasen unos segundos. Va tomando forma en mí la decisión de no investigar.

Julia ha cambiado de cadena y busca otro programa. Se ha detenido en un canal donde hay personas en un coloquio; la presentación de una película clásica que resultará analizada y comentada al finalizar su emisión. Se trata de *El enigma de otro mundo*. Llevo años sin verla. Hoy no me la pienso perder.

Conocemos a los expertos invitados que intervienen en la tertulia y me dispongo a dejarme llevar. Miro hacia Julia y también la veo interesada. Mejor. Mejor esto que lo otro, desde luego.

Noto en mi interior que se despierta una sensación de bienestar proveniente, sin duda, de minúsculas acciones llevadas a cabo por minúsculos seres, duendecillos de mi yo, que me recogen,

ampan, protegen y cuidan solícitamente desde una infinita intimidad. Es un buen momento y la calma que percibo en el semblante de Julia me hace pensar que puede estar sintiendo algo parecido. Me alegro por los dos. No es sólo la aventura de ciencia ficción. Es más. Es el entorno de complicidad y camaradería que destila la historia presentada, que me subyuga al ofrecerme —y así sentirlos— vivos, presentes y por siempre dichosos, a mis cercanos y lejanos amigos.

Es un momento feliz que me proporciona mucha paz, y lo hace de tal forma que intento asirme al mismo para que permanezca, como otro hizo con el sabor y recuerdo de una magdalena hace tiempo olvidada. Una emoción que se presenta para alejar mis temores. Me aferro a ella para mantener en mi conciencia esta serenidad.

¿Continuará?

Índice

Prólogo,	5
Una llamada,	8
El primer día,	12
El segundo día,	22
El tiempo entre congresos,	25
Nueva cita,	29
Llegada a la zona,	31
Me dirijo al congreso,	37
Prosigue la mañana,	42
Mundos utópicos,	46
Otra vez la Saga de los Aznar,	50
Un almuerzo en Moria,	54
Las antiguas series de ciencia ficción,	60
Confesión entre copas,	65
Una vuelta por Zócalo,	67
Entro en el bar de Zócalo,	72
Llega y se va el que faltaba,	78
Cenando,	82
Otra vez hacia Moria,	88
Viajes a otros mundos,	90
Lovecraft indaga,	94
El regreso,	97
Más de un año en blanco,	99
En El Colmo de la calle Olmo,	100
Un curso de reciclaje para el profesorado,	106
Conversación con Lidia,	113
Segundo día con el neurólogo,	116
Una carta,	121
Otra vez en Madrid,	124
Una explicación lisérgica,	133
Una relectura inspiradora,	137
Crisis,	140
El paréntesis,	146
Volver,	150
El invitado,	152
La pesadilla,	155
Un sueño como final o como <i>continuará</i> ,	161
Epílogo,	169